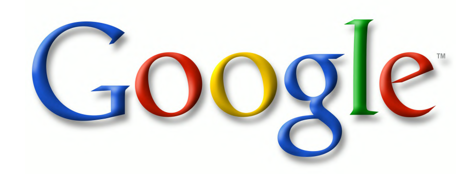
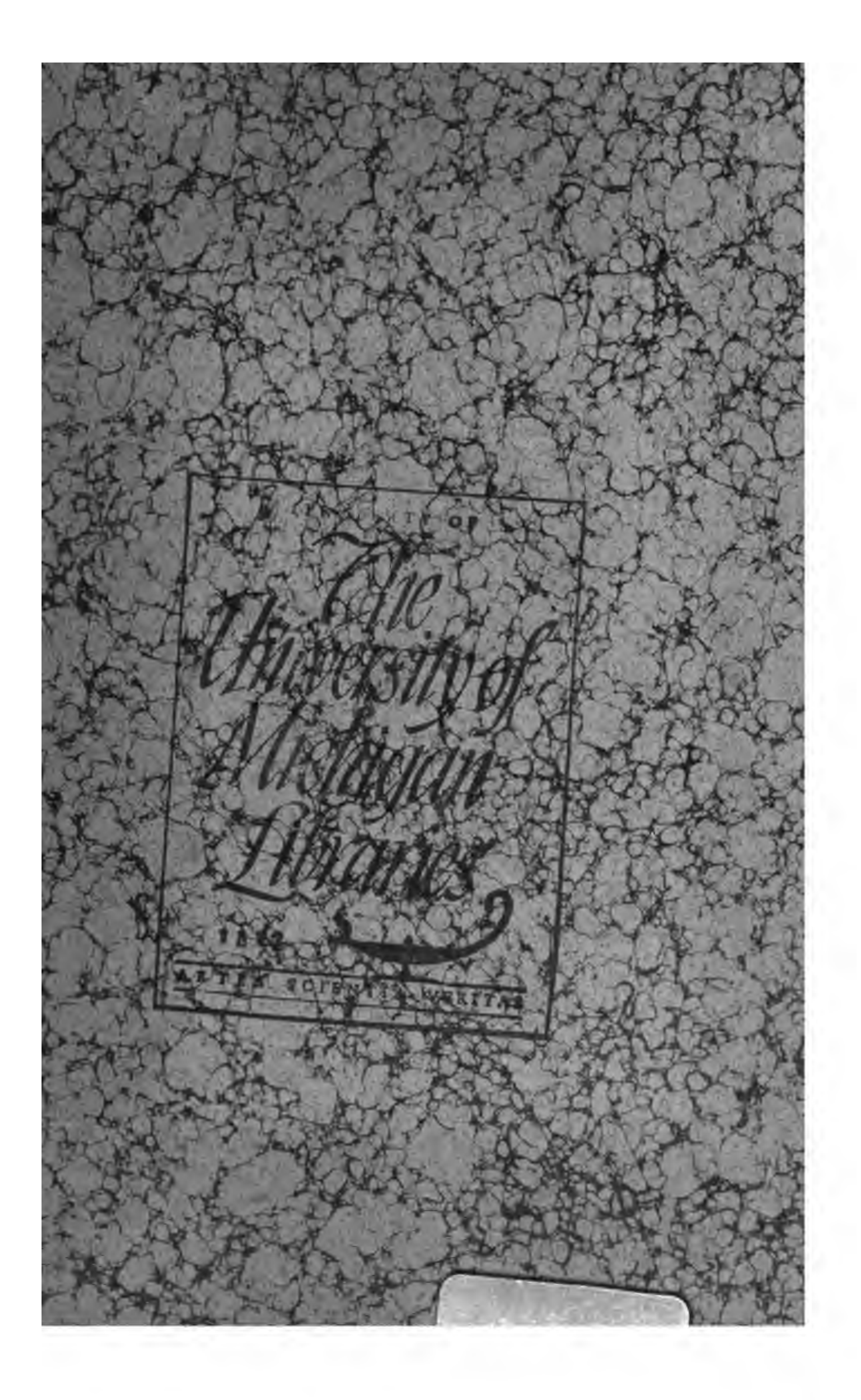
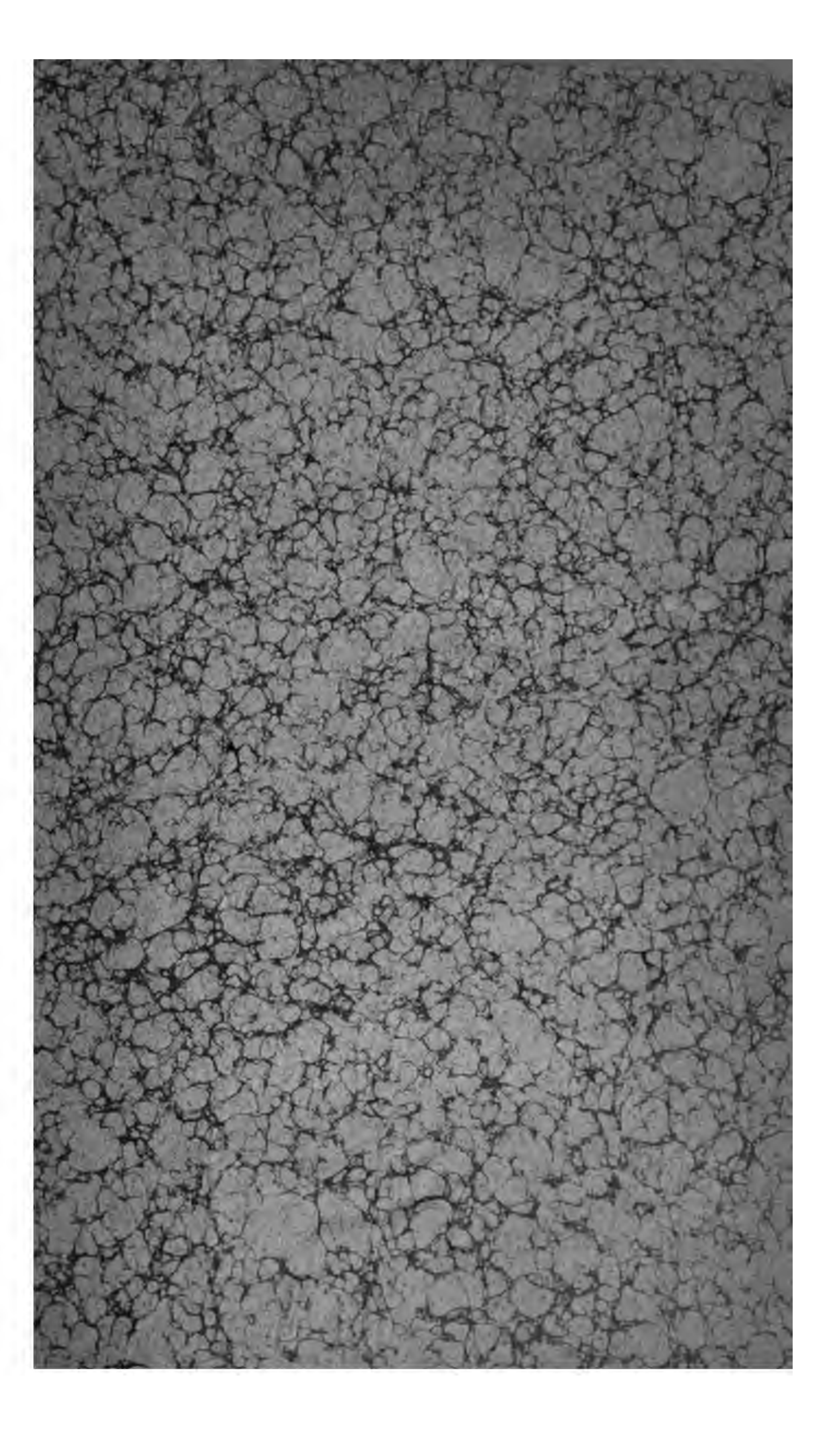



A 466328
dn


The University of Michigan Libraries



EL DOCTOR LAÑUELA.

# EL DOCTOR

# LAÑUELA.

EPISODIO

SACADO DE LAS MEMORIAS INÉDITAS
DE UN TAL JOSÉF,

POR

D. ANTONIO ROS DE OLANO.

MADRID.
1863.
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
Plaza de los Ministerios, 2.



# PRÓLOGO.

La filosofía del dolor, es la filosofía universal: descontentamiento permanente de la alegría que pasa; inquietud del corazon, cuyo reposo es la muerte. Sed inextinguible del infinito que crece sin cesar, el dolor como la inmensidad es un círculo, cuyo centro está en todas partes.

Poesía eterna que nació al golpe blando de la primera

falta de nuestra pobre madre Eva, y morirá con el último suspiro del último de los hombres.

Musa de todos los tiempos, de todos los climas, de todas las civilizaciones, la encontramos allá llorando en las arpas de los desterrados de Babilonia; en los Threnos desgarradores de Jeremías; en los Salmos penitenciales de David; en la trompa épica del inconsciente ciego de Smirna; en los dulces acordes del reflexivo cantor de Eneas. Y más acá, en el infierno del corazon del vate Florentino; en la mordente calma de Klopstock; en la roedora carcoma del *Fausto*; en el quejido del *Hamlet* de Shakespeare; en la insaciabilidad desesperante de Byron; y en los malditos treinta años del *Diablo mundo* de Espronceda.

Ella pone la súplica en los labios balbucientes del niño; las lágrimas en los ojos del mozo; la correccion en el espíritu del hombre maduro; la esperanza en el abandono del anciano.

El mundo es el paraíso del mal; centro de todas las imperfecciones, hácia él gravitamos con una tendencia igual á la fuerza de nuestra propia debilidad.

Amasados de elementos que perdieron su armonía al choque récio de la más peligrosa de las fascinaciones, nos exige inexorable el tributo del pecado de orígen; y en la lucha sin tregua con la virtud, ceñida la frente

con una guirnalda de flores, hacemos el camino del Calvario, en cuya cima siempre encontramos ajustado el instrumento de nuestro suplicio.

Jadeantes tras el placer, que no es más que el disfraz del dolor, realizamos la parábola del hijo pródigo, que abandona el hogar paterno para regresar á él arrepentido.

Aguijoneados por el acicate latente del aturdimiento calculado, huimos de nosotros mismos, para arrojarnos desde la Babel de la orgía, al abismo insondable de la conciencia que mata la excusa y nos revela la grandeza de nuestra pequeñez y la inmensidad de nuestra miseria.

«Comamos y bebamos, que despues nos morirémos; coronémonos de rosas antes que se marchiten;» así ha cantado siempre la Sirena del deleite, saboreando su triunfo en los funerales de la dignidad humana.

Sólo el dolor libremente aceptado purifica y engrandece; porque lleva en su seno la esperanza; hebra de luz apacible que irradia del faro de Dios en las borrascas del mundo.

Escribir llorando por dentro, enjutos los ojos, y la sonrisa en los labios, es el *morituri te salutant* de los gladiadores, en el circo sangriento de la vida. Es dar al enemigo del alma lo que es suyo; trazando el cuadro

de la verdad desnuda con el pincel vigoroso del desengaño.

Hilvanar un libro para entretener los ocios de una vida inútil, cansada de no hacer nada; vestir las figuras de su retablo del surtido inmenso de ropas hechas en el taller mecánico de la literatura industrial y del oficio; ajustar la situacion de los personajes á los cuadrados del juego de la tabla redonda, poniendo en sus labios la frase modelada al gusto del consumidor, ha sido, es y será siempre la fácil tarea de los Ginesillos de Pasamonte de todas las épocas, que, con el parche del sentimentalismo en el rostro, recorren el campo de las letras, inspirándose en la vanidad, en la codicia ó en la miseria.

Escribir con sangre de las heridas del corazon lacerado, á la luz del entendimiento que alumbra el cuadro dibujado por el dolor; transformar la palabra hipócrita en fotografía del sentimiento, con el colorido inimitable de la genialidad del idioma, es el triste privilegio de los pocos hombres, que en este valle de lágrimas estamparon su huella sobre el límite, de donde arrancan los misterios de la eternidad.

Sentid hondo, pensad alto, hablad claro, segun la fórmula feliz del que ha escrito este libro, y espiritualizareis la materia, sensibilizareis el espíritu, sereis poe-

ta, el revelador de lo santo, de lo bello, de lo justo, al través de imágenes, imperfectas si, pero que trasparentan el ideal, en el momento personalísimo y subjetivo del artista.

El autor, con cuya antigua, leal y respetuosa amistad nos honramos, se traduce objetivamente en el Doctor Lañuela; y en las cortas y apretadas páginas que tejen la trama de la historia de su cuento, ó del cuento de su historia, redimido de las formas de gastada belleza, se ofrece en holocausto tal cual es; sin las reservas que eliminan los defectos; sin el alarde de una sinceridad cautelosa que procura excusarlos; y de que sólo encontramos la filiacion en las *Confesiones* edificantes de San Agustin.

Poco importa el género de literatura á que pueda pertenecer el Doctor, el nombre de la universidad en que hiciera sus estudios y le confiriera sus grados; pero importa mucho conocer al poeta que, recogiendo el lienzo que vela la fábula, lo retuerce sin piedad para hacerle destilar una á una todas las lágrimas con que le dejó empapado en su fatigosa peregrinacion.

Los dispensadores oficiales del elogio y la censura quedan en libertad de adoptarle como á uno de los hijos sumisos que pasearon los cláustros de la escuela, sujetando la inspiracion á sus arbitrarias clasificaciones; ó

de perseguirle como á perturbador y rebelde, que rompe los moldes en que acostumbra vaciar sus figuras.

Entre el atildado clasicismo de magistrales convenciones, y el intonso romanticismo con el extraví por regla, se desliza el verdadero poeta, sin sobresaltos del buen gusto, en las obras del ingenio.

Si la naturaleza del hombre, una en el fondo, se refleja en la inmensa variedad de sus manifestaciones, ¿por qué la tiránica pretension de que haya de mirarse siempre en luna veneciana y en actitud académica?

Conducidos por la mano del poeta hasta llegar al tabernáculo recóndito del templo de su corazon, presenciamos el martirio de una alma desterrada; á la que el mundo pide canciones:

Salmos en tierra agena
De Dios y de toda cosa buena.

Y allá en los antros de la vida íntima, sondeados sólo por el ojo del que escruta los secretos de las intenciones, nos hace sentir desde los preludios suavísimos del arpa eólica, herida por el embalsamado aliento de la vírgen de los primeros amores, hasta la explosion terrible del huracan del desengaño, que hace saltar una por una todas sus cuerdas, retorcidas por la clavija del dolor.

Por cima de las condiciones admirables del que escribe, vemos al hombre, que con el valor heróico del mártir, levanta el apósito de sus heridas, despierta sus dolores, y emprende de nuevo su camino al través de las punzantes malezas del bosque cerrado de la vida, donde en otro tiempo dejara girones de sus ropas, y pedazos de sus carnes, para arrancar con piadosa crueldad las espinas del corazon, y dibujar con ellas su paciente y resignada figura.

Las penas, contadas con la sóbria pureza de estilo de la pena misma, se inoculan y serpean en las entrañas de la humanidad entera, y nos inspiran aquel hondo sentimiento de lástima que reconcilia los hombres todos en la síntesis dolorida del que sufre.

Expresion maravillosa vaciada en el troquel del tormento que, como la vara de Moisés, hace brotar fuente de lágrimas hasta de la roca de la indiferencia y del olvido.

El Doctor Lañuela no figurará en el catálogo de escritores distinguidos que sentados sobre la cúspide de la montaña del saber, y al abrigo del pabellon de su magisterio, reflejan en la plancha preparada de su fantasía las situaciones de la pobre humanidad, que á sus piés se revuelve descontenta; pero de seguro ocupará un lugar predilecto en el corazon de las almas generosas.

Desde las primeras páginas se vislumbra, que es un libro abierto á golpe de cincel sobre las entrañas palpitantes de la víctima.

No es el autor, curioso impasible, que contempla y describe desde la costa las escenas sublimes y sangrientas, que le ofrece en su destruccion la borrasca; sino el náufrago que presenta sus heridas, no cicatrizadas aún, despues de la tempestad.

Es la vida humana multitud de pequeñeces agrupadas en forma de cono, que arranca de las tinieblas del abismo, y esconde su punta en las nubes impenetrables de la inmensidad. Consideradas en su aislamiento son letra muerta, caractéres esparcidos á granel en el tablero del cajista, que esperan la mano del genio para decir algo en su combinacion. Todos llevamos dentro de nosotros mismos copia autorizada de nuestra sentencia hecha pedazos: el raro privilegio del verdadero poeta consiste en hacérnosla leer por la ordenada juntura de sus fragmentos aglomerados.

Así asistimos á la construccion moral de nuestra propia figura á la luz del vate que proyecta la suya en el libro, al parecer frívolo, del Doctor Lañuela.

Así en las blancas hojas del nuestro, antes escritas con la incolora tinta simpática de la estudiada indiferencia ó del olvido, reaparecen sus caractéres como re-

sucitados por el reactivo maravilloso del poder del talento, que realiza el *surgite ossa árida* de la imponente y consoladora vision de Ecequiel.

«No me busques en ninguna personificacion de la fá»bula, dice el autor, porque no estoy; júzgame por »sensacion en todo el libro; y al concluir su lectura »vierte una lágrima y dividámosla; sea para tí el con»suelo de verterla; sea para mí el dolor de haberla pro»ducido.»

¡Quién en el viaje ordinario de la vida no ha tropezado en su camino con un Doctor Lañuela, que especula con el más santo de los sentimientos de la naturaleza, fruto sin embargo de un crímen; con un ministro que enseña las manos y esconde la cara; con una extranjera que muestra el rostro y oculta los piés; con una Camila mordente; con una Luz que se apaga; con una ilusion que alienta; con una verdad que mata! Pues tal es la cubierta del libro que nos ocupa: cubierta que desaparece de un mundo que continúa siempre nuevo por los peligrosos accidentes de su refinada civilizacion; siempre el mismo por su hipócrita piedad y sus vicios; siempre viejo por su dureza y sus crímenes.

Al doctorado del personaje que da su nombre á la fábula, se llega por los ejercicios en campo abierto de la procacidad aplaudida; por la resistencia obstinada á las

inspiraciones del bien; por el disparo de los deseos, fuera del alcance de su satisfaccion legítima, y por la deliciosa práctica, llena de urbanidad, de todas las iniquidades.

En Camila están escritos con inimitable maestría los discursos poético-parlamentarios del ángel caido; de la mujer en prosa; dibujados los aires todos de la vanidad ofendida; y en relieve el apetito turbulento del materialismo del goce por la sacudida muscular de una organizacion poderosa.

Luz es la flor mística y exótica de la idealidad del amor, que se abre y muere en el invernáculo de la vida, y reserva sus purísimos aromas para los ángeles del cielo.

En el potentado de la tierra se encarnan los vicios todos del hombre moderno, que pasea su ostentosa nulidad en elegante *Victoria*, sordo á los lamentos de las víctimas de admirables combinaciones que levantaron su fortuna.

El sobrino del beneficiado de Sepúlveda, atraviesa diferentes atmósferas en el Montgolfier henchido de las ilusiones de la juventud, hasta llegar á la region del granizo que le obliga á descender rápidamente con el para-caidas del desengaño.

La forma festiva del poeta no es aquí la explosion de

la carcajada estertórea y sarcástica que descompone y profana la majestad del dolor; sino el sabroso donaire que corrige y suaviza las líneas severas de su imponente faz. O aquella sonrisa deleitable, porque nos deleita en los labios del niño dormido, sin acordarnos de que en él es síntoma que se produce de los ácidos de la digestion.

Así le escuchamos con asombro preludiar en alegre caramillo las notas sublimes de los grandes maestros, sin perder nada del sentimiento inspirado que las dictó. En el kaleydóscopo del mundo tal vez las penas mismas se agrupan y ofrecen al fatigado espíritu rientes paisajes que lo aduermen y distraen; còmo el gracejo familiar de los príncipes templa la rigidez de su dignidad augusta.

En cuanto al desempeño literario tememos acercar nuestras desautorizadas palabras á la siempre limpia, correcta y castiza frase del poeta, que con encantadora facilidad recorre todos los tonos de su maravillosa clave; y asocia por el sentimiento profundo de la belleza, el *os magna sonatarum* al *omne tulit puntum* del Píndaro de la ciudad de los Césares.

Líbrenos Dios de profanar el libro de las lágrimas con la inmensa pesadumbre de apelativos lisonjeros prodigados por la compasion sin conciencia á engendros enfermizos de una literatura bastarda: hijo legítimo del

verdadero talento no tiene necesidad de mendigar el saco de la casa de Misericordia, ni ostentar en su frente la cifra característica del establecimiento que le acogiera en su abandono.

El Doctor Lañuela carece de pretensiones literarias, á pesar de las raras cualidades de escritor distinguido que revela en tan alto grado. Es la relacion condensada de una alma que viaja de incógnito en el mundo; ofrenda piadosa de una vida entera en el altar de los mártires.

Sin embargo, cuando el libro es lacrimatorio de cristal de roca, tallado concienzudamente por el buril característico de una personalidad levantada, parecido á las concreciones que en las grutas nos ofrece el trabajo lento y maravilloso de la naturaleza, se puede abrigar una pretension legítima, sin quebranto de la susceptibilidad vidriosa de las ilustraciones contemporáneas; la de no poder ser traducido en otro idioma: la huella que estampó el genio de Velazquez en su cuadro no concluido de las Hilanderas, no se ha copiado jamás.

Acaso en presencia de la imponente y estática figura de Luz sentada sobre la trípode, reflejando dormida los secretos del despierto, se levanten en son de guerra los escrúpulos del asustadizo literato que tropieza en mitad del siglo XIX con una nueva Sibila: público testimonio de su ignorancia creciente.

Quizás en la primera respuesta del oráculo vea el *Deus ex machina*, amparo de los desvalidos del ingenio, ó aplicados los labios del poeta á la extremidad del tubo de una cabeza encantada.

La sonámbula convertida en *Vidente* por obra y gracia del magnetismo, enseñándole lo que no sabe, desarmará su mano pronta ya á lanzar los rayos de la excomunion sobre el concienzudo vate que en torrentes de poesía nos revela los hechos, sin desfigurarlos; atónito en la contemplacion de un misterio más, que unido á la herencia de nuestros padres, legarémos á las generaciones venideras.

El tiempo y el espacio que bullen en las entrañas árido-fecundas de la metafísica, y han sido la desesperacion de los pensadores más profundos del universo, se ciernen impalpables sobre el caos de nuestra inteligencia desfallecida.

Hijos gemelos de su misteriosa madre, la eternidad, ofrecen un problema pavoroso, cuyas tinieblas se condensan á medida que el espíritu agitado despabila la antorcha de su curiosidad insaciable.

Los frecuentes naufragios de intrépidos navegantes, y el aterrador espectáculo de poderosos navíos hechos astillas, no impiden al inexperto niño, que los contempla desde la roca, lanzarse de nuevo á

los mares para aumentar los estragos de la tempestad.

Y es que clavada en el fondo de nuestro sér la espina del infinito, nos aguija y nos empuja hácia una luz que recoge sus rayos en razon de los esfuerzos empleados para alcanzarla.

Lucha de gigantes hondamente sentida y admirablemente narrada por el autor en el capítulo octavo; y que justifica una vez más la insolubilidad del problema.

El tiempo es pudorosa vírgen que se acerca y soporta la sóbria y sencilla mirada del discreto que contempla su belleza; pero huye despavorida del curioso impertinente que inurbano le pregunta los secretos de su madre.

Ignoramos hasta qué punto pueda ser aceptable la peligrosa novedad de hacer viajar la literatura á toda máquina, devorando kilómetros de la vida, en el tren de la muerte; mas sí podemos asegurar que El Doctor Lañuela es la feliz expresion de un atrevido ensayo en este género; menos admirable quizá por lo que realiza que por lo que intenta.

Las célebres unidades del eminente filósofo de *Stagira*, nacen del natural desenvolvimiento de la accion en lugar y tiempo determinados, siempre que los sentidos acompañan al espíritu en sus excursiones; pero cuando el dolor á un solo golpe de manubrio, hace pasar toda

su rueda dentada por las fibras más hondas del sentimiento, los instantes se agrupan; los espacios desaparecen; y la vida entera se recoge y apiña en un punto imperceptible, como las reducciones microscópicas que á vista de pájaro nos ofrece en sus planchas la fotografía.

En cambio el libro es un salon acústico, maravillosamente construido para responder al que pregunta colocado en el ángulo de su secreto. Lira encantada que nos convierte en profesores consumados de la más espiritual de las artes, con sólo herir una de sus misteriosas cuerdas. Tema simpático, que glosamos en el fondo del corazon, llenando los espacios interlineales con el comento de nuestra propia vida.

Inspirado por la verdad, en presencia de Dios, su fuente, refleja un sentido moral profundo al través de la letra que suaviza la austeridad sombría de la virtud.

Nosotros, como el autor, creemos en esta, y en *Aquel* que trae hácia sí todas las cosas; y se revela á sus elegidos por irradiaciones inmanentes, que disipan las tinieblas del mundo.

Por más que este nigromántico avive el fuego de todos sus vicios para reducir á la nada la aspiracion del que sufre, en el crisol de la ciencia, la luz de la fe venida de lo alto irradiará siempre sobre la barquilla de la

esperanza, que hace su rumbo en el mar sin límites del amor divino. ¡Lógica viva del dolor que alumbra la oscura síntesis del principio del fin y nos pone á cubierto de la cavilacion parricida!

En vano El Doctor Lañuela intenta retener el espíritu de su hija, segun la carne, en el templo cerrado de una organizacion delicada: el alma de Luz espolea la materia inerte, y rauda parte al seno de Dios que la crió.

De las tempestades científicas que se agrupan y revientan en el Sinaí del orgullo, jamás saldrá un Moisés que acierte á calmar los dolores de la pobre humanidad que á su falda eleva sus manos suplicantes en demanda de un remedio que sólo encuentra en el Gran Maestro de todas las penas, que la dice: «*Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.*»

¡Centella divina que produjo la explosion del sentido moral de la humanidad acongojada; convirtiendo en fuente de vida el cráter de un volcan, cuya lava mortífera hubiese devorado al mundo!

La filosofía podrá enseñarnos á soportar la desgracia: el cristianismo á bendecirla. Aquella se concibe; este se experimenta; la primera esclarece la inteligencia; el segundo fortifica y calienta el corazon.

Si el sentimiento de noble entusiasmo que nos inspira el poeta, no nos arrastra más allá de los límites donde

la justicia deja de ser una virtud cardinal; si la supremacía del arte consiste en elevarnos por la naturaleza sensible á las regiones clarísimas de un mundo superior; si el don de la inmortalidad sólo se otorga al genio que reviste con la mágia de su estilo las grandes ideas que nacen del corazon, abrigamos la esperanza de que si EL DOCTOR LAÑUELA no acierta á fijar la atencion de generaciones desgraciadas, que reniegan de lo pasado, se mofan de lo presente y maldicen del porvenir, de seguro brindará alimento sabroso de útil enseñanza al espíritu de la posteridad, que corrige los errores de los padres, en desagravio de sus injusticias.

MANUEL ASCENSION BERZOSA.

---

# SINFONÍA.

NUESTROS abuelos, poetas-cantores, filósofos y teólogos, escribieron en reposo.

Nuestros padres, enciclopedistas, viajeros y poetas dramáticos, escribian á jornadas.

Nosotros, pensadores inquietos, psicólogos impacientes, escribimos volando. ¿Será menos profundo el libro de los nietos? No. La gravedad de las ideas se condensa; el libro es cauce por donde corre el espíritu y

nosotros precipitamos su raudal: porque vamos tambien lanzados con ímpetu en la creciente de la vida desde el bautismo al epitafio; esto es, desde el nombre del individuo cristiano á la última fórmula del individuo humano.

Del fértil seno de la madre España
Nace el altivo Tajo en breve cuna;
Y creciendo con rápida fortuna
Ceden los pinos á su adulta saña.
Si rompe cerros, si florestas baña,
Rio es el Tajo, su corriente es una;
Sea en la vega anchísima laguna,
Sea sierpe que enrosca la montaña.
Miradle de Aranjuez en los verjeles,
Vedle desde la cántara extremeña,
Contempladle al llegar al Océano.....
Que así del alma en cálidos rieles
La idea brota y rauda se despeña
Rio caudal del pensamiento humano.

Nacemos hoy menos felices y más impacientes para acabar por acabar en todo; lloramos y reimos á un tiempo mismo, pensamos y amamos... ¡Ah! (dice Silvio Pellico saturado de su constante melancolía), «pensare

ed amare sono un gran bene»: ¡ah! digo yo, ¡juzgamos cuando sentimos que es gran dolor!... y como la fiebre del corazon le apresura los latidos, la fiebre de nuestra alma apresura sus evoluciones.

El espíritu ha precipitado la vida, la vida ha precipitado nuestra materia; vivimos menos; sentimos y pensamos más en menor espacio, porque el bautismo y el epitafio se han acercado atraidos por la fuerza absorbente, por la sed de nuestra inteligencia, que ha cogido seca la esponja de la fe santa, antes empapada en el rocío de la esperanza.

¡Amistad y amor! únicas flores de este valle de lágrimas, que os trenzais en el alma desterrada; la una para quedar allí marchita, la otra para vivir siempre lozana, yo os amo juntas... á la del amor como al crepúsculo en la tarde, á la de la amistad como al sol que me calienta en el invierno.

¡Oh amigo viejo, tú no necesitas que te vincule un público tributo!

¡Oh mujer jóven y hermosa, llora por el que te quiere en sus recuerdos!

Yo he escrito un cuento que para que se llame le titulo EL DOCTOR LAÑUELA: y es fruto abatido por el granizo, y es fruta mordida por la serpiente de la experiencia.

Así, las páginas que encierra y te dedico, son estela

perturbada sobre el trayecto de mi existencia; son más, son más; son kilómetros de mi vida en el tren de la muerte.

Allá voy á grande velocidad por la vía fatal que sólo tiene dos estaciones; la cuna y el sepulcro; la estacion del llanto sin culpa propia y la de la paz sin términos conocidos; paz neutra, incondicional, pavorosa, mística, eterna... paz para nunca volver, ni sentirte ya más en los mecimientos de mi corazon, que parará con el último vapor de la máquina mortal como un plomo caido.

Envejecer es tornar el rostro marchito hácia la vida pasada, porque no hay horizonte en lo futuro.

La subjetividad y la objetividad son conos de luz inversos en la retina de los ojos del alma. La subjetividad singulariza á los escritores y á los amantes hasta poderlos preferir ó desechar por sus nombres; la objetividad los confunde lo bastante para poder encargarlos por toneladas.

La revelacion del sujeto por el sujeto mismo, es cualidad activa y generosa por ser la virtud de la sinceridad.

La manifestacion de los objetos guardándose el sujeto, es hipocresía latente del que se oculta tras la revelacion de lo ageno.

Por eso la mentira es la perversion del sentimiento y de la idea, por eso es el falseamiento de lo más íntimo y sagrado del hombre; de su sér en accion.

La progresion de este abuso haria del mundo una mascarada constante en que pereceria sin remedio en sus últimos restos la virtud; porque al fin, los defectos confesos son gérmenes de moralidad que brotan, y que una íntima contricion social nos pone en los labios para advertir lo que somos.

Yo voy en mi pequeña obra, como la penumbra empieza en donde terminan los cuerpos opacos, como la sombra se anuncia donde se quiebran ténues los rayos luminosos.

No me busques en ninguna personificacion de la fábula porque no estoy; júzgame por sensacion en todo el libro, y al concluir su lectura vierte una lágrima y dividámosla..... sea para tí el consuelo de verterla, sea para mí el dolor de haberla producido.

Tu dolor que se esponja en la ternura y destila llanto, cabe en mi sedienta amargura, como una gota que desciende del cielo cabe en el cráter apagado de cualquiera volcan desconocido.

Tú serás alegrada; y te anuncio que me recordarás dos veces con diferente tristeza, conforme á las dos fases que tiene el amor: ahora que empiezas á sentir y

me lees: y dentro de pocos años que comiences á acabar y vuelvas á leerme.

Como eres flor, la flor
Al desplegarse al sol de su mañana
Sonrie halagos y suspira amor,
Exhala aromas de su edad temprana
Y se columpia en la esperanza vana
De un soplo halagador.

Como eres flor naciente,
Te abrasarán los rayos donde aspires
En efluvios de viva luz ardiente;
Y allá en la tarde cuando el astro admires,
El sol y tú, mas que de amor suspires,
Bajareis á Occidente.

---

# EL DOCTOR LAÑUELA.

EPISODIO SACADO DE LAS MEMORIAS INÉDITAS
DE UN TAL JOSEF.

## PERSONAS

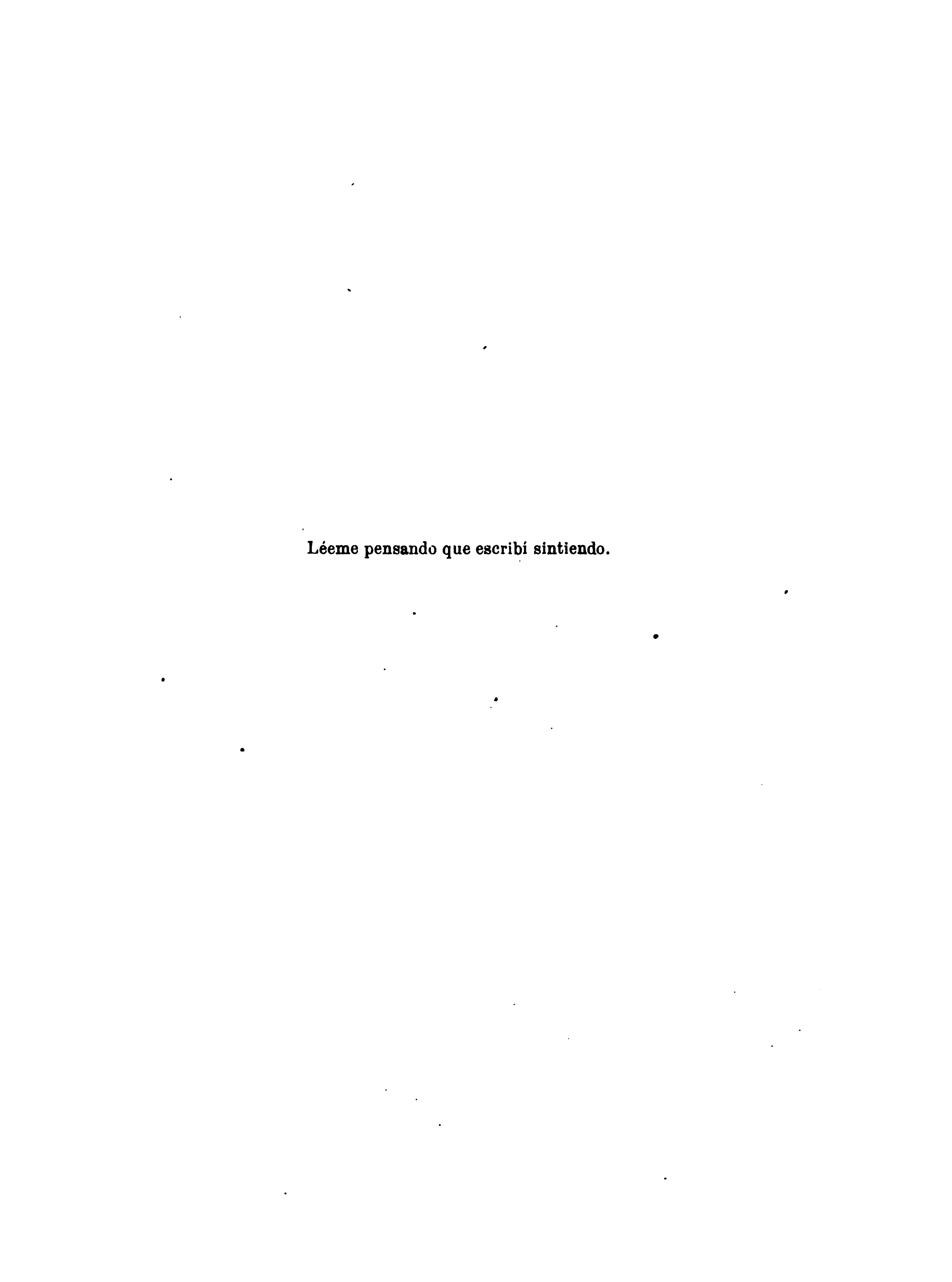
### QUE MEDIAN EN LA ACCION.

---

| | |
|---|---|
| CAMILA. . . . . . . . . | 38 años. |
| LUZ. . . . . . . . . . | 20 Id. |
| LAÑUELA.. . . . . . . . | 50 Id. |
| JOSEF.. . . . . . . . . | 25 Id. |
| EL MAGNATE. . . . . . . | 40 Id. |

El beneficiado D. CLEOFAS, cincuenta y tantos años.
El AMA del beneficiado, cuarenta y tantos años.

---



Léeme pensando que escribí sintiendo.

# I.

## Donde se leerán dos libros.

Un gato aficionado de una mona
La amó inocente y la olvidó matrona;
Nueva Circe la mona abandonada
Le preparó á su amante una tostada;
Y sucedió que el gato
Aquella noche reventó de un flato.

¡Fabio! De las mujeres que abandones
Ni siquiera recibas bendiciones.

LIBRO 1.º (*Anónimo.*)

Diérame yo, Cándido amigo, á seguir al hilo una sola máxima social bien aprendida, ó me-

jor me fuera conservar íntegra la última absolucion de mis pecados para no recaer en culpas graves y recibir tras ellas tantos y tan crueles desengaños. Pero la multiplicidad de objetos desvia mis conatos y me deslizo hácia lo nuevo sin que la reflexion me advierta de ello.

La amena variedad de la lectura ¡oh Cándido! bien pudo conducirme hasta el escepticismo, luchando entre las contrapuestas opiniones de dos autores preceptistas.

¡Ah! amo la variedad, amo los libros, y sobre todo amo las mujeres!... Mas hé aquí cómo se cometen redundancias: los libros y las mujeres son la variedad misma, y por eso los amo y las amo con infinito delirio. Ello es sucesion de conceptos que adivinas, sensacion de situaciones encontradas que sazona la duda, novedad de bellezas en páginas alternadas, curiosidad ardiente en los medios, y fria complacencia en el término.

Ni las mujeres ni los libros constituyen

familia, sino individualidades desemejantes.

Toda mujer idéntica á otra en esencia es su adversativo en presencia; digo más: una mujer es adversativa de otra mujer, búscalas dónde, cómo y cuándo quieras; y un libro símil de otro al simple aspecto difiere por completo en la esencia; mas las unas y los otros, estas y aquellos, alternadas y alternados, te distraen con la forma, con el estilo y el concepto.

El libro que acabas de saborear y la mujer en que empiezas á leer son á tu gusto los mejores, pero cierta fatalidad orgánica hace que la mujer concluya pronto y que el libro no excite á ser recomenzado: hay pues que buscar nueva mujer y tomar otro libro.....

En vano he reprendido á mi corazon de mi defecto; mas aquí tienes confesa toda mi culpa con relacion al amor, y cata mi incertidumbre respecto á cuál deba ser mi eleccion entre dos diferentes máximas de dos distintos libros.

Un sapo se casó con una rana,
Y cuando se hastió de rana el sapo
Le jurró la pavana
Y se fué al prado echándola de guapo.
La rana se enjugó con una esponja,
Se fué á un convento y se quedó de monja.

¡Cuando el dolor del alma es muy profundo
La mujer se da á Dios y el hombre al mundo!

LIBRO 2.° *(Anónimo.)*

Bien se advierte cuán atinado anduvo aquel D. Juan, erudito en pretérito y orador de presente, cuando nos dijo que no leia por no confundir la razon propia con las contradicciones agenas, y cuán errado no partiria Novalis en la vida, que murió de muerte temprana por contraposicion de ideas.

---

## II.

**Por donde se advierte cómo se va graduando lo de tener miedo al coco.**

Tengo la certeza de que tú guardas viva la memoria de mi tio el beneficiado de Sepúlveda; mi tio te debe y me debe, algunos cogotazos que no nos pagará nunca por cierto, pero al cabo nos los debe y el acreedor perdona pero no olvida. Cachetes de nominativo,

de genitivo, de dativo, acusativo, vocativo y ablativo....! sobre todo cachetes de ablativo! cachetes de *musa musæ*, y de *sermo sermonis*, con su correspondiente declinacion de cogote; cachetes de verbo activo y de oracion por pasiva; cachetes en participio, para tí y para mí; y en fin más adelante aunque con menor largueza, tal cual soplamocos ciceroniano.

Mi tio D. Cleofas, el cazador fortísimo, aquel Nemrod con sotana, que desdeñaba por ceremoniosos y pausados á los perros perdigueros, y que con su enérgica constancia cogió, amansó, domesticó, castró y amaestró por último, una zorra con la cual cazaba perdices á muestra, salto, vuelo y tiro largo; mi tio, el admirado de los clérigos por la brevedad de su misa completísima, el envidiado del dómine Crisanto por su latin depurado y conciso; él, el jefe reconocido de todos los cazadores de escopeta y salto en diez leguas á la redonda; aquel á quien el tio Patialvillo, cazador de oficio, ya jubilado, y decidor discreto, es-

cribió unas trovas apologéticas en las que recuerdo le decia, tener la huella firme y pausada del lobo, la canilla del ciervo, el jarrete del corzo, el pulmon de la liebre, la tenacidad del sabueso, los brazos del oso y el ojo del sacre....! ¡Ah! cuánto no habria decaido mi pobre tio, ayudando los males pasajeros á sus años pasados, cuando acudió á mí para lo que te voy á referir!

Hace once meses cabales que recibí con atraso carta suya, la que copiada á la letra dice así:

«*Neptis Josepho: Rapidissime instanter in vico,*
»*Tribulete nominato, número* 5.° *ubi Doctor La-*
»*ñuela, empiricus et admirabilis callorum stirpa-*
»*tor inhabitat, viam facies. Illumque postula ad*
»*mearum necesitatuum ussum, vigenti splenia sua*
»*infalibilia, ut in unoquoque digitorum peduum*
»*meorum duo ex illis aplicentur.*

»*Heu, cuantum in errorem labuntur qui dicunt,*
»*non bis in unum!*»

Ni la edad ni la distancia habian podido desvirtuar en mí los hábitos de instantánea obediencia á los mandatos de mi tio; y así en el acto mismo de leida la carta antecedente, anduve en busca de la calle, de la casa, del Doctor, y de los parches.

Con la necesidad de veinte parches para diez dedos, no se concibe á un hombre con los piés en el suelo; y por lo tanto consideraba yo á mi buen tio, volcado como un carromato catalan en un bache de su cama; y en su impotente desesperacion me parecia además oirle culpando mi tardanza desde aquel punto mismo en que cerró la carta.

Harto hube de preguntar á mozos de cordel y á taberneros, por ser la de Tribulete calle extraviada; pero por último me vi en ella, y experimenté la satisfaccion de tener cumplida la cuarta parte de mi cometido.

A poco topé tambien con el número; y teniéndole ante los ojos, parecíame no haber dado con la casa, de tal suerte era ella anti-

doctoral y poco conforme con la idea que anticipadamente me habia formado yo, como se forma todo hombre, de las cosas que busca por primera vez.

Tenia la morada aquella lo largo de un alcázar, lo alto de un corral, lo denegrido de un templo, las rejas de una cárcel; y sobre el muro, frisando casi con las rejas, se apoyaba un mal tejado construido en esa forma económica y evasiva que la dialéctica albañilesca ha dado en llamar con propiedad *obra á la malicia.*

Las augustas dimensiones del solar, el muro de granito, las aristas, blasones y relieves en la misma piedra labrados; lo arrogante y rasgado de las luces, todo, todo daba triste testimonio de que aquella vivienda recien restaurada á la malicia, vivienda más melancólica que humilde, habia sido palacio harto suntuoso en su dia.

Monumento soberbio que, inversamente á la estátua simbólica de la Biblia, comenzó á

derrumbarse por la cabeza; y miembro tras miembro de su antes bizarra arquitectura, habia ido desapareciendo; quedándole ahora de tanta y tamaña pesadumbre, la base y nada más que la base.

Las grandes y añosísimas ventanas estaban cerradas, y de sus viejos postigos colgaban telarañas.

Un gigante portalon de medio punto promediando el frontispicio no dejaba lugar á duda de que por allí fuese el único paso; pero tambien se veia cerrado, y de sus hojas no pendia aldabon ni cosa equivalente á suplir su defecto.

No sé por qué aquel resto de un magnífico edificio tan humildemente techado hoy, tan calladamente habitado, me inspiró melancolía desde la primer ojeada: hay en el corazon una lógica maravillosa á que comunmente damos el nombre de presentimiento.

Probé llamar con los nudillos á la puerta, pero me maceraba los dedos sin producir rui-

do; y cuando fuí á mirar por el ojo de la cerradura para investigar lo interior, noté que por él salia la punta de un cordelito. Tiré de ella é instantáneamente se abrió el postigo y entréme.

Pasado apenas el dintel, la puerta se volvió á cerrar, y me encontré en la mitad de un cláustro sin tener á quien dirigir mi natural pregunta.

Era aquel cláustro húmedo y sombrío, la yedra tapizaba las paredes, y el musgo alfombraba el pavimento.

Cuando el hombre destruyendo la vegetacion ha dispuesto por sus manos el suelo para el uso expedito de sus piés y la planta humana no continúa esta obra de esterilizacion, la naturaleza resurge, las yerbas renacen aunque pobremente, como emigrados que vuelven á la patria; y queda allí donde fué el hombre y es la vegetacion, una mezcla de lo anterior y de lo presente, de lo anterior sin el arte, de lo presente sin lozanía; una mezcla de lo fi-

nito humano, y de la reproduccion eterna, que contrista el corazon, oprime el alma y mata la vanidad.

Para sentir con este sentimiento de la muerte, con este instinto de religion, sal solo de tu casa, llega solo hasta la cárcava del campo santo, y entra solo en su recinto, ¡párate! para que oigas la voz funeral de la conciencia que dirá..... los que aquí hollaron están hollados por la yerba que creyeron descuajar; y esta es la encadenada sucesion del mundo físico..... de arriba á abajo, de abajo á arriba, tomar para dejar, ser para no ser..... sonrisa de lo pasado, lágrima de lo presente, angustia de lo futuro..... temor de Dios!....

Veíanse algunos fustes de columnas acá y allá derribadas sin concierto; y otras erectas aún sustentaban el techo carcomido de una galería secular y ruinosa; y esta galería circundaba el patio. Marcábase en las paredes que antiguamente hubo varias puertas de comunicacion con el interior, pero á la sazon

todas estaban tapiadas, excepto una que, sin haber quien la guardara, se mantenia abierta de par en par.

Acerquéme á ella, miré hácia el fondo y todo lo envolvia la oscuridad.

Pronuncié en voz alta el nombre de Dios con la fórmula de costumbre, y sólo el eco de mis propias palabras volvió á poco á mis oídos como si la soledad alabara al Altísimo.

Confieso que me sentia impresionado; no sé qué hay en las soledades que sublima el alma.

El *mundo* es uno de los enemigos del alma, sólo porque llamando á la impureza de los sentidos distrae el espíritu del objetivo supremo: el alma en la contemplacion solitaria se abstrae y se hace afine con el alma del universo que es Dios..... Dios que tras la creacion infinita, y tras la destruccion incesante preside en las ruinas, sobre la mar, en el desierto, sobre las tumbas, en la soledad, en el vacío, sobre la nada; llenándolo todo de su

inmensidad creadora, y de un temor santo é inescrutable misterio..... Dios que sacando formas de la destruccion de nuestras obras hizo decir al Poeta en presencia de las ruinas de Itálica :

¿Cómo desierto y vago
La grita y vocería
Que oirse en él solia
Se ha convertido en un silencio mudo,
Que aun siendo herido en cavernosos huecos
Apenas vuelve á mis dolientes ecos
De su artificio natural desnudo?
Mas, si para entender estos despojos
Los oídos del alma son los ojos,
Aunque confusos miran lo presente
Mil voces de dolor el alma siente.

Ningun peligro racional me abate, pero en aquel punto hubo momentos en que quise huir sobrecogido del miedo irrefrenable que me infunden la nada y el nadie cuando están juntos. Sin embargo; tú sabes que me repongo pronto de estos ataques ideosincrásicos, y que la reaccion me hace temerario.

¡José! me dije á mí mismo, ya casi puesto en fuga, tente José que te envileces, y contempla que no hay nadie.

Pues por eso que no hay nadie siente miedo José, me respondí yo á mí; y por fin en la lucha de esta dualidad contrapuesta que casi siempre hay dentro de mi individuo, venció José el consejero á José el aconsejado.

Íbame ya á colar de rondon puertas adentro, sombrero encasquetado como comprador al contante por casa de mercader de menesteres, cuando cátate ¡oh Cándido! que vino hácia donde yo estaba una nube blanca, que paso á paso se fué delineando hasta quedar en estátua semoviente que al andar disipaba las sombras interiores.

Mas como aquello ya era algo, no aguardé á que llegara y fuíme al animado objeto, que si bien no comprendia lo que fuese, queria yo se advirtiera de mi persona, y me sacase de entre mis dos fantasmas aterradores, *la nada y el nadie.*

## III.

**Para que se vea por dónde nos la depara el diablo.**

Cuéntase que las ánimas en pena resbalan tan suaves y calladas por la tierra que no se sienten las pisadas; y yo lo creo, que no concibo la necesidad de que las ánimas del otro se vengan á este mundo con tacones.

Ello es que viniendo el objeto hácia mí y

yéndome yo al objeto, llegamos á aquel punto de proximidad en que sin ser de contacto material se hace sensible el rozamiento de las atmósferas magnéticas que respectivamente envuelven á cada criatura, como que se forman de sus emanaciones individuales, y es de donde resultan las simpatías ó las antipatías, fenómeno moral nacido de la ley oculta de las afinidades físicas.

Mi sensacion fué de gozo, y chispearon de placer los átomos de mi atmósfera puestos en ludicion con los átomos de la atmósfera de aquella, á mi parecer, ánima en pena, pero ánima de mujer hermosa.

No advertí por cierto en ella la menor sensacion de simpatía ni de repulsion al pasar junto á mí; y tan cerca pasara que hube de apartarme para dejar expedito su camino.

Quise detenerla y temí tocarla, la llamé y no me atendió: sus ojos elevados al cielo no parpadeaban, su aspecto era inefable, su estatura elevada, su talle delgado; y llevaba esta

vision sublime plegadas sobre el seno sus delicadísimas manos.

¡Oh, qué admirable aparicion de mujer! El traje que vestia era una sencilla y rozagante túnica blanca abrochada á la garganta, y simplemente sujeta por un lazo á la cintura.

Su cabeza era una hermosa cabeza femenina en que se veian pronunciados los signos de la veneracion y de la maravillosidad, y adornábanla dos luenguísimas trenzas de cabello negro muy lucientes; cuyas madejas himalayas caian desprendidas por los lados de su cuello sobre los hombros, y de los hombros al pecho; del pecho á la cintura, y más allá.....

Las pupilas de sus rasgados ojos eran garzas, y el cielo en que lucian de un blanco extremo con leve tinte azul; su tez nítida aunque algo pálida y no alabastrina; sus labios delgados estaban un poco descoloridos, meramente rosados; la frente la tenia un tanto perfilada en las partes laterales, pero muy serena; las cejas eran arqueadas hebras de brillante

seda, las pestañas corvas y salientes, el cuello largo y flexible, el seno breve; y todas sus formas menos redondas, pero no menos bellas, que las formas venustas que el Paganismo, como mera religion de los sentidos, nos ha legado en las artes.

Zeuxis ó Apeles, Phidias ó Praxiteles la hubieran calificado incorrecta; Canova la habria juzgado indigna de ser copiada; Rafael no la hubiese admitido en las convenciones plásticas de su bello ideal contagiado del griego estatuario; Murillo, admirándola, no hubiera encontrado cómo ingerir en su composicion un tipo, aunque cristiano, tan nuevo para su sentimiento y tan ageno á su manera pictórica.

Era, sin embargo, menos mística que aquellos ángeles adultos y que aquellas vírgenes de Beato Angélico apenas acentuadas por la pubertad: pero Leonardo de Vinci se hubiese embebecido al retratarla.

De tal manera la idea de lo bello es mutable y convencional, por hallarse sujeta á las

influencias de la filosofía de cada pueblo y de cada época.

Mas á pesar de la distancia, Leonardo de Vinci y yo nos parecemos; yo me extasío enamorado ante la ***Monnalisa;*** ante todas aquellas bellezas ideales que sólo él realizó; y él, á no dudarlo, se habria embebecido en la contemplacion de mi silenciosa aparecida.

No era, no, vaso de placer como la mujer pagana; era pomo de bálsamo precioso, reservado para cicatrizar heridas del corazon durante la peregrinacion del alma en la vida humana.

Tampoco revelaba la gracia y donosura típicas de tal ó cual raza genuina, respectivamente aceptadas tan en absoluto, y tan pasmosamente reproducidas por Rubens, Ticiano y Murillo; parecia por lo contrario, la aleacion de los caractéres de todas las razas en un solo individuo de su especie, como expresion y símbolo de la especie humana, donde se revelaban la relacion íntima de la vida con el alma,

del alma con el cielo; resultante admirable de la fraternidad evangélica, y de la civilizacion conquistada por la sangre del Redentor.

Los escultores, los pintores, los poetas, al querer modelar en sus obras á la mujer, no han hecho más que apoteosis parciales de mujeres, meras manifestaciones subjetivas de la hermosura y del gusto con relacion á cada artista; cuando la mujer es el objeto cardinal para el exámen de todo lo bello, de todo lo espiritual y lo terreno, de lo grave y de lo ligero; cúmulo de defectos seductores, conjunto de perfecciones consolantes. Es debilidad vencedora y frágil fortaleza, manantial de vida, sonrisa del niño, luz del hombre, arquitectura de mágicos encantos..... Ah! es la mujer crepúsculo del paraíso que aún se vislumbra por el hombre, asomo de sombra de destierro que nos mueve el llanto, y aurora del cielo que enciende la esperanza.

Así como Eva llevaba en sí sola, en proporciones artístico-divinas, todos los rasgos fisio-

nómicos que hoy están en el género humano, esta moderna Eva me parecia mujer de todas las naciones.

Salida de una sola madre nuestra especie, al desparramarse las generaciones desde las regiones templadas, así á los trópicos como hácia los polos, fuéron las familias influidas por los diversos climas, hasta marcar las llamadas razas.

Entonces el lazo de la fraternidad estuvo roto por la desemejanza, y fuéron los orígenes secundarios; pero la Redencion obró en nosotros la fraternidad, y la criatura humana camina de nuevo á un tipo complejo y primitivo.

No era, pues, aquella misteriosa criatura, sino la manifestacion sensible del mundo moderno en su expresion más bella, la mujer cristiana.

---

## IV.

*Amar*, **verbo activo.—Indicativo presente.— 1.ª persona.**—*Yo amo.*

Las buenas obras no tienen por lo comun en la tierra la compensacion que fuera de desear: cuando yo era niño, libré un pájaro pardillo de una hermosa serpiente que lo atraia por propiedad magnética.

Más tarde, en una noche muy fria cargué á

cuestas con un amigo que encontré espirante en mitad de la calle, languidecido por el canto de una mujer desconocida que se distraia, sin duda, á solas en su casa.

Por último, y aún no hace un año que Martina Pulgares, la hija del capitan de inválidos, encelada de un hombre imaginario que habia soñado, se quiso matar de salto profundo, y yo le apunté al corazon con una escopeta, de cuyas resultas la entró frio, le dieron tercianas, y se casó despues con el médico.

Esto y mucho más tengo practicado por cuanto siente y padece, pero á mí se me deja abandonado en mis más irresistibles situaciones.

A veces creo si todo consistirá en que yo sea el último eslabon de la cadena magnético-viviente y me conformo; porque lo cierto es que tras mí sólo vienen la nada y el nadie engendradores del miedo.

¡Oh Cándido! te vas á mofar del que se limpió las narices con tu pañizuelo, favor escaso

que no ha podido olvidar quien sin embargo te sacaba la púa al trompo y además las concordancias para que holgaras..... *Cuantum mutatus ab illo*..... Indicativo presente, *yo amo*, pero ¡con cuán menguada fortuna!

La más extraña y seductora mujer resbalaba sobre la yerba como la aparicion lucífera de un nebuloso poeta escandinavo, y yo la subseguia por absorcion automáticamente. Así discurrimos por el patio un espacio de tiempo que, como no lo he vivido en mí, no puedo calcularlo.

En aquel instante, aquella imágen de todas las mujeres, frisaba con un capitel derribado de un peso de más de diez arrobas.

Yo que amo lo maravilloso, sentia con el afan devorador del que busca desentrañar un misterio.

Un ángel diseñado en las formas de una vírgen terrena, un ángel corpóreo entre la sombra y la luz era mi objeto; nada tan seductor, nada más bello, nada menos comprensible.

Pero cuánta no seria mi sorpresa al ver que aquella delicadísima criatura, inclinándose como se inclinan las sílfides para besar las flores, cogió la mole de piedra y la cambió de su asiento, al parecer sin esfuerzo.

Si entonces estoy solo, echo á correr de espanto; pero ella me acompañaba y continué contemplándola.

Examinó con escrupulosa solicitud el lecho en que habia yacido el capitel sin duda más de medio siglo; de pronto una sonrisa, que me recordó los tembladores relámpagos del estío en dia sereno, brilló sobre su rostro, y con sus dedos de nácar arrancó del fondo húmedo el tallo pálido de una menuda planta.

Trás esto volvió á tomar su actividad majestuosa, y continuó andando puesto en la palma de la mano izquierda aquel resíduo vegetal, apenas perceptible y enfermizo.

Su direccion fué ya hácia el interior de la vivienda, y yo que tras ella me hubiera precipitado en los infiernos como el Dante, como

Orfeo y como el mismo demonio, la seguia por intrincados pasadizos muy oscuros, y llegamos por último á una estancia casi desmantelada, muy larga, muy ancha, muy alta; y aquí me quité mi sombrero haciendo reverencia á un hombre singular que allí estaba, y que vino á nuestro encuentro.

Este hombre me pareció un mágico relegado por la ignorancia del siglo, ó un sábio de esos que pueden hacer oro, diamantes y agua lustral, pero que por no emplearse en pequeñeces se dedican á domesticar las cucarachas.

A semejante juicio anticipado, contribuyó tal vez, el aparato de la estancia y el traje exótico de su huésped.

Una mesa, una redoma, un cojin, un manto desdoblado, una trípode y dos taburetes, esto era el mobiliario; seguian luego, los ladrillos, las paredes y la bóveda que limitaban el vacío.

La luz entraba escasa por el techo, y no había por allí gato, ni jimio, ni sapo, ni ma-

cho cabrío, ni esferas ni triángulos, zodiacos ni fogones; ni compases, ni signos cabalísticos de ninguna especie.

No habia nada para la brujería, nada para la astrología, ni para la alquimia, ni para la mágia, y sin embargo presidia en todo el misterio.

Sólo al sacudimiento de semejante impresion pude por instantes distraerme de mi guia, pero no tanto que no continuara viviendo en su atmósfera.

Era el hombre alto, magro, aguileño, saturado de bílis, pintaba canas, y gastaba barbas de secano. Vestia desceñida una bata de damasco que le llegaba á los tobillos; calzaba babuchas, mostraba los brazos desnudos hasta los codos, y la cabeza la llevaba cubierta con un rojo bonetillo abatanado, de poco precio y de mucho abrigo.

No era mágico, ni brujo, ni sábio de letra antigua, era el DOCTOR LAÑUELA; esto es, era el DOCTOR LAÑUELA verdadero pedículo extirpador

profundo de callos consolidados, y único médico, absoluto electro-magnético-espiritualista; especial ambidiestro para sanar enfermedades nerviosas en personas de ambos sexos.

Cualquiera otro hubiese correspondido á mi reverencia; pero él, sin dignarse mirarme, levantó la diestra ni más ni menos que Josué para parar el sol, y mi guia se detuvo.

Acto contínuo señaló la trípode muy imperativo, y mi guia se sentó en la trípode radiante, sublime, inspirada, inmensa....! Era la Sibila de Cumas, era la Pitonisa de Delfos, era más, era más....! era el espíritu humano devorando la materia para sondar los arcanos de la ciencia! ¡Ah! rieles de amor me corrieron por las venas, y fruicion de placeres me chispeaba por los poros: sentia yo que me decrepitaban los cabellos, las yemas de los dedos titilaban, el corazon oscilaba saborosamente dolorido; y el alma dilatándose, más allá de mi vida física, se desposaba para siempre en la region de los espíritus entre raudales de luz.

¡Oh mujeres del mundo! ahora todas me pareceis ediciones repetidas de una misma leyenda sin sentido comun, pero en cambio yo estoy perdido, completamente perdido.

¡Oh libro primero! ¡Oh libro segundo! De los dos el uno será verdad y el otro mentira; pero con el uno y con el otro yo estoy perdido. ¡Oh tio mio! ¡Tio mio! Los que afirman que las cantidades heterogéneas no se suman, no han sabido hasta hoy que con veinte parches te zafaste de veinte callos y un sobrino, total veinte y uno.

Añádase á lo dicho, que no hay nada más tierno que yo, y que soy por ende lo contrario de esas induraciones parásitas, insensibles y traidoras, que colocándose á los piés de la víctima se nutren de sus nervios y se visten de su pellejo; y yo estoy perdido desde que mis ojos vieron, y entendieron mis oídos que habia una mujer casi intangible, apenas enlazada con la tierra, envuelta en una atmósfera atrayente, y que esta mujer trastornaba

columnas con sus manos, penetraba con la vista lo insondable, y daba de sí una voz enervante y vaga como la de las arpas Eoleas, para significar conceptos nunca oidos, para referir desventuras arrancadas del secreto nunca revelado, para decir amor como ninguna, y acariciar con el cántico de su muerte á la manera de los cisnes del Eurotas.

Cuando la sed del alma se ha encendido
Y la taza quebró junto á los labios,
¡Decidme, amigos! enseñadme, sábios!
¿Dónde se bebe el agua del olvido....?

---

## V.

### Efectos de luz y sombra; y de cómo habló.

Hay un cuadro interpretado de los Santos Evangelios, por un pintor de genio, cuya ejecucion es sorprendente; pero es mayor aún el conocimiento profundo del espíritu del cristianismo que en él se revela.

Hay en este cuadro, contraviniendo las máximas de la composicion, dos protagonis-

tas, y por consiguiente dos objetivos; uno es Jesus, otro es el demonio, que están plantados sobre una roca árida, eminente, envueltos en una atmósfera caliginosa, y bajo sus piés se tienden á lo léjos las ruinas solitarias de Nínive, Palmira, Ménfis y Babilonia sobre un desierto inmenso.

Por esta simple explicacion parece que la mirada y el juicio debieran distraerse alternativamente del fin único que el autor se propuso, pero acontece lo contrario.

Satanás, con ávidos ojos, y con el brazo y con el índice imperativamente tendidos, señala á Jesus la posesion de toda la tierra; Jesus revestido de sublime mansedumbre, señala á Satanás el reino de los cielos; y en mitad de estas dos grandes figuras (el bien y el mal) no media nada más que una mirada recíproca y directa, cuya visual establece la hipotenusa de un triángulo inconmensurable, cuyos lados recorren la moral del universo, y su vértice se pierde en lo infinito.

Ahora bien, si el Evangelio es el libro de la humanidad, y el cuadro es la interpretacion, vengamos á la vida doméstica y reduzcamos el cuadro. Lañuela y ella, la luz y las tinieblas, la abnegacion y el egoismo, lo espiritual y lo terreno, el bien y el mal, el demonio y el ángel caseros, ella y Lañuela.

Yo era el espectador de una escena muda, de un cuadro viviente que duró momentos, pero que me hizo padecer horriblemente.

Permaneció la arrobada doncella con el brazo suspenso hasta que Lañuela cogió el tallo enfermizo que llevaba en la palma de la mano, y puso dentro de la redoma la planta misteriosa.

La redoma contenia agua simplemente, y la planta estaria en infusion medio minuto, cuando el Doctor la sacó; y poniendo luego la botella en manos de la mujer inspirada, ó en manos de la mujer sonámbula, esta empezó á agitarla por grados hasta que una convulsion extremada le postró las fuerzas.

La virtud habia obrado, la operacion estaba hecha ; existia ya la panacea anti-nerviosa, como verás más adelante.

Tomó Lañuela la redoma, y la hermosa continuó en la trípode poco menos que la estátua del silencio, y digo poco menos, porque se le oian los latidos del corazon.

Entonces Lañuela la arropó desde los piés á la cabeza con el manto de seda, y se vino luego á mí un tanto imperioso y muy poseido de su persona.

—Dígame, me dijo, ¿qué razon le ha traido antes de la hora señalada para los que sufren dolencia?

Me disculpé con mi ignorancia y le hice relato del encargo de mi tio. Oido el motivo, Lañuela permaneció silencioso y cogitabundo por largo trecho; y yo no quité un instante los ojos de la divinidad velada, hasta que él, incorporándose, me interrogó y hubo el diálogo que va puesto al pié de la letra.

—¿Y el buen sacerdote es flemático de tem-

peramento, ó es por el contrario súbito-sanguíneo? ¿Viénenle los callos de calzar ancho en demasía, ó de calzar prieto con exceso? diga en esto lo que supiere, que la causa importa al caso.

—Doctor, segun mi cuenta, los callos le vienen á mi señor tio de andar desordenadamente, y para este fin calzaba en aquel entonces no muy ancho ni muy apretado, pero sí muy duro; esto en cuanto á los piés, que en cuanto á su genio, dígole á V. que peleaba solo.

Quedóse Lañuela sumando *in mente*, y me dijo despues:

—Callos son esos externo-profundo-bilaterales, con raigambre gramácea: externos porque se palpan, profundos porque radican hasta los tuétanos, y bilaterales porque se bilateran á los dedos de los piés; es decir, el macho segun el dedo se pone fuera ó encima, y la hembra segun el dedo se pone *supra aut infra*, pero los dos se comunican los dolores (no los suyos sino los del prójimo), del un lado al otro

por la médula misma de los mismos huesos.

A las hembras de estos callos llámanlas ojos de gallo; porque parecen tales, pero no son sino hojas de venablo; á los machos los llaman clavos y ello se dice.

Los unos y los otros son callos que duelen récio con sólo soplar en ellos, y para arrancarlos de cuajo por los medios comunes se necesitaria la reja de un arado.

Infiero, pues, que su señor tio de V., sea dicho con respeto del diaconado; infiero, pues, que su señor tio de V. debe mostrarse un tanto blasfemo dos ó tres dias antes de los cambios atmosféricos.

Autor hay, señor mio, que clasifica estos callos denominándolos *Thermometrum-imprecatorium*, y dice bien; que yo reniego de ellos como ellos hacen renegar á los pacientes. Y pues que dejo expuesto el diagnóstico de la enfermedad, pasaré al pronóstico; pero antes conviene que me aclare usted aquella frase con que acabó diciendo que su señor tio *pe-*

*leaba solo*, porque yo en verdad confieso que no la he comprendido.

—Señor Lañuela, le dije, mi buen tio peleaba solo, porque como el respeto de los demás á sus órdenes sacerdotales impedíales responder á sus provocaciones, él muy irritado de esto se daba desaforados gritos á sí mismo, se rifaba las manos una contra otra, y hasta llegó caso en que se echó á sí propio la zancadilla.

—¡Oh! ¡caso estupendo! súbito-sanguíneo revela ser el temperamento del beneficiado á tiro de ballesta; y bien le estará á V. siempre que pueda, ponerse á tiro de cañon de su merced.

Ya se disponia Lañuela para ir sin duda en busca de los parches especiales y manifestarme el pronóstico como tenia dicho, cuando el reloj dió hora, y llamaron á la puerta..... yo no supe por qué se me erizaban los cabellos, pero al mismo tiempo sonaba la voz de una mujer.

Lañuela se hallaba sorprendido; la hora de visita se le habia venido encima distraidamen-

te; la Pitonisa, como tenia interrumpida por la seda la corriente eléctrica, no habia podido advertirle la aproximacion de una enferma *confitente-nerviosa*, y esta entraba.

No hubo, pues, más tiempo ni otro remedio que arrebatar el manto que cubria á la beldad estática, y echármelo á mí encima; y con esto y con lo otro me quedé acurrucado en un rincon como galgo despeado, ó como gato con frio.

En el nombre de Dios Todo-poderoso, y sea aquello para perdon de todos mis pecados! La mujer que habia entrado era Camila! Yo no necesitaba verla, su voz me estremecia y su atmósfera fué una pila voltáica que á muchos pasos me pegó una sacudida casi mortal.

Entró Camila, desprendido el velo,
Fiero el aspecto, inmensamente hermoso;
La mirada encendida, y el anhelo
Agitando su seno tempestuoso.
Angel soberbio que cayó del cielo,
Entró Camila en busca de un reposo,

Que no da el hombre, ni dará la ciencia;
Qué huyó del alma hiriendo la conciencia.

¡Triste de mí! yo bien quisiera no poner en esto la pluma, pero me empuja el dolor mismo que tanto me hiere..... bien quisiera no llegar al patíbulo, dicen los reos de muerte: pero me empuja el verdugo que tiene obligacion de matarme..... Adelantaba Camila radiante de majestuosa ira, y aunque claro está que yo no he conocido á la reina Dido, presumo que en la edad, en la belleza y en el genio debió parecerse mucho á Camila, y creo de esta que si hubiese nacido reina como la otra, á su mirada se habrian prosternado los pueblos, como creo que en el momento que explico, impuso miedo al mismo Doctor Lañuela; porque lo cierto es que al verla retrocedió tres pasos y dijo á la sonámbula: ¡párala!... ¡párala!

Alzó una mano la encantadora belleza, y Camila en el acto quedó como petrificada.

Yo creí que me habia mordido una tarántu-

la; yo creí que me daba el baile de San Vito; pero empecé á sudar á chorros vivos y me vino bien, para así sujetar los músculos de todo mi cuerpo y no salir saltando por mitad de aquella escena pasmosa, como cuentan que salió el diablo dando brincos para espantar á las monjas de cierto convento, cuando gozaban en ver á su madre abadesa en coloquios con nuestro Padre San Francisco.

Sea de mí lo que Dios quiera, dije para mi manto; y me puse á ver venir hecho todo ojos y orejas, no ya como galgo, sino como liebre encamada que lo siente llegar.

Camila habia quedado en su actitud imponente, pero sin parpadear; y la Estática permanecia con el brazo suspendido, á la par que Lañuela habia cruzado los suyos á lo Napoleon de yeso.

Entonces fué cuando se verificó lo que encabeza este capítulo de mi narracion, y habló la misteriosa, y dijo con voz prestada por los espíritus que cantan en el cielo á compás de cítaras impalpables:

—Tú eres la que encendiste lava en el corazon del hombre, la que arrasaste en lágrimas sus ojos, la que hiciste ceniza de su cabello, apagaste su genio, quebraste su energía, venciste su razon con toda voluntad, y él fué escabel de tu planta para que treparas á tu precipicio.

—Yo soy.

—Tú eres la que fuiste amada como ninguna, cuando eras más mujer que libro de ciencia humana, y más débil que el hombre.

—Yo soy.

—Tú eres infeliz como ninguna!

Aquí lloró Camila, y dijo tambien:

—Yo soy.

—Tú eres la que busca la paz como reaccion de la guerra, y quieres saciar el alma con el orgullo de la victoria.

—Yo soy.

—La mujer que devora orgullo, muere de inanicion de consuelo.

—Es verdad.

—La mujer que devora orgullo no goza en el corazon de su amado, como gozan las flores acuáticas en el lago tranquilo.

—Es verdad.

—Y muere de inanicion de consuelo.

—Es verdad.

—Y tiene pasion inconfesa, y tiene confesion impenitente, es contradiccion de sí misma; y porque luchan sus dos naturalezas ama y desama á un tiempo; busca la paz en la guerra, quiere saciar su alma en el orgullo de la victoria, y se desdeña en su íntimo; es libro de ciencia humana y no goza como gozan las flores acuáticas en el lago tranquilo, porque muere de inanicion de consuelo.

—¡Es verdad! ¡es verdad!

La altiva voluntad y el tedio inerte,
El codicioso afan junto al disgusto,
Y el desden de la vida, y fiero susto
Sólo al pensar en la terrible muerte.
La obstinacion en oprimir al fuerte,

La terquedad en deprimir al justo,
Y el recibir el bien con ceño adusto,
De quien benigno procuró mi suerte;
¡Así soy! ¡así soy! porque en mi alma
Algo devorador hay que destroza
El bien que nace del afan que espira...
¡Quiero morir, ó vuélveme la calma!
Que cuando lloro el corazon se goza,
Y cuando rio el corazon suspira!

LA ESTÁTICA.

Habla con ojos enjutos.

CAMILA.

Yo sé comerme el dolor.

LA ESTÁTICA.

Mas lloraste.

CAMILA.

Fué minutos.

LA ESTÁTICA.

Dí, ¿al árbol que da dos frutos
Le ingertaron el peor?

CAMILA.

Sí tal.

LA ESTÁTICA.

¿Quién?

CAMILA.

El mundo.

LAÑUELA.

*(Aparte)* ¡Hola!

LA ESTÁTICA.

Dime, ¿quién meció tu cuna?

CAMILA.

Madre honesta y española,

Que suple constante y sola
Rigores de la fortuna.

LA ESTÁTICA.

Dí tu vida, habla, responde;
Logra la virtud más gloria
Cuando el corazon no esconde
La verdad que corresponde
Al dolor de nuestra historia.

CAMILA.

Creciendo mi juventud
Mi madre á Dios bendecia;
Yo á Dios amaba y oia
Consejos de la virtud
Y voz de melancolía.
Voz vaga en el infinito
Que no articulaba voces,
Y entre el consejo bendito
De mi madre, oia el grito
De un mundo lleno de goces.
Mundo que vino á tender

Florestas en mi camino;
Yo que andaba mi destino,
Pisé florestas sin ver
Por qué vino, ni á qué vino.
Triunfos de la vanidad
Fatigaban mi razon,
Sin saciar el corazon,
Que era la voz de la edad
Sin la edad de la razon.....
Confesar el sentimiento,
Aunque el sentimiento ofenda,
Si no es virtud es ofrenda
Que hace el arrepentimiento
De la virtud en la senda.
¿No me permites que llore?...

LA ESTÁTICA.

No llores.

CAMILA.

Si soy mujer.....
Pues bien, yo haré me devore

Mi dolor, porque mejore
La confesion de mi sér.

LAÑUELA.

Esta enferma me hace mella...
He asistido á mil mujeres
Y nunca oí pareceres
Tan sublimes como en ella.
(*Dirigiéndose á la Estática.*)
Que diga quién es...

LA ESTÁTICA.

¿Quién eres?

CAMILA.

Soy la esperanza de ayer;
Soy lo amargo de lo actual;
Soy bien que no tiene igual;
Dentro el dolor, soy mujer
Que odia amando... y soy, mi mal.

LA ESTÁTICA.

Misterio...

CAMILA.

Misterio soy;
¿Y qué mujer no es misterio?...
La que encierra un beaterio,
La que está como yo estoy,
Y la que rige un imperio.
A ser razon la mujer
La desdeñaria el hombre;
Y la ama porque lo asombre
Con tanto ser y no ser
Causas y efectos sin nombre.
Dime tú misma lo que eres
Si no eres misterio ardiente:
Tú, por mujer solamente
Penetras cuando no inquieres
Engaños de amor que miente..
Por delicada y por bella,
Por la endeblez de tu sér...
Sólo porque eres mujer
La ciencia en tí más destella
Sin auxilio del saber.

La música en su armonía,
En su voz la poesía,
En su eco la tempestad,
Son á tu alma y la mia
Voz de la divinidad...!
Si aciertas mi sentimiento,
Porqué quieres te lo diga;
Favor que á vergüenza obliga
No trae agradecimiento...
¡Cúrame, y Dios te bendiga!

*(La Estática desmaya visiblemente. Lañuela se precipita á darle* PASAS. *Camila crece sobre sí misma con la altivez de una reina ofendida, y yo digo para mi manto.)*

YO.

Adan pecó con Eva;
Pobre padre Adan,
Si te vieras á prueba
Puesto en mi lugar.

Porque la verdad sea dicha sin disfraz de corazon; yo habia olvidado los defectos de

Camila; y aquellas dos mujeres que sólo tenian de comun entre sí el ser mujéres, y que se diferenciaban tanto por ser mujéres; aquellas dos ruedas de movimiento inverso, la una de fuego y la otra de luz, engranaban tan de molde y tan á la par en la máquina de mi existencia, que yo me sentia dispuesto á marchar ayudado con ellas dos, mundo adelante, pasando de las sensaciones de la luz á las del fuego, como supongo que pasará gustoso á los sabores alternados el que masca tabaco y come merengues. Y en esta delectacion me saboreaba cuando la escena tomó giro distinto.

Lañuela habia logrado cargar tanto de fluido á la Estática que esta se erigió en la trípode: y á la manera de arcángel, tal como si tendiera sus alas luminosas, se puso de un vuelo junto á Camila; y Camila se postró de rodillas; y el arcángel extendió la diestra y recibió la redoma que le prestó Lañuela; y el arcángel metió el dedo meñique en la redoma y sacó una sola gota de agua suspendida en la

yema, y esta gota oscilaba para desprenderse, cuando Camila entreabrió los labios y le cayó en la boca.

Las dos mujeres se abrazaron entonces como Píramo y Tisbe, como dos amantes, como Psíquis y Cupido; como el Ángel Custodio y el alma del niño; y es que Camila se sentia feliz y lo dijo; porque dijo ¡estoy buena! Sacó ella en esto un bolsillo de su seno que cogió Lañuela y repitió la belleza embellecida por la alegría de su alma: ¡estoy buena!

¡Camila buena!... ¡Oh, qué nueva Helena le suministrara la nepenthes!!.....

Yo no habia visto buena á Camila hacia bastantes años; y al volver á mirarla en su prístino y natural estado, reconocí que cuando Camila está buena es la mejor y la más hermosa mujer del mundo, exceptuando la Estática que me parece tan buena como Camila, cuando Camila está sana; y que es tan hermosa como Camila misma; pero que como son hermosuras y bondades de distinto género, caben en mi co-

razon como caben reverentes dos imágenes en un altar, como se tienen dos devociones dentro de una misma religion; porque el amor es una religion terrena que rinde culto á la mujer esencial, es un monoteismo dentro de esa deidad multiforme, protéica; que se llama vírgen, que se llama madre, que se llama esposa, que se llama viuda, que se llama blonda, trigueña, sentimental, festiva; que se llama constante, que se llama voluble; adorándola siempre, y que sólo nos hace ateos cuando se llama vieja.

¡Oh pobres viejas! sé de muchas que tiran piedras á su tejado, y son todas las que se tiñen las canas.

¡Pobres viejas!..... Yo, idólatra de la deidad mujer, soy puro ateo respecto á vosotras, pero no soy impío; y os aconsejo benévolo que no os pinteis la cabeza, por ser esta parte superior de vosotras la que mejor os dejan, la que más dignamente os decoran los años; y porque aun cuando el tiempo os la añascase, arrugara, secase y blanqueara todavía más, no por

pintaros dareis salto atrás ni acudirán los hombres á vosotras como patos de albufera á señuelo de corcho..... que en verdad, en verdad os digo no ser engañables en sus instintos esos atrevidos secuaces de la máxima del tacto, esos tomasistas (partidarios del Santo Apóstol Tomás) que dicen *ver* y *creer*, poniendo el dedo en la llaga.

---

## VI.

**Donde se leerá del embozado de Córdoba y se aplicará un sucedido como si fuera cuento.**

«Estoy buena y admiro la Providencia en la distribucion de sus secretas virtudes,» volvió á decir Camila con toda la devocion beatífica de su sexo; «para tí no tengo más que un beso», añadió dirigiéndose á la Estática, y se be-

saron en los labios como no se besan nunca dos mujeres.

Estalló el beso y la Estática incorporándose de súbito mandó á Camila que se arropara el rostro y saliese pronto, porque ella presentia que se acercaba un hombre sin parar.

No ví más á Camila, la trajo el rayo y la llevaba el íris, una aureola de contento dejaba en pos de sí: la Estática volvió á la trípode y su aspecto era el aspecto de Minerva.

—¿Conviene sacar el mozo enmantonado y se le pueden dar los parches? preguntó Lañuela.

—No le temas, y no da tiempo, respondió mi adorada pitonisa.

Y en tanto entraba colado de rondon, con el embozo hasta los ojos, un caballero de capa y sombrero, ni más ni menos que otro cualquiera de los de la *giralda, giralda, giraldilla,* á que aluden las muchachas que juegan en plazuela durante las noches de verano....

Pero esto que alude al caballero de capa y

sombrero, es una opinion peculiar mia y no del caballero de capa y sombrero respecto á sí mismo, porque él entraba muy henchido de su personalidad, sin darla á conocer más que en el incógnito; arte que suele emplearse con éxito para levantar el anónimo sobre el apelativo, cuando el apelativo es peligroso por causa de quien le lleva, caro por lo que en sí importa, ó perjudicial por lo insignificante.

Lañuela, que lo veia venir tan distintamente de como yo entré, lo midió de una ojeada y se fué á él; él paró arrogante; y ambos quedaron careados muy gallardamente á la manera de gallos de distinto corral que parten la distancia.

Yo presumí al principio que se iban á pegar cuatro patadas por primera salutacion, pero nada de eso. Lañuela debió adivinar algo en el incógnito, cuando cruzó sus manos muy acompasadamente sobre el pecho, y haciendo zalema al forastero, oí que le decia:

—Señor, sea bien venido á la casa de un su

servidor que bien quisiera ponerle sano en cuanto me muestre y me razone el mal que le trae.

El forastero inclinó apenas la cabeza y sin desembozarse respondió muy torpe la voz y como si tuviera mucho rozamiento en el tornillo de la palabra :

— Doctor, si es V. el Doctor.....

— Sí soy, dijo este.

— Pues Doctor, son dos los males que traigo, y quiero salir sin ellos.

— Poquito á poco hilaba la vieja el copo; no se impaciente vuestra señoría; atacarémos heróicamente el mayor, desde ahora mismo: y despues que esté vencido el grande (porque nunca van dos leones juntos), al pequeñito le darémos tormento hasta acabar con él.

— Mire bien el Doctor que ambos males los tengo dentro.

— No importa eso; veámoslos, para que yo elija la primera víctima.

— Doctor, Doctor, yo no puedo enseñar mis

males, porque no quiero enseñarme á mí mismo; que á querer yo eso, hubiera llamado á mi propia casa al Doctor y á la Sonámbula.

—Señor, siéntese vuestra señoría con calma en ese taburete de las confesiones imprescindibles, y desechará todo el temor que ahora le previene, cuando le diga que he confesado y reconocido á clérigos que por ahí andan, sin que lo sepa un pecador en el mundo; y por lo que atañe á la Sonámbula, aseguro á vuestra señoría que si dormida habla como los ángeles milagrosos, despierta calla, que no parece mujer; y que si dormida anda, despierta no asoma de su vivienda; que ella es flor de estufa por lo rara, retirada y sencilla; siéntese, pues, con calma vuestra señoría, y descorra, para que yo vea en el rostro, ideosincrásicamente considerada, la índole de los padecimientos; y despues en la cosa que padece el estado de la enfermedad.

—Doctor, replicó el Embozado, sin aguardar á que el Doctor marcara la pausa del pun-

to final, causa tengo y voluntad me sobra para sostener lo dicho; pero quebrantando en parte mi propósito, lo más que yo consentiré enseñar al Doctor serán las manos.

—¡En el nombre de Dios! y va de tres: exclamó Lañuela sorprendido. Y como el Embozado no comprendiera tan extraña exclamacion, le reprendió preguntando lo que pretendia significar con aquella «salida de pié de banco».

Lañuela pidió le disculpara el movimiento involuntario de su memoria que tal exclamacion le habia puesto en los labios, al ver la semejanza de conducta de su señoría, con la que tuvieron en caso idéntico Madamisela Pontenpié y la mora Lindaraja.

—¿Y qué tengo yo que ver con la tal Madamisela, ni por dónde se me puede á mí juntar con la mora Lindaraja? replicó muy amostazado el caballero.

—Por ninguna parte, en verdad, ni con la una ni con la otra, porque andan opuestos los

extremos; pero la cosa es tan parecida en los efectos, que se juntan los hechos en la memoria para producir caso raro, y lo es en puridad; y son rarezas de la especie humana, que sumadas parecen cuento, siendo sucedido.

Y quiero referirlo á vuestra señoría, por si en vuestra señoría obrare convencimiento que conduzca á mi fin; á cuyo propósito siéntese vuestra señoría para que yo le relate el cómo no pude atinar con el achaquillo de Madamisela Pontenpié, con ser un achaquillo; ni tampoco con el mal profundo de la mora Lindaraja, con ser profundo, tanto que lo tenia en la campanilla: cosas que á ellas no les viniera bien y lo lloraron; mientras que á mí me trajeron mengua en la fama.

Sentóse el Embozado que daba risa verle, sin querer darse á partido y como violon con funda.

Lañuela se le puso muy al paño para que, como tenia el tal caballero tapadas las orejas, le pudiese oir, y dijo:

—En Tánger vivia yo de mi fama cuando me llamaron á Tetuan á un mismo tiempo, de parte del vice-cónsul de Francia y de parte del Hadj-Sidi-Mohamad-Ben-Chufa, caballero principal que sólo tenia dos mujeres, y que en su amor hácia ellas no le parecian sino una, por ser la una blanca y la otra negra, que lo llevaban al *soplavivo*, cual si dijéramos de sol á sombra, muy á placer del susodicho moro Chufa.

No tenia el francés hijo, ni hija, ni mujer; y él era sano de cuerpo para que nada propio le doliera en casa; razon por la que extrañaba yo el llamamiento, pero supe luego por el andarin que me trajo la carta, que al Musiú le habia recien llegado de Paris un dige, que nunca anduvo más que en carretela y era su prima carnal.

Los bofes echó mi mula que no la conocia yo mismo cuando entramos, y me fuí derecho al francés; pero al saludarnos me dijo que me verian más tarde, porque en aquellos instantes Madamisela estaba muy atufada (très ennu-

yée) con un judío que la habia engañado en castellano, y no queria ni oir hablar en semejante lengua.

Piqué la torda de aquella casa afuera para llegar y entrarme en la del moro, esperando de este mejor acogimiento por ser todos ellos hombres graves, y tan perezosos hasta en el pedir, que no piden sino muy necesitados.

A bastantes pasos de la puerta lo ví ya, sentado en el quicial, que lo cogia todo; y pasaba en tanto las cuentas de un rosario.

Al apearme no se levantó; pero llevándose la mano del pecho á la frente, y de la frente al pecho, me dijo:

—Dios es justo y te trae.

Y como para mí eso no fuese nuevo, dije para mis adentros, que yo ya me sabia que habia venido, y que Dios era más justo que el vice-cónsul francés.

Pero como despues de esta salutacion parabólica el moro Chufa continuara rezando, yo me le quedé clavados los ojos para ver hasta

dónde llegaba su calma, dando vueltas á un rosario de los de Mahoma; que como no tienen cruz ni glorias no se acaban nunca.

—¿Y V., doctor, acabará su cuento? dijo ya impaciente el Embozado.

—A la punta me hallo, señor mio, pero los casos raros son en su relato como las piedras preciosas en engarce, que si mal lapidario las coloca, peor que son parecen: y prosigo el que no es cuento, como le llama vuestra señoría, sino sucedido mediando mi persona; y dígole á vuestra señoría que si no le corto al moro las oraciones, todavía estamos embobados mirándole yo á él, y él mirando á la nada; porque los moros miran á la nada, y así es que no ven con los ojos abiertos, que todo lo que miran creen ellos les viene de afuera y lo tienen dentro.

Hasta que cansado le dije:

—Hadj-Sidi-Mohamad-Ben-Chufa, Dios dé la salud á Lel-la-Lindaraja y sea yo su portador.

—¡Tú bueno! replicó el moro: y se quedó quieto.

—Pero Hadj-Sidi-Mohamad-Ben-Chufa, volví á decirle: es que yo vengo con prisa á componer á Lel-la-Lindaraja.

—Tú bueno, ¡fino! repuso el moro mirándome: y se quedó quieto.

—¿Pero no quiere el Hadj que le componga la mujer? exclamé por último con fuerza. Y mirándome el moro Chufa con la serenidad de un santo, dijo con mucha pausa:

—Mujera fina, tú bueno; mujera fina llorar, tú bueno ¡fino! curar mujera de morito, curar mujera de cónsul.

Mas se quedó quieto: y al ver su calma, desesperado yo queria marcharme renegando del moro y del francés, cuando ví, no sin sorpresa, que venian Madamisela Pontenpié, caballera en una jaca poco más que un raton, el vice-cónsul á su lado, y una judía delante ramaleando el bicho.

Así llegaron hasta nosotros; y venia la niña

muy descocada mirando á todas partes con una cara como unas páscuas, un poco juanetuda á la francesa; pero que la llevaba muy bien y la enseñaba con gracia.

Creíme al pronto que pasaran de largo á romería, pero al llegar paráronse y se hizo el francés estribo de su prima para que se apeara.

En Dios y en mi conciencia que yo ya tenia tragado del pié que cojeaba Madamisela con el Musiú; pero luego que la ví andar, ví que tambien se dolia de los dos pidiendo carretela, que es en morería pedir cotufas en el golfo.

Hadj-Mohamad-Ben-Chufa se conoce que aguardaba la visita, porque enrolló su rosario á la muñeca, y se quedó quieto, un si es no es risueño; mas en aquel momento le enderezó la niña un saludo tan flexible, tan femenil, tan delicadamente punzante, que el moro abrió los ojos y la boca, cuanto le alcanzaba el pellejo, para tragar por los sentidos aquel relámpago de su paraíso.

Madamisela acto contínuo resbaló junto á

él con la donosura de una hurí y se le coló en casa.

Pasó tras ella la esclava de rodillas; y nos quedamos en la calle la jaca, el francés, el moro, y yo...

—A la calle me voy si V. no acaba, dijo más tartamudo que nunca por la cólera el Embozado.

Lañuela hubo de conocer que se le iba de veras y apresuró su relato en la siguiente forma:

—A la punta me hallo, y oídos pido, porque la aplicacion se viene encima.

Trabó su jaca el francés,
El moro me metió dentro;
Y cate usía me encuentro
Yo solo con ellas tres:
Esto es,
La cristiana y la judía
Que no eran sacos de paja;
Y la mora Lindaraja

Que nada se le veia.
Yo debia
Primero ver dónde y qué
Sufria la del Musiú;
Se lo hablé; y dijo... —¡Mondiú
Si j'ai le mal dans les pieds!...
.—Ya lo sé,
Respondí, ¡pero Madama
Yo á ciegas no sé curar!...
Y ella se puso á llorar,
Y fué y se metió en la cama.
Tienen fama
De tener malos pinrés
Las hembras de su nacion;
Y creí fuese invencion
Para enseñar menos piés.
Mas despues
Que se arropó como el bú,
Mostró la cara al desden,
Y me dijo:—Médecin
Jugez moi donc par les joues,
J'ai un trou

Dans chaque pied... ¿Vous comprenez?
Et personne ne peut le voir:
Vous surtout, car j'ai mémoire
Que vous êtes un vieux troupier.
—Juro á fe
Que pedí quedara gafa...
La dejé, me fuí á la mora
Y díjela: pues ahora
Quítate tú la almalafa
—Jifi-jafa.
Janifud... gritó la infiel;
Y como yo no entendia,
Le pregunté á la judía
Qué guirigai era aquel.
—Sepa él,
Repuso al punto la hebrea,
Que diz Lel-la-Lindaraja
Que no se descascaraja
Para que el Doctor la vea.
—Será fea,
Repliqué; y la israelita
Me dijo:—¡Señor, preciosa!

Pero no enseña más cosa
Al Doctor, que una patita.
—¡Quita! ¡quita!
Dije, marchéme; y despues
Le cayó la lengua á Lel-la,
Y quedó la Damisela
Con lengua pero sin piés.
En un mes
Las perdió el pudor: y ahora
Digo yo, ¿qué cosa es esa
Que anda en piés de la francesa
Y da en el rostro á la mora?
Ese pájaro escondido
Sube, baja, viene y va...
Como en mí no tiene nido,
Ignoro lo que será;
Pero la catástrofe
Pasó en Tetuan,
Sépanla y apártense
Los que males han.

— Pues ni por esas, Doctor insoportable.

Esta frase la pronunció el Embozado en tono tan afirmativo, que Lañuela, no queriendo aventurarse á perder tal parroquiano, cambió discretamente, no de propósito sino de medio; y le rogó al efecto que no se ocupara más de lo pasado, pero sí le pedia que fijase la vista en la Estática, parpadeando lo menos que pudiese.

Avínose á ello el Embozado por ser hermoso el objeto (segun su propia expresion), y esto dicho, puso los ojos en ella como sediento en el agua; tanto que á mí me entraron celos.....

¡Pero ella! ella que se sintió mirada y como si fuese requerida al desenvolvimiento hipostático de todo su sér, fué relevando insensiblemente la flojedad inánime en que sus miembros habian yacido largo espacio por una energía sobrenatural é imponentemente divina, hasta que puso tambien sus luminosas pupilas en las mismas pupilas del incógnito.

En aquellos momentos se nublaba el sol, como si el astro que nos despierta á sentir, á trabajar y á padecer, quisiera adormecerse re-

clinado entre cendales y sobre almohadas de nubes.

La Estática levantaba serenamente los brazos con las manos en actitud acogente, cual si amparara el embeleso de aquel hombre desconocido.

Lañuela colocado en pié movia la cabeza, volviéndola de la Estática al Embozado, del Embozado á la Estática; y marcaba ceremoniosamente con la diestra un compás de tres por cuatro, ni más ni menos que si dirigiera una orquesta invisible en la mudez del Limbo.

El zumbido de las moscas que danzaban en círculos concéntricos en el aire en torno á la claridad del tragaluz, era el único rumor que se percibia: yo era el solo testigo desenlazado de aquella cadena mágica que acaso algun dia se vindicará de los sarcasmos de la ignorancia humana; yo era el mundo, y ellos eran la vida privada; cada uno de ellos una subjetividad dada al exterior, y para mí los tres juntos un

objeto de admiracion, un complejo de sensaciones encontradas, una unidad antitética, un no sé qué de adversativos que me impelia, á idolatrar la mujer, á odiar al médico y á reirme del enfermo.

Pero mi querido Cándido, cuánta no será tu sorpresa cuando yo te diga, no que el caballero entró en sueño magnético, porque eso ya lo tendrás colegido; no que la Estática le mandó desembozarse y que se desembozó, porque tú sabes la humildad con que obedecen los magnetizados.

Cuál no será tu sorpresa ¡oh Cándido! cuando yo te afirme por quien soy que el tal caballero de capa y sombrero no era de los de la giralda, giraldilla, como te dije antes, sino que era el mismo, mismísimo señor aquel que te puso la borla de Doctor en derecho canónico.

Yo hasta entonces, como le habia visto tan soplado y tan dentro de sí mismo rebosando misterios, creíme fuese algun vendehumos de

los que prometen encomiendas, y dan almorzadas de manos, diciendo á todos y á todo: «cuente V. con ello», y el ello es la nada, cuando no es el hambre, ó los dineros gastados por estadias en la córte para no poderse nunca jamás rescatar el pretendiente, que andando confiado en llamarse Comendador ó Administrador, pierde su nombre de pila, no gana el que busca y se queda con el de pretendiente; que equivale al de cautivo, sin fraile mercenario que lo redima, y en poder de moros (que no son otros los acreedores); y le sucede tener el reloj en Fez, la levita en Mequinez y el cuerpo en Marruecos (que así son las casas de huéspedes que recorriera de pupilo) mientras que en su pueblo y en su casa paterna lo espera la familia diciendo:

— Ya viene pronto aquel que trae destino que le ofreció un señor á quien le dimos el voto.

¡¡Yo creí que fuese un vendehumos, pero era un poderoso!! y nada menos que el minis-

tro de grande reputacion que habia sido tu padrino.

Recuerdo que por aquel entonces le oimos hablar en público, y como sacara de su cosecha tan extraños conceptos, y de los escritores más extraños adujera tan olvidadas citas, te pregunté qué tal te parecia, y tú que nunca has enflaquecido la verdad por el afecto, me respondiste, que era un bruto enciclopédico, en el que ya no cabian y le brotaban naturalmente á chorro y á borbotones todas las barbaridades y sentencias de todos los hombres de todos los tiempos.... ¡Mira tú, yo creí que fuese un vendehumos y era un ministro!...

Más advertido anduvo por cierto el Doctor Lañuela, que lo graduó de notabilidad desde el principio.

Y con este motivo me ocurre decirte que los hombres políticos en lo general, no son lo que son, sino lo que unos pocos quieren que sean, y estos pocos nos los cuelan á los muchos, que creemos que son lo que no son; hasta que el

elegido se encarga de su propio descrédito y lo dice á voces, y lo prueba á desatinos que le traen á la postre la caida; y entonces se da por agraviado y sale en posta para Paris de Francia, como dice el romance de Melisendra.

---

# VII.

**De cómo el Magnate tenia callos en la lengua y padecia escrúpulos político-sociales.**

Tres cosas se me dificultan siempre que las intento; y son, divertirme cuando me lo manda el médico, coger la embocadura á una flauta y empezar un capítulo.

En cuanto á lo primero, sucede que á veces se me olvida que la diversion es de precepto,

y entonces me divierto, sin querer, sin saberlo y cuando menos pienso; pero la flauta me desespera, al paso que empeña mi terquedad desde que la cojo: me desespera por las disonancias que produzco á cada soplido; y junto á esto, como soy tan amante de las armonías, me empeño en sacarlas; y estoy sopla que sopla hasta que al fin salen deliciosísimamente acordes con mi sentimiento que está siempre en tono menor; y entonces ¡oh! mi flauta es la lanza de Aquiles.

Mi flauta, mi querida flauta cantando un nocturno aleman, me lubrifica, sana y deleita el tímpano que momentos antes me desgarró con chiflidos estridentes, por no saberle coger la embocadura.

Como armonizar un libro es tocar una flauta á los lectores siempre que á ellos les da la gana; y en este que ahora escribo, cada capítulo es música aparte; sucédeme, que con los capítulos que son mis nocturnos literarios, me pasa lo mismo que con los musicales;

esto es, que siempre los pifio al comenzar.

Ahora precisamente llevo perdida una mañana entera, que nadie me tomará en cuenta, siendo así que he dado mil regates mentales, todo para que siga naturalmente la narracion «de cómo el Magnate tenia callos en la lengua y padecia escrúpulos político-sociales»; y cátate, Cándido, que me encuentro en el epígrafe sin haber comenzado el capítulo.

Si cuando estoy así á mis solas, mirando á la nada como el moro Chufa, me preguntaran de improviso—¿qué haces? responderia sin titubear, estoy preludiando en la lira de mi sentimiento un tono adecuado para acompañar una idea de mi alma; y si me interrogaran diciendo: ¿qué idea quieres explicar? replicaria yo: de cómo el Magnate tenia callos en la lengua y padecia escrúpulos político-sociales.—La idea es vulgar; cuéntala como quieras (me dirian); y yo á eso no responderia, porque las ideas vulgares tienen tambien su tono y su música peculiar, como las segui-

dillas; y ese tono y esa música son en todas las frases puras que formula la razon humana el *quid divinum* que constituye la armonía y forma el consorcio de la idea sentida con la palabra expresa.

Quien al leer libros agenos no aprecia la diferencia, y prefiere entre los estilos de cada uno, ese no tiene paladar en el entendimiento: y cuando de estos lectores los haya que pesen bien y mucho los conceptos escritos, éstos lo más que probarán en ello será que tienen un excelente estómago intelectual, y que. son meros glotones sin la afinacion del gusto.....

Pero no quiero divagar más con la pluma, que yo no escribo un libro ancho y largo como los libros de los pretéritos varones del cláustro; sino que, hombre de mundo, escribo un libro comprimido, como los dolores del mundo; hombre del mundo, no siembro como los varones aquellos del cláustro, cipreces alineados en larga hilada para que con el trascurso de los siglos dén sombra á las generaciones ve-

nideras, mientras andan unas tras otras el *via crucis*, ó van al cementerio; y sí siembro aprisa, aprisa como anda la vida, una almáciga de dolores en reducido espacio: y para que mi vivero no se muera de sequedad lo riego con lágrimas de risa.

Sal, nace, prodúcete de mi voluntad armonizada, sétimo hijo mio, capítulo de cómo un rico, un magnate, un poderoso, tenia callos en la lengua y padecia escrúpulos políticos; ¡hijo jorobado de mi alma! sal y cuenta el cómo la Estática luego que hubo magnetizado al soberbio, le desnudó el rostro y la cabeza, sin más que emplear signos imperativos; y desdeñándose despues de dirigirle la palabra, dí cómo, con una accion de autoridad semejante á la que empleara Semíramis con sus esclavos, lo puso á la obediencia del Doctor Lañuela.

A este acto necesario para que el magnetizado responda á un tercer interlocutor, llaman los continuadores de Mesmer, *poner en relacion*

*magnética;* y sin que tal preceda, no hay un sonámbulo que no sea grosero y contumaz en el silencio: diríase que viven en el magnetizante y que son para él, por él y con él, al paso que son su propia razon elevada á lo maravilloso, sus sentidos exagerados, su voluntad abnegada, su sér físico dividido, su sér moral desposeido, su sér intelectual sumado á otro.

En fin, el magnetizado se deja atrás á sí mismo y está en el magnetizador, como el aroma en la flor, como la virtud en el bálsamo, como el vapor en el vino, como la inspiracion en la mujer enamorada. Y ves la flor inodora, el bálsamo sin virtud, el vino evaporado, la mujer estúpida, cuando interrogas á un sonámbulo cuya corriente magnética no te haya endosado el magnetizante que la posee en absoluto.

Hay más: una sonámbula es siempre deleitosa á nuestros ojos de gimio; pero el aspecto de un sonámbulo, aunque el sonámbulo sea tan

feo y villanesco como el prohombre que te vertificó, te representa la dignificacion del hombre.

Hay en él la lucidez del poeta, la trascendencia del profeta, la intuicion del místico arrobado, la estóica sinceridad del mártir; se ve en él, se admira en él y no se explica, al hombre intelectual en accion independiente de su propia naturaleza.

A un sonámbulo, sin distincion de sexo, por ignorante que sea, cuando está despierto, si el magnetizador lo pone bien *cargado de pasas*, relleno de ellas, frente á frente de todos los señores académicos de la de ciencias morales, y así y entonces le interrogan como en pretorio; dirá tales cosas, en tanto grado sentidas y en tal tono expresadas, que la academia entera, moral y filosóficamente disuelta, acabará por repetir con los estóicos: «es opinion averiguada que no se sabe nada,» y añadirá con Quevedo, «y aún esto no se sabe de cierto, porque á saberse se sabria algo».....

Comienza el capítulo.

Estaba el Magnate á tal altura embobado que ponerle más en sazon hubiera sido petrificarle; y en aquel punto lo encomendó la Estática al Doctor.

La amada de mi alma miró entonces hácia mí, no como quien recuerda, sino como quien no ha olvidado ni aún en lo más intenso de sus recónditos dolores.

Yo temblé de gozo, á semejanza del cervatillo mamon aún vacilante que ve acercarse la madre.

Tocóse luego la frente con ambas manos en ademan de esparcir, con la lentitud instintiva de los que despiertan de un parasismo, y volvió á derramar sobre mí la claridad creciente de sus ojos..... ví el cielo..... ví los cielos..... luz tras de luz para nunca saciarme en los horizontes del infinito bien!!!

Ella replegó su espíritu en sí misma al sentir la correspondencia de mi avarienta pupila, á causa de que mi codicioso afan ofendió sin

duda las fibras de su castidad angélica..... era la mimosa púdica que siente el hálito humano.

Como eres flor..... la flor
Al desplegarse el sol de su mañana
Sonrie leve suspirando amor,
Exhala aromas de su edad temprana
Y se columpia en la esperanza vana
De un soplo halagador.
Como eres flor naciente,
Te abrasarán los rayos en que aspires
En efluvios de vida luz ardiente;
Y allá en la tarde cuando el astro admires,
El sol y tú, más que de amor suspires,
Bajareis á Occidente.

Lañuela en tanto se habia apoderado del Magnate por ardid de guerra, tomándolo á buena presa; y en este concepto le apeó todos los tratamientos, entrándole de llano en el siguiente diálogo.

—¿Estás dormido?

—Sí.

—¿Cómo?

—Como un trompo sobre su pua.

—¿Estás en todo y por todo á mi obediencia?

—Dame cuerda.

—¿Es qué quieres pasas?

—Digo cuerda.

—Pues respóndeme. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Homobono, Júdas, Jesus, Manuel, María, Magdaleno, Modesto, Fausto, Casto, Márcos, Simplicio, Borromeo, Pedro, Juan Peranzules y otros.

Tenemos ya que este caballero es el señor Peranzules y de otros; oido tenia yo de un hombre público que se llamaba dos-ó-tres, pero nunca me habia sonado apellido tan genérico como este de llamarse *otros* un solo hombre.

Apelativos son los suyos al parecer oscuros, pero no echo en saco roto que junto á ese lleva más nombres de pila que un príncipe cristiano.

Esto dijo para sí Lañuela y luego continuó interrogando.

—Noto que tienes poco expedito el uso de la palabra, y que hay en tu lengua rozamiento como en cerrojillo mohoso.

—Tú lo has dicho.

—¿Y de qué viene?

—De un callo.

—Saca la lengua á placer de médico y veamos.

Sacóla un geme el Magnate; y tenia en la punta cierta excrecencia semejante en forma y color á la cabeza de un sapo.

—Retírala ya, para que expliques de qué te vino ó cómo te vino ese daño.

El paciente recogió su lacéria y dijo:

—Mordiéndomela, me vino el daño de mordérmela.

—Eso es vicio. ¿Y por qué ese vicio?

—Por corregirme de otro peor.

—¿De qué otro vicio?

—Del que me encumbró.

—¡Hombre! pues ¿y por qué te corriges?

—Porque ya me derribaria.

—Yo te conjuro á que hables sin metáfora... ¿qué fuiste antes y qué eres hoy?

—Fuí nada, poco y algo, y más y más, y diputado sólo (mal digo), sólo diputado, y soy ahora diputado ministro, ó ministro diputado.

—Habla más ancho, yo te conjuro á que hables claro; tu lengua puede sanar por dos medios ó sean dos sistemas, por el medio ó sistema de la vía húmeda, ó por el de la vía seca: esto es, por el agua fuerte; ó por el hierro ardiente y la piedra infernal; pero antes de emplear uno de ambos conviene para la eleccion la explicitísima ingenuidad del enfermo.

—Digo que prefiero la vía húmeda.

—Y yo no pido que optes sino que expongas. He reconocido el cuerpo del delito y te advierto que está muy feo, sábelo; y ahora te mando por segunda vez, que especifiques la causa que te movió en daño propio, y los

medios que empleaste para consumar un efecto pernicioso.

—La causa no es causa, ni fué causa, sino efecto; y los medios fuéron medios pelados, medios lisos, limpios, mondos y lirondos; porque fuéron los puros dientes.

—¡¡Infeliz, infeliz!! si ahora que aún puedes hacerlo, no confiesas de plano, no me culpes mañana cuando al ir á pronunciar por lo récio un ***pido la palabra***, digas en lugar de esta frase parlamentaria ***pio la pabada ó pifio la pabana***. ... infeliz, mira que en el camino en que te hallas dirás muy pronto pio por pido, pavada por palabra, ca-ca-ca por ca-sa-ca, pe-piton por peticion; y otros disparates de este porte. Mira que morirán las linguales en tu boca como en sepultura, y serás relegado de Parlamentos, como fué repudiado de coro de iglesia un mi enfermo contumaz, chantre extentóreo en sus buenos tiempos, á cuyo chantre por callarme la causa de su dolencia se le aflojaron los bemoles, cayéronle los

sostenidos y se quedó cantando en son de llanto, ni más ni menos que gallo de Cochinchina.

—Lo dicho, dicho; pero dame pasas.

Aunque desconfiado de ver al Magnate en estado lúcido, hubo de esforzarse Lañuela por acumular fluido sobre su excelencia, hasta que al fin logró que se le sobreiluminara el rostro; y oyó que rompia á hablar solemne como golpe de campana grande, ó mejor dicho, como poeta malo que luce voz donde no suenan conceptos.

Esta vez habló en verso y dijo:

—Como han dado en llamar autonomía
Al hacer cada cual lo que le peta,
Yo, buen Doctor, por ejercer la mia,
Exijo de mi lengua que esté quieta.
Ella que quiere ser como solia,
Lengua despilfarrada é indiscreta,
Se pirra por hablar, mas yo la prendo.....
¿Entiendes, Fábio, lo que voy diciendo?

—Que me emplumen si lo atisbo, Peranzules.

—Solté sin prolegómenos la cosa,
Y no extraño tu poca inteligencia,
Hasta que en una forma sustanciosa
Te dé la clave de la nueva ciencia.
La Parlamentologia es candorosa
Ciencia en la que el elector es la eficiencia,
Y el elegible que conoce el paño,
Le da á cada elector un desengaño.

—Algo se me alcanza ya, pero no mido aún toda la extension de la parábola, por lo que has de mirar para tu cuenta, que si no me alumbras más claro, te alumbro más pasas.

—Cuando yo era ardiente diputado,
Del distrito en que zumba el abejorro,
Entré con el bonete disfrazado
Y alterné disfrazado con el gorro.
Del bonete y del gorro colorado

Hice infusion para vivir más horro;
Y un quepi me salió de la infusion,
Que ahora es sombrero de galon.

—Eso ya no es parábola, es pura metamorfósis, pero tampoco atino por completo.

— Cuando yo era diputado ardiente,
Dije cosas que sé que no sabia:
Y subí como el sol sube de Oriente
A la clara region del Mediodía.
Orador insaciable, independiente,
Hoy contradije lo que ayer decia;
Así llegué á Ministro; y fuera mengua
Teniendo dientes, no enfrenar la lengua.

—Casi te comprendo, Peranzules; y me inclino á reconocer en tí un hombre moderno, de los que rejuvenecen como la culebra y aún mejor, porque no lo hacen como el reptil á costa de su pellejo..... salvo, sin embargo, que aún no estás perfeccionado.

Así lo infiero por lo de morderte á tí mismo y por algo más que te trae sin duda.... Dí de todo, Peranzules, y saca lo de tu alma por entero, que lo de tu cuerpo, conocido lo tengo y curado se verá.

—Dame pasas.

Se las dió Lañuela por todo lo largo; y dijo el paciente.

—¡*Satis* Doctor! ¡*Satis* Doctor, que se me sale la conciencia!

Cesó Lañuela y preguntó confuso: ¿cómo que te sale?

—Digo, que se me ha destapado la ampolleta de las culpas y me rebosa la confesion como en tiempo de marras á Rey excomulgado: tal como á un aleman, que siendo punto más que Rey anduvo á pata súcia por el *ego te absolvo*, ó tal como á otro inglés que se azotó por ende á nalga limpia..... y añado ahora, Doctor; y ahora confieso, que antes que diputado y antes que ministro fuí acomodador de embustes políticos, fuí bolero político, fuí

confeccionador de atmósferas político-económicas, fuí periodista nómade en fin, que planté mi pluma en muchas redacciones y metí mi tijera en mies agena; todo para apacentar rebaño leyente en el campo de *adula-dulas*. llamado por antilogía el campo de la *prensa-libre:* lleno yo de talento constitucional, ó de su hermana gemela la poca vergüenza, que se parecen como un huevo á otro, tanto que se confunden.

Y con esto de escritor público, y con aquello de arbitrista, y lo de hablador político, usando de mi libertad hasta invadir la libertad agena, subí en espuma y me cuajé en personaje.

Mas yo quisiera un registro
Para olvidar lo que he sido,
Doctor, y vivir creido
Que nací siendo ministro:
Porque hablando en puridad,
Cuando acude á mi memoria
Cualquier punto de mi historia,

Desmaya mi vanidad.
Y hay un caso, aquí inter nos,
Moral, social y político,
Que por ser el punto crítico,
Te pido pasas por Dios.

Viéndole Lañuela embarazado, dióselas de buena gana, y rompió de nuevo y dijo el Magnate:

—Ya con aquello me llamaron por mi nombre, y tuve *cosas de fulano*, que puse á precio: y ví por horizontes sucesivos que no hay cosa como encontrar la moda al modo.

Y ya con esto más, fundé sociedad anónima para explotar lumínico de los rayos perdidos de la luna; pero marcó menguante y se quedaron los accionistas á oscuras.

Seguí despues con buen estilo en cátedra de pujas y tercié hasta ser primado.....

Creyó Lañuela al pronto si se las habria con algun obispo disfrazado, y pidió aclaraciones, á las que respondió el sonámbulo:

—Es *primado* en subasta, todo el que toma *primas* de los *emprimados;* y no hay judío en puja, ni inclusero pujante, que no las tenga para dar.

Veinte primas flacas suman una prima gorda; y yo entré por todas, pues que fuí primado *polímano*, y primista *polímano*.

Yo puse despues, banco para herradores; herraron ellos y quité yo el banco.

Yo andando el tiempo logré convertir deuda pasiva; que cuesta y vale más que convertir infieles activos.

—¡Alumbra! dijo el Doctor, y le respondió el incógnito.

—Alúmbrame tú para que yo ponga en claro lo que no vieron financieros despiertos.

Dióle más pasas y dijo:

—De los consumos que no se consumen, nadie pensó sacar por indirectas un ardite; y yo proyecto un *cuarto de ayuno* por semana para cada español, que á razon de un ayuno entero al mes por individuo, darán por año econó-

mico al Erario cuatrocientos y más millones de reales..... esto si no se me atraviesa el Papa, por ser este ayuno mio ayuno profano, no saludable al alma y contra el cuerpo...

Como el sonámbulo confitente al llegar á este punto de su narracion se quedara cogitabundo, acudió el Magnetizante con más fluido, cuando yo en mal hora, sin ser bastante á sujetarme, solté ¡oh Cándido! el mayor estornudo que recuerdo haber abortado en todos los dias de mi vida.

No se apercibió de ello el Magnate por estar sumergido en el limbo magnético; y mi naturaleza sintió rubor de que semejante estrépito hubiese tal vez herido en su sensibilidad á mi adorada; á aquella nítida criatura, la que no sólo no profirió nunca un estornudo como el mio, sino que de fijo no los tuvo (porque los estornudos se tienen como el sarampion y los sabañones); y porque ni el hálito siquiera dilataba las ventanas de su nariz al respirar.

Cuando una mujer estornuda, por vulgar que sea, parece que zapea mansamente un gato; pero cuando un hombre sacude un estornudo, es tanto como si se descerrajara un tiro á quema ropa; y este, y no otro, me pareció ser el efecto que produjo mi contratiempo en el Doctor Lañuela.

Dió un paso atrás, se llevó las manos á la cabeza cual si estuviese herido; hasta me pareció que se tambaleaba; y reponiéndose luego con gran prisa, mandó por señas á mi idolatrada Estática que me echase fuera.

¿Viste en sueño siendo niño, descender el ángel de tu guarda para guiarte hácia un término indefinido; mucho más allá del mundo, poco más acá del paraíso? ¿Soñaste en aquella edad, que hendías el riente espacio conducido de la mano por tu ángel custodio?

Si así es, tú comprenderás por sensacion, la forma mágica en que descendió ella hasta mí, y cómo intimé más en su atmósfera atrayente, y del modo que crucé la cámara y los pasadi-

zos; embebecido, deleitado, absorto..... yo no andaba porque no habia empleado la voluntad en las piernas para la progresion material; yo no volaba porque no me hubiese ocurrido agitar las alas aunque á la sazon las tuviera; iba con ella, ¿me comprendes? iba con ella, satélite atraido por un astro refulgente que no aparecerá dos veces en su órbita; órbita inmensurable trazada en la capacidad sin límites donde nacen, viven, generan y fenecen la infinidad de los mundos, á donde ascienden incesantes los espíritus perfectibles.

Ya llegamos al cláustro húmedo y sombrío; y allí en el mismo sitio donde antes habia levantado el capitel yacente, paró de súbito y se despertó estremeciéndose.

Yo paré, para caer postrado á sus plantas.

La ví en tal momento no más bella, la ví tan inocente, la ví tan pudorosa y más seductora..... la ví enferma.

Me miró con sorpresa pero sin temor; me veia, me sentia con su existencia propia por la

vez primera; mas yo era todo pasion, con todo mi ser moral al exterior revelando mi alma; y ella me veia prosternado de rodillas. ¡Ah! correspondió la ley de las afinidades físicas al contacto de las atmósferas respectivas y fué la simpatía!... al anunciarte á una mujer con intencion de ser amado, no pidas más.

Lo restante luego hasta morirse de amor por tí, será en ella la recompensa pródiga de tus acciones; pero en amándote, pesará por quilates tus sentimientos, adivinará tus pensamientos, conocerá tus acciones, penetrará tu conciencia, y á cada pliegue de tu corazon egoista, sensual y traicionero, sondará con su alma leyendo en la tuya; y exhalará un suspiro ó verterá una lágrima sigilosa.

¡Ah! cuando beses esta lágrima, lavas una culpa secreta y sorprendida, si la besas arrepentido; pero ni la mujer te dirá siempre tu indignidad, por guardar su orgullo ó su decoro, ni tú esconderás nunca bastante su presa

al águila aunque preguntes cauteloso: ¿qué tienes, ídolo mio?

Mi querido Cándido, algunas matronas perspicuas (de mi mayor consideracion), que lean lo que acabo de escribir, dirán para sí solas: «Este José con ser un pícaro, si bien nos quiere cuanto puede querer un hombre, no nos conoce sin embargo tanto como presume.» Las conozco, las conozco, mas no digo de ellas sus deliciosas inperfecciones, sus picardigüelas seductoras, sus artes de mágica blanca; y menos aún sus peculiarísimas venganzas, que por lo que las hieren y nos hieren mancomunadamente, bien podrian llamarse bicornutas.

En cuanto á calificarme de pícaro estando ausente, otras añadieron en mi cara á este denuesto los de tunante y bribon, sin que por ello las desamara... ¡Oh inconstancia hija del tiempo, sucesion de olvidos, generacion de agravios! eres cuna del pecado, lacrimario de remordimientos; y tumba de la virtud. ¡Oh

análisis! sancion del tiempo impasible, y escalpelo con que el alma desterrada del Eden de la inocencia, diseca el corazon! Eres tú la vejez, eres la enfermedad del tédio y el apetito de la muerte... Ahora juzgo, ahora diserto, formulo estilo, disimulo dolor, ostento risa; y entonces tímido, turbado, tembloroso, de hinojos ante ella balbucí estas palabras:

«Llegué presintiendo, entré ignorado, ví para amar, oí para admirar: salgo de una mansion de horror y de flaquezas en que ardia tu espíritu divino... Si esa estancia es tu templo, dime quién eres, Pitonisa de fuego, inspirada Sibila, ídolo sin ofrenda, ángel consolador, astro en el caos. ¡Dime quién seas, tú á quien obedezco sin mandato, á quien sin conocer adoro, en quien espero sin merecimiento!... Yo te lo ruego por piedad de mi dolor!... dime quién eres?»

—Soy Luz.

—Amo y padezco, cegué al mirarte; y pues que tú eres luz, alumbra mi existencia.

—Soy Luz, mi nombre es mi guia.

Nunca me hablaron de amor...
Tú padeces?... yo sentia.
En mi pena tu dolor!
Que el dolor cuando es del alma
Halla otra alma en su concierto,
Como la fuente y la palma
Se encuentran en el desierto.

Tendió una mano en ademan de levantarse; yo la así con las dos mias oprimiéndosela contra mi corazon sin que opusiera resistencia.

Enorgullecido levanté los ojos para saciar mi triunfo en la contemplacion de su rostro; y advertí con asombro que estaba nuevamente dormida, dormida con aquel sueño magnético que le presta tan augusto aspecto, que le influye tan sobrenatural trascendencia y la decora con la aureola luminosa, emanacion de su alma virginal.

Me levanté humillado, y así conducido por

la ya otra vez estátua semoviente y mística hermosura, á cuyo contacto se atropellaban por mis venas raudales de fuego, llegamos á la puerta foránea, pasé el dintel y nos separó el macizo postigo que oprimia entre ambos, como si lo impulsara una fuerza humana enemiga de mi amor.

Estaba en la calle. Las primeras tintas de la noche se mecian en los últimos efluvios de la luz: nacia el crepúsculo, y la melancolía con alas invisibles flotaba por el espacio.

Era en fin la hora en que del cielo sereno llueven lágrimas de ternura sobre el corazon, que tácitamente se despide para siempre de un dia moribundo.

A medida que el horizonte se limita, el amor difundido de dia en el espectáculo solemne de la naturaleza entera, se repliega en el alma y se hace intenso para determinarse en un solo objeto preferente... Quien al declinar el sol no ame, aunque no se defina lo que ama, es miserable... es como el demonio de

Santa Teresa de Jesus, *el infeliz no puede amar*.

Los ángeles son amor perpétuo en el cielo; y en nuestra vida efímera, amar y desamar constituyen el sér, forman la síntesis humana... No amar ni haber amado es la condenacion de sí mismo, en el infierno del tédio... hé aquí el supremo castigo que Dios creó para Luzbel, *el tédio en la inmortalidad*.

---

# VIII.

## Yo, á solas conmigo mismo.

Cuando me ví solo, eché á andar sin conciencia de mi accion, ni más ni menos que si hubiese dejado á Luz la voluntad en prenda de que volveria; pero las piernas, que como tú sabes, tienen instinto, me guiaron á casa, subiéronme á mi cuarto, y allí se relevaron de

mi peso, dejándome sentado donde suelo hacerlo.

Tengo yo tan troquelada una butaca, que cuando la uso, encajo de molde como moneda en su cuño. Desde esta butaca he pensado mucho, y pensando, se me han caido de la mano muchos libros y muchos cigarros.

Yo pienso más que leo; y fumo y leo para pensar, y dejo de leer y de fumar pensando.

Indudablemente estoy enfermo: es mi cerebro una rueda dentada en incesante movimiento, que coge una idea para darle vueltas, y de la generacion de la idea fundamental saca y engrana otra; y de esta deduce otra, y luego otras tras otras, y despues más; y así va engranando las ideas de las ideas, de abstraccion en abstraccion, hácia lo vago, lo indefinible, lo impenetrable al hombre; hasta que el dolor me llama á la vida física, y hallo que el dolor es bálsamo que acude, socorre y alivia al espíritu. El espíritu postrado se reclina entonces entre las mónades... allá en la

niebla de las ideas en gérmen; la razon le dice que duerma; pero la imaginacion le hace gestos á un mismo tiempo feos y hermosos, siempre horribles, y la memoria le dice disparates ridículos con voces exóticas. Cuando yo consultaba médicos, díjome un hombre formal: «eso son los nervios; piense V. menos y ande V. más;» á lo que me quedaba bobo como el que oyó respuesta de augur; y dí luego en andar pensando lo que fuera no pensar, tanto que á poco más me vuelvo loco.

Ahora bien, mi querido Cándido; si así, en mi estado normal, soy individualidad sin norma, inteligencia desazonada y sensibilidad avariciosa, hombre sin sobriedad, enfermo de gula intelectual y moral, sujeto que no goza lo bastante las manifestaciones del corazon y del espíritu hasta que las exprime y destilan la esencia de dolor en que todas toman orígen... si así soy en mi estado ordinario, juzga cuánta seria mi sobreexcitacion, cuál el hervor de mi espíritu durante aquellas horas ó aquellos

segundos (que da lo mismo) en que estuve sentado en mi butaca.

Digo que las horas y los segundos son equivalentes, porque yo mido la vida por sensaciones: y la palabra *tiempo* es á mi razon eco sin idea, voz acomodaticia que usamos todos para transigir con la ignorancia de lo que somos, de cómo estamos, de á qué estamos, de adónde vivimos, y dónde y á qué vamos.

A quien á mí me explique qué cosa es tiempo, le explicaré á mi vez qué cosa es cosa.

¡Oh tiempo!... Si estás en la inocencia, te ignoramos; si estás en la juventud, eres placer; si estás en la vejez, eres dolor; si estás en el desengaño, eres negacion; si estás, en fin, en toda nuestra existencia, eres la sensacion. — Un sueño en un instante es una vida. —¿Quién medirá mi tiempo por el suyo? Él es nada en la muerte; y si es la *eternidad* allá ultra-tumba, no es *tiempo!...*

El tiempo, sin embargo, es cosa en que están todas las cosas, pero que en sí no es nada,

como nada es por sí solo el *punto* redondo ortográfico.

Y es menos todavía: el tiempo es coma en la página del espacio, signo gramatical en el libro de cada hombre, por donde se comprende desde la sensacion considerada en sí misma hasta el todo infinito.

Mas esto último es una vulgaridad, que necesariamente debió salirme de la pluma al disertar sobre el tiempo dentro del tiempo mismo.

---

## IX.

**De cómo manos blancas ofenden.**

Dimittia sunt ei pecata multa
quoniam dilexit multum.

(EVANGELIO.)

Yo desperté de un angustioso estado,
Creyendo que me hundia de repente;
Y á un beso que estalló sobre mi frente,
Alcé los ojos, y quedé asombrado.
No era mi Luz la que me habia besado;
No habia dormido en sueño trasparente;

Y al sacudirme el corazon ardiente
Mi Luz de luz buscaba enamorado.
 Mas luego que corrí con rauda suma
Por el trayecto de mi vida entera,
Me dijo la experiencia: ¡esa es Camila!...
 Y era Camila como mansa bruma
Que en mi desordenada cabellera
Posó la boca y me besó tranquila.

—¡Hijo de mi alma! pronunció sonriendo; y me volvió á besar, y me contemplaba.

Camila en sus afectos tiernos me trató siempre como si hubiese nacido de ella para ella sola; como á hijo suyo inmancipable á la par que amante inmanumiso.—¡Hijo de mi alma!... tú tienes algo que te atormenta; y no sé por qué el verte así, me causa mayor pena hoy que nunca.

—¡Camila! le dije yo: ¡tú has venido!...

—Hace ya mucho rato que te estoy contemplando... Pero tú tienes algo; tú tienes algo que te atormenta y que á mí me importa saber.

—Camila, he tenido un sueño angustioso... ¡qué hermosa estás!...

—No, eso no; tú no soñabas, te he mirado bien despacio; tú no dormias; pensabas y sentias, mirabas y no veias, padecias y gozabas.

—¡Qué hermosa estás, Camila! aún me parece que sueño y que te veo como eras antes... no; como eres hoy y como serás siempre...

—Tú no sabes fingir, pero tus palabras mienten... ¿Me oyes? estás mintiendo, mintiendo como infame que eres.

Y Camila desde su enamorada mansedumbre iba tomando por grados el fiero aspecto de una pantera.

—No digas, Camila mia, esas cosas feas... yo á veces duermo con los ojos abiertos.

Al decir ojos abiertos me acordé de la Estática y por poco me caigo.

—Embustero, mira cómo tiemblas.

—Por Dios, Camila, que no están bien en tus labios semejantes dicterios, ni yo los merezco.

—Tú me has ofendido, tunante, y tú me las

pagarás..... te lo juro en nombre de la luz, ¡óyeme! de la luz que me alumbró al nacer: y pues que bien me conoces, algun dia lo hallarás, y ahora toma.

Vamos por partes: cuando ella dijo *Luz*, me tapé la vista creyendo que sabia todo lo que tan sólo presentia con la perspicacia de su sexò, y cuando dijo *toma*, sentí que me habia pegado ya un bofeton, esto es, sentí que me habia pegado el primer cachete de aquella última série.

Ignoro, mi querido Cándido, si te habrán probado cómo una, una y una son tres: no sé si te habrán demostrado cómo uno, más uno más uno son tres: no sé si tú sabes por experimentacion pura y sensible, pero presumo que lo sepas, porque presumo que te lo hayan demostrado materialmente, que el primer cachete de mano de mujer sabe á beso, que el segundo pica y que el tercero desespera.

Pues si sabes lo anterior, sábete además, que Camila me dió tres, y con el último hice ex-

plosion de pólvora, soltando el superlativo de las interjeciones doloridas: (ahora me avergüenzo) y al propio tiempo boté hecho pelota lanzada por mano más robusta que mano de mujer; boté y me erigí cuan alto era.

Ella se mantuvo firme, desafiándome faz á faz; y me prodigaba improperios para que yo embistiera; pero visto que no lo hacia, midióme de alto á bajo con ojeada soberbia, dió de pronto un giro rápido sobre sus talones, y se fué como remolino de polvo y viento.

La trajo el íris y la llevaba el rayo.

Así es Camila, la mujer incalificable; mezcla extraña de flaqueza insensata y de valor heróico, de abnegacion sublime y de orgullo satánico, suma de amor y de odio; y ya arrulladora tórtola ó serpiente herida; ya hembra vulgar ó poetisa sublime; mujer sin igual, que arrojada á mis plantas ha llorado más lágrimas, más gruesas y verdaderas lágrimas, que cien madres desposeidas de sus hijos; ¡ah! lágrimas brotadas de la inagotable fuente de

su corazon, que todas juntás hubieran bastado á ahogarnos juntos á ella y á mí... ¡ojalá!

Cuando le pregunté por qué lloraba...
« Te adoro como á un hijo,»
¡Cuántas veces me dijo!...
*Lloraba mucho pero más me amaba.*

Cuando me dió aquel beso quise que no fuera ella, y cuando la ví salir creí que no se habia ido.

Por esto me mantuve en actitud equívoca é indecisa largo rato, hasta que la sensacion de un amor reciente, dulce y sereno, dominando la inquietud de aquel amor desesperado, me hizo volver á mi asiento, y caí postrado.

Para las transiciones del dolor al gozo, la evolucion es más lenta que cuando acontecen semejantes cambios en sentido inverso.

Esta es una idea puramente cristiana.

El dolor es el dueño, el señor del dominio útil de nuestra vida, y no se desaloja del cora-

zon humano, sin protestar ante la memoria de que la alegría lo invada en su posesion.

La alegría se hace invasora para alentarnos piadosa por el camino de este valle de miserias; pero la alegría es débil porque le faltan títulos para afirmarse en una posesion que pertenece de derecho al dolor, en su calidad de hijo primogénito del pecado.

La evolucion se verificaba.

Luz y Camila se me representaron á la par.

Venian de léjos, pero venian directas hácia mí y llegaban juntas dándose las manos.

Fijos en ellas mis ojos las veia acercarse; y no sé por qué elaboracion instantánea de la mente, cometí una extraña metalepsis y dije contemplándolas... ¡hé, ayer y hoy!...

Eran Camila y Luz asidas de la mano, y yo en vez de determinarlas por sus nombres dije... «ayer y hoy juntos en el punto en que se dividen... tal son la vida y la muerte... así es el tiempo!...»

Estas dos mujeres me miraban sin apartar

sus ojos de los mios desde el momento que las ví asomar; y mirándome siempre fuéronse juntando una á otra, se fuéron identificando á medida que se aproximaban; y conforme venian, iban compenetrándose, hasta confundirse por completo y quedar en una sola mujer.

La gravedad y la levedad constituyeron un símbolo.

Y es muy raro que con ser la suma de dos personas conocidas, aquella mujer no era biforme, ni tampoco era Camila, ni era Luz.

Era mujer simbólica sin duda; era una vision diáfana y opaca á un mismo tiempo, hermosura vestida de luz á semejanza de los ángeles corpóreos que nos revela el arte... un ángel que posó su diestra sobre mi frente, y con su suavísimo contacto me quemó el cabello.

Yo sin embargo gozaba en esta combustion divina... tenia sed de fuego.

Pero cuando el ángel se fué ajando por grados lentos como se iba ajando; y ví que su trasparencia se macizaba con rasgos de du-

reza y caractéres del tiempo, entonces mi sed iba trocándose en saciedad, y la presencia del símbolo me causaba tédio.

Entonces no lloró el ángel, lloró la mujer marchita.

Sus lágrimas me dieron lástima, pero á las mujeres no satisface la benevolencia, y si esta virtud va tras el amor pasado, las ofende.

El símbolo, el ángel, la mujer, la vision, la metamorfósis, lo que fuera, se bebió su propio llanto, apartó la mano y abatiendo la mirada, me apellidó *ingrato*, como si mi compasion de noble y mi naturaleza de varon fuesen actos voluntarios en la prosecucion de la vida.

«¡Ingrato!» volvió á exclamar; y tras esta palabra se descompuso en dos la unidad simbólica, para que resurgieran de su anonadamiento Luz y Camila que aparecieron nuevamente, no ya en actitud de alianza sino separadas, y Camila descendió á la tierra, y Luz ascendió al cielo.

De esta manera se divorciaron y se desvanecieron ante mí las dos ilusiones; ó de esta manera desapareció la mujer simbólica... el cuerpo volvió á su centro y el alma voló á su seno.

El resto de aquella noche la soporté acometido de una de esas fiebres solitarias, sin generacion anterior ni posterior; que así nacen junto á una gran pena, como pegadas á una exagerada alegría, y que terminan al amanecer cuando vemos los primeros rayos del sol que penetra por las junturas de la ventana; y experimentamos que esos rayos de luz derraman en el ámbito en que respiramos, no sé qué bálsamo salutífero.

Me levanté de la butaca, abrí el balcon, me bañé la cabeza y acudí á reparar mi porte; pero al mirarme al espejo, me ví por la primera vez las primeras canas.

En tan pocas horas, mi edad habia hecho crísis.

Lo breve que es la vida se demuestra con

decir que de una edad á otra media un cabello.

De niño á jóven, de jóven á provecto, de provecto á viejo: un cabello que nace, un cabello que encanece, un cabello que cae.

———

# X.

**De cómo corriendo al fin no veia los medios y tropecé con la mujer de un prójimo.**

Mi pacientísimo tio me habia escrito diciendo «rapidisime, instanter viam facies,» y yo en efecto habia ido, y vuelto tambien, mas como el buen señor me añadiese á renglon seguido: «Illumque postula ad· mearum necesitatum usum viginti splenia sua infalibilia,» y los

parches habíanse quedado por allá, hallé con este motivo la ocasion más plausible para hacer mi segunda visita al Doctor Lañuela.

Me fuí derecho.

Cierto que yo no sabia la hora á que empezaban las recepciones médicas, pero siempre hubiera llegado antes.

A cada paso que adelantaba, mi agitacion, mi turbacion crecian; y tropecé con tantos transeuntes, que por último tuve que vencer en pujilato á un sujeto formal, que en su calidad de marido queria nada menos que prenderme, porque habia chocado de frente con su mujer embarazada.

Recuerdo que comenzó diciéndome el tal marido: «¡Usted no está en el mundo! ¿Hombre del demonio, dónde lleva usted los ojos que no vé los bultos?» y yo le respondí: «Hombre de la carne, pues dónde lleva usted los bultos que no ve los ojos?»

Con lo cual se irritó más y la emprendimos; pero fué vencido con ayuda que me daba su

compañera tirándole de los faldones, hasta que lo sacó del estadio mal parado: y yo seguí camino adelante sin volver más la cara, aunque entendia que me azuzaban polizontes.

Ya ví la casa: y ante su decaido y sigiloso aspecto, cual si una secreta y previsora virtud me lo mandara, me detuve á reflexionar sobre mi proceder inmediato.

¿Y eres tú, dije, y eres tú, pobre ruina de palacio, ruina pobre con mayor pobreza que la pobreza del que nació humilde, eres tú, pobre y soberbio edificio, semejante al rico arruinado; pobre, soberbio y repugnante como el aspirante á medro en las ciudades, impotente para la vanidad y el lujo que se cubre y se ostenta con harapos que fuéron elegantes trajes desechados?... ¡Ay!... ¿Eres tú la casa que encierra la luz del cielo y la sombra del Tártaro, la casa en que se esconden la abnegacion sin límite y la codicia sin remordimiento?

¡Sí! tú eres eso; y eres tambien el antro á donde concurren y se desnudan del antifaz de

la mentira los poderosos ignorantes, los vergonzantes enfermos de su cuerpo, los heridos en su razon por el propio rayo de sus almas.

¡Ah sí! tú por lo ignorada y por lo ambigua, eres la mansion escogida para el sacrificio de la virtud por el delito, y para la utilidad del criminal por el engaño!

Voy á entrar en tu recinto inexcrutable, misteriosa ruina; pero llevo conmigo la salvacion de mi dignidad, porque llego amando.

Tras esta justificacion íntima con que solemos disculpar nuestras acciones para más decidir la voluntad, habia dado ya los primeros pasos hácia la puerta, cuando me detuve al ver que con igual objeto llegaba el Magnate metido en su sombrero hasta los ojos, y embozado en su capa por encima de la nariz.

Confieso que de una percepcion picaresca, me nació cierta sonrisa placentera, al observar que su Excelencia para colarse dentro, ni siquiera tuvo la molestia de sacar el brazo para coger el cordelillo.

Tosió quedito, y se entreabrió el postigo; no tan por sí solo que no me dejase columbrar una de las rugosas manos del Doctor Lañuela.

*Ex ungüe leonem*, dije para mis adentros, y considerando á este leon cebado en su nueva presa, ví como el sol es claro, que á mí me tocaba el inmaculado cordero.

Dí lugar para todo, llegué resuelto, tiré con fuerza y obedeció la puerta.

Ya mi agitado corazon latia,
En aquel patio húmedo y sombrío;
Y del fondo del alma me ascendia
Un temor santo, y dulce desvarío:
Buscaba con mi amor la amada mia,
Temiendo herir su virginal desvío;
Y en esta lucha de indeciso instante,
Cruzó mi Luz como una luz errante.

---

# XI.

**De cómo la cancion de la cachucha puede ser de origen chino.**

> Quinci comprender puoi ch'esser conviene
> Amor sementa in voi d'ogni virtute,
> E d'ogni operazion chemerta pene.
>
> (DANTE.—*Purgatorio.*—Canto 17.)

¡Oh! quién tuviera una cítara de cristal muy ténue, con senos de rocío suspendido en aromas; con cuerdas de luz y pulsacion de céfiro, para cantar la sensacion suprema!

Para entonar sin palabras ni conceptos, aquella sucesion de gozo que por lo sublime se avecina al dolor.

Para hacer sentir de pasada (como se perciben los perfumes del jardin ageno) la sensacion del alma que es más grande que la idea. Ese recreo no enseñado, no aprendido; que nace de la ecuacion de dos séres humanos, y que es objeto y sujeto á un tiempo mismo; que está en nosotros, fuera de nosotros, por nosotros y por el objeto amado; en la certeza y en la duda; y que se nutre devorándose.....

¡Quién tuviera una cítara casi impalpable para expresar la sensacion de amor!

Un beso ó un gemido, son más tiernos y elocuentes que dos palabras escogidas; porque más que voces articuladas son dos notas del concierto divino é inefable.

¿Pero qué haré yo condenado á ser pobre escultor de la suprema sensacion, sin más que el tosco cincel de la palabra?

El sentimiento de amor no tiene contornos ni dintornos, al paso que es intenso y vago, dulce y vibrante como la armonía... ¡ah! de todas las bellas artes una tan sólo seria la que

me bastase, *Para cantar el dulce mal que siento;* y esta seria la música.

Siempre me ha parecido que la arquitectura gravita fatigando la tierra, que pugna por levantarse y nunca asoma las plantas; que la escultura se erige más esbelta, pero necesariamente apoyada en el suelo; que la pintura está arrimada á la pared; que la poesía cuando no divaga en el aire, trasmigra de la razon á la materia; pero que la música desciende del cielo para arrebatar nuestras almas en su divino vuelo.

El amor es música; el amor es armonía; el amor es concento sin concepto; enlace inmaterial de los sentidos con la esperanza; y encantamiento del alma en el bien infinito.

Los artistas y los poetas griegos y latinos, tanto Homero como Phidias, Apéles como Ovidio, diseñaban la hermosura plástica ó revelaban las pasiones una á una.

El amor es más que una belleza física, es más que una pasion determinada.

Tiene espiritualidad y sensualismo sintéticos, encierra juntas la voluptuosidad y la moral.

El amor es idea y sentimiento, virtud y pecado, que aceptando todos los medios que combate, toma todas las formas que conducen á su éxito; y quiebra en el fin...

Yo ví cruzar á Luz, hermosa en sí misma y revestida de mis ilusiones, y al comtemplar su actitud sencilla, su candidez virginal; y al mirar sus formas deliciosas; al considerar la escondida soledad de aquel sitio y la oportunidad de la ocasion que me ofrecian el Doctor y el incógnito, me seduje á mí mismo, para herir en la indefensa inocencia, para ajar con el hálito corruptor de la seduccion á la vírgen ignorada, á la inspirada mártir que comenzaba á amar.

Dicen que dice Confucio, que la mujer es el sér más corruptor y más corruptible de todos los séres; pero si tal dijere, le faltó añadir que lo es sin culpa propia.

Tambien decimos de la mar que es fiera
Porque obedece al atrevido viento;
Y es limpio espejo en esta baja esfera
Donde se mira y goza el firmamento.
La mar es mansa, es limpia, es placentera;
Su seno entúrbia el huracan violento,
Cual la mujer es vaso de hermosura
Hasta que apaga nuestra sed impura.

El hombre; el hombre; cantidad activa y actividad insaciable, es el más corruptor y el más corruptible de los séres.

El hombre impenitente por naturaleza es corruptor; y confesó por vanidad no justiciable es corruptible.

La mujer que todo lo concreta, que todo lo encamina á la unidad, hasta con exceso, y que todo lo teme, con sobrado motivo, no siente ni tanta necesidad corruptora, ni tiene índole tan corruptible.

Ahora, si el incentivo de su belleza se toma por culpa suya, opino que Confucio seria muy

mozo cuando nos dejó escrita esta máxima, que no es mala muestra de su constante apetito; y así juzgando á este filósofo, aunque no lo he leido en parte alguna, digo yo de mi cuenta, que tambien puede ser suya la cachucha, cancion anónima que comienza y concluye diciendo:

Vámonos,
China del alma,
Vámonos.

Vamos claro: para el disimulo de cada sensacion, de cada espíritu, de cada instinto y de cada idea, que se producen de la naturaleza del hombre, éste estudia, halla y practica formas honestas y ostensibles, que apellida conveniencias sociales. A veces va en la forma, la discrecion y hasta la virtud relativa.

Más claro; el hombre finge mucho en favor de la sociedad con que se suma; mas para

nada ha martirizado tanto su ingenio, ni por nada ha dicho tan gazmoñas y multiplicadas tonterías, como por ocultar su avaricia hácia lo que más ama en el mundo; hácia esas dos grandes entidades, natural la una, de convencion la otra, pero que ambas irritan su esperanza y nunca sacian su anhelo: estas entidades son, el oro y la mujer.

En cuanto á mí, confieso que no sé si soy bueno; sé que procuro serlo, conozco que no soy bastante para hacerme perfecto á mí mismo, y me declaro con sinceridad.

¿Y por qué causa me declaro, me revelo, me confieso tal como soy en todo mi libro?

¿Por qué soy bueno?

¿Por qué no soy bastante para bonificarme á mí mismo?

¡Ay! júzgame ¡oh Cándido! como te dicten mis obras, mis palabras, mis pensamientos; que yo al paso que en la vida ordinaria voy en la corriente del mundo con galan desenfado, siento que tengo virtudes en lo ínti-

mo, y sus manifestaciones las han visto, las han experimentado, las han recogido los que no las refieren; pero las saborea mi contentamiento.

Hombre inverso á los hipócritas, dame el nombre que me adapte.

Los hipócritas, y más los hipócritas cristianos, y más aún los hipócritas católicos, son como los templos del gentilismo; los altares al exterior y dentro los truhanes.

Un libro con la subjetividad del que lo escribe es una copia cruda; si lo es del vicio es más repugnante la copia que el original, y si imita la virtud sin llevar en su fondo la conciencia, es un simulacro impío.

Lleguéme á Luz...

Conviene antes que refiera un fenómeno que se obró en aquel instante, y sin duda cuando nuestras respectivas atmósferas se pusieron en contacto.

En el primer momento que la ví no me cabe duda que estaba despierta.

Los sonámbulos tienen dos fisonomías: la peculiar de cada uno anterior al sueño, que es de irradiacion al exterior, más ó menos activa segun la calidad de las inteligencias respectivas; y la accidental, propia del sueño electro-magnético; fisonomía de vitalidad luminosa, de irradiacion concéntrica al espíritu expansivo, que les presta al propio tiempo una aureola riente y apenas perceptible en torno al rostro.

La ví despierta como empecé diciendo; pero en el acto que se encontraron nuestros ojos y anduve hácia ella, se estremeció la vírgen un poquito, y así como la fiebre brota del último escalofrio, brotó de su tímida y terrenal hermosura la Pithia sobrehumana.

Si el más incrédulo de los griegos, Luciano, hubiese visto surgir á la sublime Palas de la estátua de Psiquis, creo que se hubiera convertido á la fe politeista; pero yo impenitente, ciego más que el filósofo ateo, me precipité hácia Luz sin renunciar al propósito con que

dí el primer paso; y llegado á ella oprimí entre mis manos las dos suyas.

Queria contagiarla de mi sensacion terrena.

Aquellas manos estaban crispadas y álgidas como las de un cadáver.

Aquellas manos rígidas que me infiltraron la frialdad que imprime el mármol, no se zafaban con la menor fuerza de las mias, mas no eran inertes.

Me apartaron sin asirme, impeliéndome hasta una respetuosa distancia del objeto de mi atrevimiento, pues aunque no se defendian á sí mismas, amparaban á Luz, que era mi objeto.

Materialmente sentia yo la invasion de la muerte; y me fuí desprendiendo por grados lentos de las manos frias, porque conocí que me hubieran helado la sangre en las arterias.

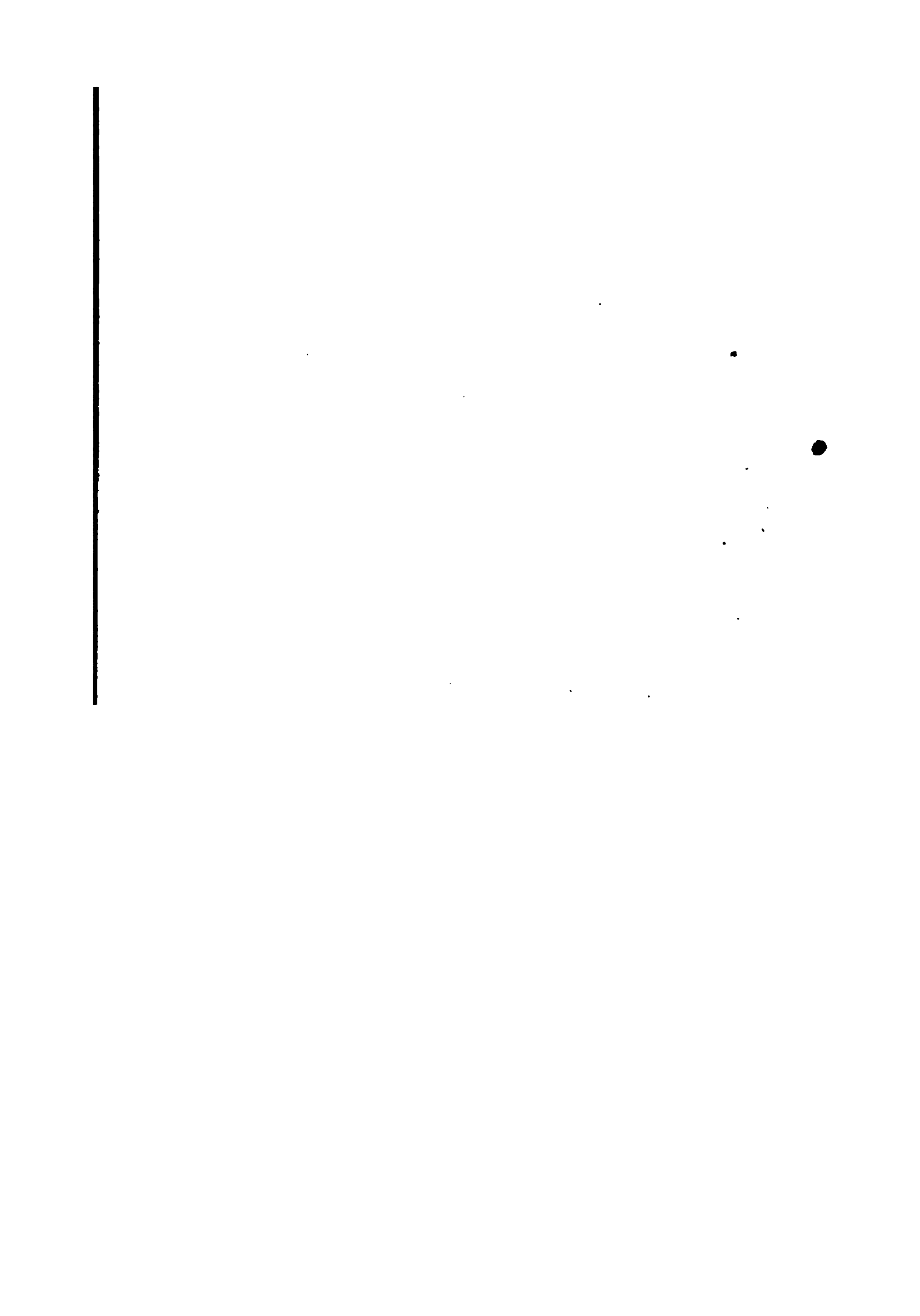
¿Quién pensara que en esta mi segunda presentacion tan anhelada, aconteciesen en sentido inverso las metamorfósis?

El dia antes habia empezado por ver y admirar sobre su trípode á la sacerdotisa ébria de inspiracion; y me despidió halagando una esperanza hasta entonces jamás experimentada, la jóven endeble, púdica, peligrosamente sencilla.

El dia despues resurgia de improviso el inspirado númen de mi adorada Luz.

Así atropellado por las conmociones de la accion á la reaccion maravillosas, perdia el vigor mi espíritu; hasta que comprendí más y más que habia vivido en pocas horas toda mi juventud.

---



## XII.

### Beso.

La precaucion, esta segunda enfermedad de los enfermos que por los medios negativos que ellos llaman de la higiene, los aisla del mundo para que se les vaya muriendo poco á poco la pena de perderlo: la precaucion, que en los que se creen sanos y han vivido mucho es

una enfermedad del ánimo, ***morbus*** de la experiencia, que va en el dinamismo del tiempo incomprensible, preparándonos para la vejez y el no ser.

La precaucion me influyó temor, al sentir tan de cerca la frialdad de las manos de la muerte, y no quise tenerlas enlazadas con las mias.

Semejante revolucion obrada en tumulto en toda mi naturaleza, no se escondió á la doble vista de la Estática, cuya vibrante mirada me sometió: y tras esto anduvo serena arrebatándome en la fuerza centrípeta de su atmósfera, y la seguí de nuevo por absorcion magnética hácia los intrincados pasadizos.

Durante el tránsito pensé que me guiaba á la presencia del Doctor Lañuela y del Magnate enfermo, con un fin para mí desconocido; pero cuando ya hube entrado en la sala observé que no habia nadie.

La Estática continuó andando con la majestad impávida de su estado, sin volver el rostro hasta subir á la trípode en que se sentó

tomando un ademan reflexivo, y puso en mí los ojos.

Le brotó una sola lágrima... ¡Oh!... y en esta lágrima tal vez se polarizó un rayo de sol; porque la gota de llanto tomaba sobre la mejilla los cambiantes del íris, hasta que sin desprenderse por gravedad, se evaporó.

Yo, que habia quedado inmóvil próximo al pedestal de aquella Diosa, no acertaba á explicarme si la mayor hermosura en ella, era su alma; si su encanto se producia de su físico casi inmaterial; ó si resultaba del conjunto armónico con que estas dos excelencias de un sér humano revelaban la vida en tan extraña forma.

Así permanecimos ambos, hasta que se desvaneció la lágrima hecha crespa de luz en purísimo éter, que entonces sonrió la Diosa como si hubiese visto á los querubines replegar una nube que antes le impidiera traslucir la gloria.

Extendió luego hácia mí una mano en que imprimí un beso...

Sí; un beso, mi querido Cándido.

Y al consignar que en tal instante sellé con mis labios la mano de Luz, de fijo te ha repugnado mi accion.

Pero reconcentra tu espíritu en tu historia, y recorre retrospectivamente con la memoria y el sentimiento juntos, por todas las fases de tu vida; para que halles cuán variadas emociones, cuán distintos significados encierra el beso.

Besaste todo el rostro de tu madre, la mejilla de tu padre, la frente de tus hermanas. Cada beso fué un amor inmaculado, purísimo y distinto; el festivo, el respetuoso y el sencillo.

Besaste un guante, una carta; ó el rizo cortado de una crencha. Tres besos idénticos son éstos, hijos gemelos, pero expósitos de la sensualidad que, al nacer espiran, porque no los calienta el seno natural que buscan y no hallan.

Besaste los labios de tu amada, la diestra

del sacerdote, y los piés del crucifijo. Cada beso un amor; el de fuego para la vida, el de paz para la virtud, y el de inefable esperanza para más allá de la vida.

Besaste el pajarillo aprisionado, la flor tronchada de su tallo, y la losa de una tumba querida. El primero es gula de lo bello, apetito ferino que se ejerce sin intencion de venganza tan sólo porque nos causa gozo, aunque martiriza á la víctima inocente: con el segundo buscamos saciarnos en menor espacio de una sensacion tierna, deliciosa y delicada, á costa de la vida harto efímera de la flor sensible: y el tercero, ¡oh! el tercero es el beso supremo y sacrosanto de la religion universal!!

Este no es el acto de un favor retribuido....

No es el beso provocativo que se cambian dos séres de distinto sexo: no es aquel acto egoista que pide cuatro labios;... dos para dos.

Todos los otros besos son un contrato bilateral en que tácitamente se establece el repug-

nante derecho conocido bajo la fórmula de *do ut des*.

El beso de la region universal simboliza la humanidad enlazándose en su pasado, en su presente y su futuro, por el ósculo de un amor inmaterial, abstracto y absoluto.

Ese es el ósculo con que reverencié aquella mano álgida que en vano hubiera intentado vivificar con mi aliento.

¿Lo ves, mi querido Cándido?... Ni mi voluntad con su accion, ni mis labios con su tacto la ofendieron....

El amante era digno de la amada; y si la mano de Luz era el altar, fué mi beso el holocausto.

No en otro concepto á su alma virginal hubiera llegado el perfume de mi propiciacion; y cuando ella aceptó la ofrenda, me miraba con una simplicidad impúber, libre de todo asomo de sospecha; y tanto más exenta de rubor cuanto que no conocia ocasion de culpa, ni sospechaba ofensa.

Me miró mucho, mucho; y sin que yo tuviera otra ponzoña que aquella que nos infiltra la experiencia, más que mujer enamorada me parecia niña inadvertida, que con curiosidad contempla un áspid.

Entonces por el prodigioso enlace de los recuerdos de lo pasado, en los sentimientos acordes de lo presente; al mismo tiempo que una frase suya del dia anterior resbalaba por mi memoria, la reprodujo ella y dijo:

«. . . Yo sentia
En mi pena tu dolor;
Que el dolor cuando es del alma
Halla otra alma en su concierto,
Como la fuente y la palma
Se encuentran en el desierto.»

«Mi idolatrada Luz, dije á la Diosa, dime quién seas, y juro morir por tí si me lo mandas, ó vivir para tí si lo consientes.»

A esta devota, á esta ferviente plegaria mia,

la Diosa, sí, la Diosa que momentos antes asemejaba á Psiquis embebecida, relevó su actitud y sus facciones por aquella hermosura trascendental y la majestad imponente con que se habia mostrado á Camila.

Sin embargo, me pareció advertir en sus facciones el sello de un dia más sobre la vida.

Pero como los dias no son idénticos, ni uniformes, ni parecidos, era el sello aquel el que imprime uno de esos dias que los médicos en los enfermos graves llaman críticos; que los reyes en los vaivenes de su corona llaman supremos; que los amantes en la hoguera que les devora el corazon llaman mortales.

Dias que no pasan aunque les pasen otros por encima; dias que tienen garras de milano, con que no siempre arrebatan la presa; pero que la marcan para siempre, y que suelen ser mortales en efecto para los enfermos, para los reyes y para los amantes.

---

## XIII.

**Va sin epígrafe.**

El corazon es péndulo que advierte
Golpe tras golpe en una misma herida,
Cuán próxima á la muerte anda la vida,
Cuán cerca de la vida está la muerte.
Las empuja el dolor, hasta la inerte
Tumba que en nuestra senda está escondida,

A tan serena sombra que convida
A redimir muriendo nuestra suerte!...
Mas el dolor no mata en un instante
Como la fiera daga; y la asemeja,
Porque se eleva con seguro tino:
Y así en el seno el péndulo oscilante,
Golpe tras golpe advierte al que se queja
Que va la vida andando su camino.

¡Ay!... mil veces ay!... hasta el dolor nos place, hasta el placer nos duele!

Deleitábame en el exámen de aquella purísima criatura tan de súbito casi devorada por el fuego de su precioso espíritu.

Me gozaba en ver aquella vírgen inspirada y mártir sublime, tan semejante á la pavesa en que se ceba la luz; y el gozo de mirarla me dolia hondo, porque la corriente de la sensacion deleitable era tanta, que no cabiéndome por el cauce de las entrañas me las dislaceraba al dilatarlas.

Ella, mi Luz me amaba; nuestra vida co-

mun era el desierto, ella la fuente, yo la sombra, yo tambien la sed: la sed que ella sentia; la sombra necesaria á su orfandad.

Quedó por instantes en una reconcentracion aterradora, y tras esto le irradió claridad el semblante.

Prosiguió luego hablando en un concepto, si no más figurado, más parabólico que aquel primero y último preludio de amor

El timbre de su voz era dulcísimo, pero débil en progresion descendente; y como si saliera, como si sonara, empapado en llanto.

No lloraba aún; sus ojos estaban limpios, su vista se difundia en todo y sobre todo sin fijar un determinado objeto; y replegando los brazos levantó la mano izquierda hasta colocársela delicadamente sobre el seno, y la derecha hasta apoyar el índice contra la barba.

Inclinó la cabeza hácia un lado, abatió al suelo la mirada como quien registra en lo pasado, y dijo:

«Nuestra voluntad generosa puesta en la

memoria de los buenos, que ya no existen, es acto de oracion.

Palabra de oracion es la verdad, ante Dios único y grande; para el que no hay templo ni altar más hermoso que la verdad misma como Él es.

Mueren los buenos y quedan vivos sus recuerdos; al paso que los miserables en la vida, viven como si estuviesen muertos.

Es la misericordia ámbar y sándalo; perfume de ámbar y de sándalo que embalsama el vaso, asciende al cielo y desciende á los afligidos.

En aquel tiempo en que mi corazon no era, hubo un extranjero en la patria de una doncella cuyo corazon ardia.

Y dijo el extranjero de las guedejas de oro á la vírgen de las madejas de ébano.

«Mi patria tiene naves para fundar sobre la mar muchas ciudades como la tuya; pero no tiene sol para iluminar la hermosura de una mujer como tú.»

Y ella le respondió :

«Las hijas griegas fijaron la belleza; pero yo soy la última de las hijas de Grecia.»

Y se amaron.

Y fuéron bien hallados en su amor.

Y anduvo el tiempo.

. . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . .

Lo que fué, lo que es, y lo que será!...

El pasado, lo presente, y el futuro!...

Los recuerdos, la nada, y la esperanza!...

Lo pasado es mortaja que envuelve lo presente así que nace.

Lo futuro es capullo de flor que se despliega en la tumba de lo pasado... pasado y futuro devoran el presente.

Hé aquí que el esposo de Albion y la consorte griega fuéron extranjeros en la patria del moro.

No es patria una bandera; la bandera es la patria del orgullo.

Y sucedió que un emigrado de otra nacion llegóse á ellos pidiéndoles amparo.

En verdad, que si al hombre le dijo la fortuna «*sé atrevido,*» el peligro le dijo á la mujer «*pues sé tú hermosa*».

Los dias se trenzan con las noches en el crepúsculo; y así el futuro se cumple en lo pasado... su nombre es tiempo... su evolucion la vida!...

Y en las calladas horas; cuando trasciende el vapor del cinamomo que convida á amar, se oia la cítara morisca y se entendió una voz que dijo:

«No pongan centinela
Los amadores,
Que el sueño de la alondra
Mide la noche.

Momentos antes
Que la aurora despierte,
Despierta el ave.

El amante deseo
Nunca se sacia,
Son los ojos eterna
Fuente del alma.

La fuente es rio
Si veo que tus ojos
Miran los mios.

Así de mi existencia
Lo que más quiero,
Mesária, son los ojos
Con que te veo.

Mírame siempre,
Que los rios no cesan
En su corriente.

Sé que saben más dulce
Que las miradas,
Los labios cuando tocan
La boca amada.

Pero es el beso
Tan fugaz, que no dura
Más que un momento...

Ya desposa la brisa
Flores con flores;
Y la alondra se cierne
Sobre los montes;

¡Ay, mi Mesária!
Que la brisa y la alondra
De tí me apartan!!...»

. . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . .

La mujer es belleza; y es fin de la belleza el ser loada.

El labio del esposo no susurra halagos: susurro de lisonja es alma en la vida de la mujer.

La poesía nació de la admiracion que inspi-

ra la hermosura; y la música brotó del sentimiento de la poesía.

Estas dos hermanas se juntaron para la alabanza; y el hombre, hallándolas todavía incompletas, se prosternó cantando ante Dios y ante la mujer.

Entonces fué la adoracion en el himno, la propiciacion en el hosanna.

La mujer cuanto más ensalzada más desciende; el amor la marchita, la generosidad la mancilla, el arrepentimiento la devora, la purifica el llanto, la redime la muerte.

¡Y fué mi corazon!... y al nacer la hija de la mujer griega espiró la madre.

La viudez es tiniebla.

Ví la luz y me llamaron Luz, porque yo fuera luz en el corazon para el esposo en la soledad.

Quiero llorar... quiero cantar llorando:

Que allá en la tierra ignorada
Hay dos miserables tumbas,

Jamás regadas con lágrimas
Por la hija sin ventura.
  El árabe pasa junto;
Y la soledad que es muda
Nada advierte al peregrino
De aquellas dos sepulturas.
  Un hoyo encierra á mi madre;
Otro, á su esposo sepulta...
Mas ya que á mí no me matan
Recuerdos que el alma enlutan,
Tributo de dolor á esos despojos
Sea el raudal del llanto de mis ojos!...»

Aquí lloró la Estática sin que alterara la apenas perceptible oscilacion de su seno; lloró sin gemir, sin sollozar, sin dar siquiera el más leve suspiro; y sus lágrimas en efecto corrieron á raudales.

Despues con incierto tino, buscó en la vaguedad, ó me pareció que buscaba, mi mano con las suyas.

Buscaba apoyo.

Le presté mi mano en la que iba mi corazon; mi sér entero; y otra vez un relámpago de verano brilló por un momento y se apagó en el cielo de su rostro.

«¿Me amas?» me preguntó; y le respondí, tanto te amo como la esperanza al bien, y más te amo que á la fuente ama la palma.

«Soy yo; replicó ella, esperanza en su término cercano; futuro que se cumple en lo pasado, y fuente de lágrimas... ¿pero me amas tanto como me siento amada de tí?... ¡Oh, sí! Dios ha llenado la existencia de la mujer... ¡ser amada por ser ella!...»

No gravitaba en la trípode; materialmente se desprendia del suelo; la confesion ingénua de su primer amor premiado por otro amor, la arrebataba en un éxtasis divino.

Tras esto se replegó en sí misma, y luego habló más.

Yo apenas veia en accion otra cosa que su espíritu, dado que sus facciones, todo su físico languidecido, más que hermosura de mu-

jer amante, parecia belleza de guirnalda memorativa. Belleza de esas guirnaldas que se ven por la tarde prendidas desde muy temprano en un sepulcro.

Y dijo :

«Allá en la tierra ignorada
Patria mia, hermosa, inculta;
Donde el silencio preside
La naturaleza augusta:
Donde las flores suspiran
A los rayos de la luna,
Y con besos de rocío
Los céfiros las inundan ;
Donde infatigable el Atlas
Opone en eterna lucha
A dos encontrados mares
La pétrea espalda desnuda :
En el nido de gacelas,
En la de leones cuna;
En la que es la patria mia,
África, madre fecunda;

Dó el sol enciende las almas
En la soledad adusta...,
La esposa del extranjero
Erró y redimió su culpa!...
Que si la mujer honesta
Que el himno amoroso escucha
Desciende á par que la ensalzan
Elogios de su hermosura;
Que si el amor la marchita,
Como al infante en la cuna
El hálito ponzoñoso
De serpiente que lo arrulla;
Y si en la honesta es mancilla
La generosa ternura;
Es el arrepentimiento
Generacion de su culpa:
Y el llanto la purifica,
Y la redime la tumba...
Mas ya que á mí no me matan
Recuerdos que el alma enlutan,
Tributo de dolor á sus despojos
Sea el raudal del llanto de mis ojos.»

¡Quién medirá del alma la creciente infinita cuando le llega y la penetra, y la fecunda y la dilata un rocío tibio, rocío más ténue que el alma misma que lo recibe!... Este rocío vivífico, es la virtud originaria que en su iniciacion precisa emana de otro sér más perfecto que nosotros y nos influye.

Yo hasta este momento no habia sentido toda la sublime é inmaculada virtud del verdadero amor: y viendo á Luz pálida y flébil como lirio tronchado, lloré de amor verdadero.

Ella resurgió como otras veces de la fuente de su dolor y dijo:

«En la evolucion eterna
Del infinito conjunto,
Donde la vida y la muerte
Se revuelven en confuso:
Y es reloj de hielo el tiempo...
¡Que está!... y estar es su curso.
Y morir, es lo pasado;
Y vivir, es lo futuro;

Y alcanzar entre la vida
Y la muerte lo inseguro,
Es sentir!... que es vida y tiempo,
En ese eterno columpio,
Donde las generaciones
Son apenas los minutos,
Y los hombres son instantes
Que van pasando uno á uno!...
En la evolucion eterna
Del infinito, á Dios plugo
Que cada mortal tuviera
Dentro sí mismo su mundo...
Así es fe la fe mentida;
Así el engaño es verdad;
Así la ilusion creida
Con ser falsa es realidad.
Es la virtud engañable,
Y en el corazon del justo,
El engaño con que vive
Rinde á su virtud tributo.
¿¡Pues qué importa que yo fuera
Hija de un amor adúltero

Si en mí el inocente esposo
Miraba su amor fecundo!?
Así es fe la fe mentida;
Y así el engaño es verdad,
Y así la ilusion creida
Con ser falsa es realidad.
Y hay tristes realidades,
Que sin trascender al vulgo,
Irradian las ilusiones
De la moral en su triunfo.
¡Yo!... era realidad
En aquel corazon puro.
¡Yo!... luz que le disipaba
Las tinieblas de su luto:
¡Él!... vivia de mi vida!...
Cuando del hogar seguro
Le robaron á su hija
Y el dolor le abrió el sepulcro.
¡Quién robó al sediento el agua!?
Tan sólo lo sabe uno.
¡Y quién era el robador!?
A un tiempo padre y verdugo...

Así en la noche del crímen,
Noche de funesto augurio,
En los altos alminares
Zumbaba el viento sañudo.
Y mientras que con su presa
La fiera saltaba el muro,
Mi padre en sueños pugnaba
Queriendo romper mis nudos.
Así en la cobarde huida,
Movido el pecho de susto,
El criminal por las sombras
Iba diciendo conjuros...
Pero tú lloras al dolor ageno!... »

Dijo sin registrar mi semblante, la santa, la célica, la moribunda Estática.

«¿¡¡Pero tú lloras al dolor ageno
Y es mio tu dolor!!... dame tu llanto,
Que vertido en la taza del veneno
El bálsamo de amor la endulza tanto,
Que el alma siente que morir es bueno

Si al ascender al cielo en vuelo santo,
Deja en el golfo de la humana vida
Un recuerdo en otra alma agradecida.
¡Ay! yo quisiera pronunciar tu nombre!
Tu nombre ignoro y la ocasion bendigo,
En que llegando generoso el hombre
Cupe en su pecho y padeció conmigo.
A eterno lampo que mi luz asombre,
Estrella errante que mi curso sigo,
Voy á ocultarme en la mansion divina,
Donde Dios sólo es luz que la ilumina!... »

¡Oh, Cándido! ¡oh, Cándido! Si estar junto al que espira es casi agonizar con él, ¡cuánto más es vivir mirando y ver que muere; vivir, mirar y sentir cómo agoniza la mujer exenta de culpa que nos ama! La mujer pura que nos ama más allá del merecimiento de nuestra virtud, y que amamos más acá de nuestro tédio!

---

## XIV.

Un faro avanzado, envuelto en la noche; y la noche envuelta en la tempestad.

Un faro, con una faz opaca y otra faz luminosa.

Un faro giratorio, erecto sobre las últimas rocas de la tierra: y más allá, la mar, la tempestad; y un naúfrago.

Rocas escarpadas con que luchan las olas; y á la luz alternada de la lámpara, la esperanza y la vida, el caos y la muerte.

Así desde su trípode, encendia
Su divino semblante y me miraba;
Mas luego ¡ay mé! la luz palidecia,
Y aspecto de cadáver semejaba...
«¿Me amas?» al mirarme proferia;
«¡Ya es tarde!» al apagarse susurraba;
Y en su alternado funeral semblante,
Ella era el faro, yo era el navegante.

¡Moria y me dejaba!...

¿Mueres y nos dejas? dicen los hijuelos cogidos á las ateridas manos de sus moribundos padres; y lo dicen no porque los padres mueren, sino porque los dejan... nosotros no sabemos lo que es morir... ellos lo dicen porque presienten lo que es dejarlos en el mundo.

¡Jamás, jamás habia pesado, ni ya pesará tanto sobre mí la existencia!

Me arrojé á sus piés, abracé sus rodillas, hundí la frente, olvidé la voz; porque la palabra no dice nada de la pasion sublime: y todo mudez aterradora en torno mio... silencio ella, silencio yo, silencio el mundo entero, me abandonó el dolor.

Sentí el aroma de los valles de la muerte: y allá en la region de los espíritus, nuestras almas, el alma de mi amada y el alma mia, se desposaban entre raudales de luz.

Dichoso yo si nunca despertara; que acaso así es la muerte; olvido de una vida en que el dolor nos place y en que el placer nos duele.

Pero luego una ráfaga de claridad siniestra junto con una súbita conmocion, muy semejantes en el efecto al del rayo que cae, sacude é incendia el lecho en que dormimos, me despertó aterrado.

¡La Estática brillaba con todo el esplendor de su belleza!... era la última llamarada de una pira.

Habia en sus ardientes ojos, fijos á distan-

cia; y allí clavados como dardos encendidos, un algo de fatídico.

El brillo intenso de sus pupilas me deslumbraba; tanto que no pudiendo más sostener la mirada, iba de nuevo á reclinar la frente, cuando en esto oí á mis espaldas una rajante carcajada.

La Estática tremó como los ofendidos dioses; y erigiéndose ella y levantándome á mí cual si me arrebatara en un impulso eléctrico, me obligó con una de sus manos á volver el rostro, mientras que con la otra señalaba hácia el fondo de la estancia.

Miré, y... ¡era Camila!...

La muy cruel reia, *fiero el aspecto inmensamente hermoso*.

«¡Acuérdate!» me dijo; y cruzó los brazos con la firmeza épica de la altivez romana.

Yo odié su aspecto.

Yo opté por mi adorada Luz.

Mas, ¡ay! ¡mil veces ay! ¡Luz á mi parecer ya no existia!

Allí sobre la trípode; en desmayo,
Pálida, flagelada, enmustecida,
Era apenas recuerdo de su vida,
Como planta que al paso quemó el rayo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

He atravesado el tiempo; los cendales sucesivos de los dias me enturbian la memoria; mi corazon no tiene ya aquel timbre; y aún no puedo retroceder sereno contra el tiempo por las tempestades de la pasada vida, sin detenerme á descansar! Aún no puedo escribir sin pararme, ni pararme sin suspirar, ni suspirar descansando!!...

Quiero reposar disculpando á Camila.

Esta mujer extraordinaria que adivinaba todas las evoluciones de mi memoria, de mi entendimiento y de mi voluntad, no estaba sin embargo organizada para sentir como Luz, ni por lo mismo dispuesta para comprenderla.

Eran organizaciones distintas, eran las dos grandes naturalezas en que se comparte por

individualidades y se completa en conjunto para la vida social, la mision de la mujer respecto al hombre.

Eran Luz y Camila; esta, dolor que place; aquella, placer que duele en todas las manifestaciones de nuestra vida.

La mujer desde que nos lleva en su seno, desde que nos da su pecho; cuando nos educa, cuando nos ama en cualquiera concepto; sea como madre, como querida ó como esposa, siempre nos satura de su existencia peculiar; es, digámoslo así, la mitad de nuestro albedrío: y á la manera que estamos antes de nacer viviendo en ellas, así vamos en la vida privada y en la vida pública con ellas; sí, con ellas, desde el cláustro materno hasta la tumba; y hasta la posteridad en la historia.

Esto es la mujer; mitad anónima del sér de todo hombre.

Muchos no se lo explican, y se creen grandes ó miserables por sí solos; cuando llevan en su naturaleza y en sus actos, en sus ilusio-

nes ó en sus desengaños, en sus vicios y en sus virtudes el sello de su madre, el sello de su querida, ó el sello de su esposa.

En Alejandro, en César, en Saladino y en Napoleon, es de sus mujeres más afectas la mitad de tanta grandeza; y de Ovidio, de Abelardo y de Macías, fué de sus mujeres la mitad de tamañas desventuras.

De Makbeth la ambicion extrema; y de los Gracos la ambicion de fama y el patíbulo, ¿qué fuéron sino impulsos de mujeres?

Los críticos al pormenor podrán investigarlo, y tal vez encuentren las causas determinantes; en alguna esclava influyendo al más soberbio; en la madre respecto al más cruel; en alguna princesa con relacion al más humilde; y en alguno ó en algunos de tan insignes varones, puede que se descubra la influencia eficaz de dos mujeres juntas ó alternadas, dando distintas fases á la vida entera de un héroe inmortal.

Pero vuelvo á mi objeto de sincerar á Camila.

Nacida para las pasiones vehementes y las situaciones extremas, era amazona de amor que desafiaba los trances.

Dotada de esas centellas de penetracion irreflexiva con que Dios para un fin desconocido ilumina por instantes á las mujeres, habia adivinado mi reciente amor; me prometió vengarse, expió mis pasos; y para no dejarme ni la honesta evasiva del embuste, me sorprendia infraganti.

No llevaba este Júpiter femenino contra Luz el manojo de los rayos de su ira, que los traia contra mí, resuelta á confundirme.

Queria, sí, triunfar de una rival y desdeñarla: pero matarla no, que si ella era inmensurable como su orgullo, era tan humilde como la caridad cristiana.

Así es que cuando pudo observar la muerte de Luz, me olvidó por la mártir, me perdonó por la víctima; y abrazándose á ella la sacudia, le arrojaba el aliento, le apartaba el cabello de la frente, secábale el sudor y la lla-

maba. Le decia con fe que me cederia para siempre; y me llamó asesino.

Tras esto dejó el cadáver, corrió frenética, golpeó todas las puertas de la casa, llamó, gritó, escandalizó sin freno, y por último volvió al lugar de la catástrofe, trayendo asidos con violencia al Magnate sonámbulo y al Doctor Lañuela.

Cuando yo ví al Doctor cobré esperanza y le dije: «¡despertadla, señor; si es que no ha muerto!»

«¿A quién?» me preguntó Lañuela tan alterado, que casi pude excusarme la respuesta.

«¡A ella! á Luz! á mi Luz! á vuestra mártir!» le repliqué con tono amenazante; y Camila en tanto suspendia en sus brazos no ya un cuerpo de mujer sin vida, sino una leve pavesa de la que se habia desprendido la llama.

Mas esta situacion que parecia ser extrema para el dolor, pasó sus límites y se hizo horrible.

El Doctor se adelantó hácia la vírgen exá-

nime; y murmurando conjuros por hábito de sus prácticas abyectas, hacia aspavientos para esparcir los fluidos y robar la corriente magnética á un cadáver.

Así luchó por largo rato con la nada; hasta que se agotaron sus fuerzas y se contrajeron sus facciones por el espanto.

¡Ah! cuando él cayó en la persuasion de que la muerte lenta habia alcanzado á la vida apresurada; y reflexionó que la vida no vuelve sobre la muerte, entonces exclamó á su pesar: «¡y era mi hija!...»

Este *era* no se refiere á la muerte.

Bien pronto reconquistó Lañuela la fria calma y la astuta energía tan necesarias á su crítica situacion: y dirigiéndose á Camila le dijo: «la enferma necesita los únicos cuidados de mi ciencia... ¿Conoceis aquel hombre?» y señaló al incógnito.

A todo esto el Magnate parecia un mito egipcio tallado en granito... estaba sonámbulo y nada entendió de cuanto habia pasado á su

presencia; mejor dicho, el Magnate no tenia presencia.

Camila tras aquella pregunta miró despacio á su Excelencia y respondió al Doctor:

—Le conozco y me conoce; ese hombre es el Marqués de los Talones del Tesoro.

—Pues bien señora, como estais afectada, yo haré que os acompañe el señor Marqués sin que os reconozca; y en el portal de vuestra casa os dejará sin necesidad de despedirle.

Así se hizo.

A una señal de autoridad de Lañuela se adelantó el Marqués llevando terciada la capa; y muy olvidado de su incógnito ofreció el brazo á Camila y salieron juntos.

Camila al partir besó la frente de Luz, prometió volver, y no me dirigió ni una mirada.

Quedamos junto al cadáver, el Doctor y yo: yo que tenia una mano de Luz entre las mias, y el Doctor Lañuela que no acertaba á proceder conmigo.

En aquel estado permanecimos largo espa-

cio hasta que por fin me habló y le respondí en la forma que va escrito.

—¿Amabas, hijo mio, á esta mujer?

—¡Mucho la amé en poco tiempo! la amé tanto, que mi amor me parece todo el tamaño de mi vida!

—Pues está muerta.

—¡Antes que esta frialdad que toco y siento, antes que me lo demostraran mis ojos y que vos me lo dijerais, me lo advirtió mi propio corazon!

—¿Y no la lloras?

—Le dí una lágrima que recogió en la agonía.

—¿Gracias te doy por ella, y ojalá que ya no llores nunca... la última lágrima que brota no se seca ni se borra; es ofrenda perpétua de un recuerdo erigido sobre un monton de ruinas, que andando el tiempo, aunque no sea lo que fué, se llama siempre el corazon.

—¿Y vos no la llorais?

—Yo no sé llorar; sirvo para enseñar y

cuando más, aconsejo; porque yo soy el mundo.

—¿Y qué es un árido consejo tan ageno á las exigencias de mi dolor?

—Es, nada.

—¿Y eso me dais en cambio de mi amor á vuestra hija?!

—Ya sabes lo que tengo: pero, con nada, nada, nada; obrero de tu experiencia levantarás por grados las ruinas de tu corazon para más erigir tu última lágrima.

—¡Ay de mí triste, que tocando la dicha, esta se me trocó por un cadáver; y encuentro en vez de consuelo, que vos me negais hasta la duda!

—Mozo, mozo; quien duda ama aún la mitad favorable de su incertidumbre; y en ella le sorprenderá la realidad de la nada con el desengaño cruel de la experiencia. Perdiste una mujer y lo lamentas; mañana te perderá la sociedad sin advertirse... Despídete de esa infeliz que fué digna de tu inocencia; y no llores nunca más.

—¿Me permitís besarla?... ¡ella es la nada!

—Tú lo has dicho; bésala y despídete, que así tocamos la realidad.

El Doctor se tapó el rostro.

El mundo hace otro tanto cuando no quiere reparar lo que consiente; y yo suspendí en mis brazos aquel cadáver leve como la pluma que se desprende del águila en su vuelo; contemplé en él la belleza de la muerte, lo constreñí á mi pecho, besé sus labios... ¡Los labios del cadáver!

¡Oh ósculo de la religion universal! tú eres el *épodo* inspirado de la última elegía del sentimiento, que se repite en el cielo por el alma que nos amó en la tierra!

¡Oh ósculo de la religion universal! eres el áncora de esperanza pendiente de lo eterno, á la que se ampara el alma en las tempestades de la vida mortal!

«Ahora dame mi muerto y vete ya», me dijo el Doctor; y sin replicar puse en el regazo de aquel hombre insensible el cuerpo de Luz.

Me pareció que lo dejaba arrojado en una fosa, y eché á andar por los oscuros pasadizos.

Asomé al patio, saludé la claridad del dia ya expirante y me detuve.

Busqué sobre el musgo las huellas de la que en su existencia efímera habia sido mi guia; y hallé sólo las mias... en esto se abrió el postigo como exhalando un *ay* de pesadumbre.

Miré y junto á él estaba Lañuela.

No supe por dónde pudo llegar, sin ser visto ni sentido.

Mudo, sigilosamente plantado, era espectador sombrío; parecia reo, parecia juez, parecia verdugo; y á un mismo tiempo semejaba ser cómplice que se precave, conciencia que se rebela, dolor que se esconde, experiencia que mide sus acciones... ¡bien digo! parecia sombra de la virtud, reflejo trasparente de la culpa: y más que hombre era estátua simbólica levantada como término entre la region de los vivos y la mansion de los muertos.

Huyendo su presencia salvé con rapidez el

dintel, y apenas estuve en la calle sonó á mi espalda el golpe de la puerta que se cerraba, como suena cuando cae sobre su hueco la lápida de un sepulcro.

---

# XV.

*(La viuda y dos ganapanes cargados con un ataud, que van camino del cementerio.)*

PRIMER GANAPAN. Pesa mucho este difunto
Para viajar de limosna.
SEGUNDO GANAPAN. Ya estoy por soltar la carga
Y que lo lleve la ronda.
LA VIUDA (*llorando*). Hermanos, por caridad,
que está muy cerca la hoya.
UN CENTINELA. ¿Quien vive?
LA VIUDA (*llorando*). ¡Un muerto!...
EL CENTINELA. Que pase
A que la tierra le coma.
EL ENTERRADOR. ¿El cadáver trae permiso
Del cura de la parroquia?

(*Mundo mundillo*, comedia antigua.)

A pocos pasos andados tuve ocasion de observar cómo venian varias niñas coronadas de flores y vestidas de blanco.

Cantaban las muchachas á coro; y traian en andas, al descubierto, el cuerpo de un párvulo dentro de un ataud color de rosa.

Un viejo se acercó al féretro con curiosidad deleitable, cual si dijera para sí, «tambien se mueren los niños».

A mí la fiesta y la alegría de aquel cortejo me trajo á la memoria cuál seria entonces la situacion de los padres del niño fallecido; y ví la religion en el mundo; y el cielo compensando el dolor sobre la tierra.

Bienaventurado él, y dichosos sus padres, me dije, y seguí caminando; pero luego topé con unos volatineros que como no les era dado volar, haciendo de las manos piés corrian patas arriba; y á poco pasó un bautizo solemnizado con turba de pilluelos; y más allá dí con un borracho; y tras él iban la vuelta de su casa unos desposados que salian de la iglesia paladeando su cercana dicha: vínose á mí una viuda vergonzante que me pidió limosna por el amor de Dios; y á los pocos pasos estaba

un ciego cantando los encantos de los ojos, como si los estuviera viendo.

Así fuí insensiblemente distraido hasta llegar á mi vivienda; y por cierto que ya iba subiendo la escalera á tiempo que la bajaba una jóven elegante que me pareció bien.

Entré en el aposento y caí de molde en la butaca.

Pensé que no pensaba; pero cuando me advirtió un ruido inmediato, sonaba la media noche en los relojes públicos y ví con sorpresa que el que movió ruido, llamó y entraba muy empolvado, era mi buen tio el beneficiado.

Nos abrazamos y me pidió los parches; porque, como añadió á renglon seguido, ni podia echarse las piernas á cuestas, ni le era ya posible poner los piés en el suelo.

Díjele que no tenia aún verificado su encargo, y se volvió un dragon.

Díjele cómo habia recibido su carta con retraso; y se sentó de cólera en mi butaca.

Le pregunté cómo habia venido; y me man-

dó que yo mandara que le preparasen cama y cena.

Ordené le habilitasen mi cama y que le sirvieran mi comida; y con esto se acostó para cenar y me llamó á su lado para que conversáramos.

Recuerdo todo el diálogo.

—Sobrino; ahora que te veo á buena luz, esas tus barbillas de aprendiz de fracmason me dan en rostro.

—Me las quitaré, señor.

—Tú no te has pelado las barbas estudiando: pero dime, desnaturalizado de tu sangre, ¿no comprendiste que yo no podria dar un paso sino con un tormento en cada dedo?

—¡Tio de mi alma! ¿ha venido usted andando?

—Distingo; vine andando en la mula, pero cada paso suyo me dolia de retruque y como si el animal anduviera sobre mis piés.

—Es raro modo de doler yendo usted encima.

—Me dolia más!... y mira, no me irrites... ¿pues no conoces que como la bestia tiene cuatro patas y yo sólo tengo dos piernas, cada paso de la bestia, eran dos pasos mios?... luego, el mundo está plagado de errores que se toman como buenos: por ejemplo, el que inventó los estribos no tenia mula; y el que inventó la mula con estribos, no tenia callos. Pues ahora que los zapateros han inventado los callos, hemos puesto los tres inventos uno sobre otro: y arree usted para adelante que así va bien... sábete, José ,y no lo olvides, que una mula con estribos, cuando toma el portante anda con el jinete.

—Es cosa clara.

—No me repliques... sobrino irreverente, quiero decir que el jinete anda con la mula.

—Pero si así lo entendí.

—Mira que me levanto;... quise decir que el jinete y su mula andan juntos.... sobrino, si te sonries te pego con el bonete. Digo y repito que la mula y el que la monta, van jun-

tos á pié como si se llevaran del brazo el uno al otro... más claro: andan como si el jinete llevara del brazo á la mula.

Ahora bien, sobrino mio, contempla tú, cuál tendré este cuerpo, y reconoce la gravedad de tu falta.

—Mi querido tio, el Doctor Lañuela no vive donde vivia.

Mañana temprano antes que usted se levante, estará aquí el callista del Emperador de los franceses; hombre tan extraordinario en su arte, que desde Madrid extirpa los callos á su Majestad Imperial; y él pondrá á usted los piés lo mismo que recien hechos.

—Muchacho!... no pido tanto.

—Se los pondrá á usted como nuevos.

—¡Ay de las perdices!... *in nómine Patris*... buenas noches, José (dijo mi tio), y me volvió la espalda.

Quedéme quieto, y serian las dos de la madrugada cuando le dejé durmiendo.

Omito por obsequio á la brevedad comentar

aquí el cómo en la cama de un sobrino que vela, duerme un tio clérigo que nació en otro siglo; y paso á decir que salí de casa al derramarse el nuevo dia, con dos objetos: uno era el de beber la claridad del sol que apaga las sofocantes tinieblas de la pena; y el otro buscar un callista francés antes que algun otro necesitado lo empleara.

Con ambos fines paseábame por las casi desiertas aceras aguardando que los artesanos abriesen sus oficinas, cuando sentí que me chicheaban.

Volvíme y ví un hombre que llegó precipitado hasta parárseme delante.

Se cubria con un sombrero hongo, vestia gaban blanco de lanilla, y el chaleco y los pantalones eran de tela cortados de una misma pieza, pintada con variedad de colores formando cuadros.

Le miré con sospecha, pero no le reconocí del todo hasta que hubo hablado. Era el Doctor Lañuela.

Díjome sin ambajes que necesitando mayor suma de la que alcanzaba su peculio, habia salido de su morada resuelto á no volver sin encontrarla.

Me añadió que no le preguntase para qué era el dinero, pero que le diese la cantidad que bien pudiera en nombre de Luz.

Vacié en el acto mi bolsillo en su mano; y como el dinero se parece al tiempo, que en sí no es ni poco ni mucho, que en sí no es nada, sino, que es algo, es más ó es menos; y sólo sirve, alcanza ó vale con relacion á la necesidad, ó al gusto de la cosa en que se emplea; quedóse Lañuela contemplando mi dádiva y con la mano abierta en actitud de esperar más.

Yo que no tenia aquel *más*, que era sin duda toda la cosa á que aspiraba Lañuela, hubiera lamentado mi pobreza si en el instante no me hubiese ocurrido un recurso eficacísimo; y le dije:—Doctor, guardad ese poco de dinero y escuchadme. Aquel mi tio para quien os pedí los parches acaba de llegar en busca

de ellos. Trae los piés perdidos y me pide con la urgencia de su mal que le lleve un callista.

—No hay otro yo para arrancar dolores, bien lo sabes tú, me contestó Lañuela.—Y oida su aceptacion le aseguré de la ganancia, mandándole que me siguiera, con la precisa condicion de presentarse á mi tio el Licenciado, no como el Doctor Lañuela que era, sino como el callista premiado del Emperador de los franceses, más francés que todos los doce Pares de Francia.

—Eso es bicoca, me replicó Lañuela, que lo mismo soy yo francés que moro; y tan me paso al moro como al español y al griego; y entro y salgo por los idiomas como paso las fronteras de todas las naciones.

Para ser de todas partes (añadió), se necesitan dos cosas: marchar de frente y no hablar bien ningun idioma.

Por lo que iba diciendo, me persuadí de que el tal Lañuela seria un excelente callista fran-

cés, y así anduvimos hasta llegar á la estancia en que reposaba mi señor tio.

Eran de ver la propiedad y la gracia con que mi acompañante, desde el principio de la escalera, cambió de aire en el andar, y de tono en la pronunciacion.

Mi presentado, que antes hablaba el castellano salpicado de arcaismos y con cierto dejo de judío expulso, el Lañuela que á la manera morisca apenas doblaba las piernas ni movia los brazos al andar, me comenzó á dirigir cortesías exquisitas, subia los escalones á brincos de danzante; al pronunciar cada palabra, convertia la R en G, y á cada paso, sin el más pequeño motivo, me decia: *má pardón Musiú.*

Entró en el cuarto pronunciando recio; y cual si yo antes le hubiese cuestionado sobre los parches, se metió hasta la alcoba diciendo: «*Lañuela estar picago; robar á mi les emplatres, estar picagón. estar picagonazo.*»

Mi tio que vió le despertaban con tan extraña jerga, levantó la cabeza sorprendido y me

dijo: ¿quién es, y qué es lo que dice ese hombre?

Respondíle que Monsieur de Montenpié (porque me vino el nombre á la memoria), se lamentaba de que el Doctor Lañuela le hubiese falsificado la invencion de unos parches especiales: y aquí me interrumpió el supuesto Monsieur con muchas cortesías y la siguiente frase: «*Má pardón, ¡ah! ¡má pardón!... ¡mi no plañer emplatres; mi plañer les piés de la humanité!... ¡la humanité! ¡la humanité!...*»

Con esto mi pobre tio tragó el gato por liebre, tomando á Lañuela mismo por todo un francés humanitario; y despues de un regateo minucioso de tanto más cuanto por extraer cada callo, convinieron en el precio á que se atrincheró Lañuela.

Este precio, literalmente traducida la frase francesa á palabras castellanas, era en la forma que se estableció el de *cinco francos la pieza;* y cada *pieza* era un callo.

Mi tio en señal de conformidad sacó los piés por abajo y el Breviario por arriba.

El Doctor que comprendiera la aceptacion, desembolsilló un estuche; sacó de él los instrumentos, y puso luego muy extendido sobre las blancas sábanas un pañizuelo de terciopelo negro, que llevaba, como se vió despues, para ir colocando los callos de cuerpo presente.

Yo tomé una vela; y así los tres funcionábamos á un tiempo.

Harto contados suponia tener mi señor tio sus veinte callos: y se soltó á rezar con la segura conciencia de tener diez y nueve duros menos; mas cuando al terminar sus oraciones pronunció el consabido *amen*, el diestro Lañuela levantó al propio tiempo las manos y dijo: «*afer fini.*»

No ví manos tan listas en mi vida, ni tampoco habia visto dos hombres que desde distintas actitudes se incorporaran más simultáneamente.

Sentado mi tio con la curiosidad de una matrona que quiere ver á su recien nacido; y

plantado Lañuela con la gravedad de un comadron que se lo presenta, contó mi tio con dolores de parto de su bolsa, hasta cincuenta callos.

Entonces añadió Lañuela con cierta socarronería casi indiscreta: «Vú tener ojos de gallo, ojos de puleto, é ojos de perdris; é mi sacar á vú los ojos.»

Declaro, que apagué la vela por no verle la cara á mi señor tio; y afirmo, que me parece que á no haberme hallado yo presente pega al Doctor; y que á no estar allí el Doctor me pega á mí.

Materialmente se tragó la bílis y se puso á contar de nuevo muy despacio aquellos instrumentos de su martirio; pero, como advirtiese que cada callo tenia su ojo en su cogollo y remataba en punta, dijo para su capote: si no son callos son cuernos; y si no son cincuenta son cincuenta y uno....— Mira, José, saca de la maleta cuarenta y siete duros y medio; y entrégalos á ese francés cuando lo pongas á la puerta de la calle.

«*Má pardón Musiú, má pardón; me vú ne peyé pá les emplatres*», replicó Lañuela; y mi tio montado en cólera se me dirigió diciendo: «¿Y qué es lo que dice ahora este condenado?»

Expliqué á mi tio cómo el callista de su Majestad Imperial reclamaba el importe de los parches que le habia aplicado á las heridas, supuesto que los cinco francos estipulados eran sólo por sacar cada callo.

¡Tú que tal dijiste! se espeluznó mi tio, tiró el bonete y temí verle saltar en camisa de la cama al suelo; pero se reportó á Dios gracias lo bastante, y con el reto en el rostro encaróse con Lañuela y le dijo á gritos:

—¿Y cuánto pide el Musiú por sus emplastos?.... porque si no los da casi de balde se los vuelvo.... ¿está usted, señor Musiú?.. .

—*Mi estar;* le respondió Lañuela, *mi costar vinte cuatro suses cada emplastre, é mi no querer más que sis suses.*

—¿Y cuánto suman seis suses? me preguntó mi tio.

Mas sabido que sumaban sólo un real de vellon, pidió su bonete y me mandó que en vez de cuarenta y siete duros y medio, sacara cincuenta y se los diese al *gavacho* en la escalera.

En tanto que contaba yo el dinero, el supuesto Musiú se descoyuntaba haciendo cortesías que no le eran contestadas por mi severo tio: y cuando ya hube completado la cantidad, hice seña al Doctor y nos salimos.

Le dí su cuenta en la puerta, y al recibirla me apretó la mano y me dijo:

—Un cura paga á otro.

—¡Ay de mí, Doctor! ¡bastante os habia comprendido ya! Id, corred, llegad, llevaos mi dolor: y al enterrar el cadáver de la que en nuestra comun inocencia fué mi esposa, dejad sobre su yerto corazon esta sortija.

La cogió; y sin mirarla, sin reparar en si valdria poco ó mucho, me respondió Lañuela:

—Como los gusanos no comen oro, ten por cierto que si los sepultureros no la desentier-

ran, tu sortija señalará siempre el esqueleto de la que fué tu Luz.

Se fué aquel hombre que, ó era personificacion del demonio ó era el mundo condensado; pero, si era el demonio, el demonio tiene aunque pocos, algunos rasgos generosos; y si era el mundo, el mundo tiene á veces corazon.

---

## XVI.

**Donde se verá que puede suprimirse este capítulo, y sigue la historia, como se pueden descartar de la baraja los ochos y nueves, y sigue el juego.**

A los escritores vivos, ciudadanos que están empadronados en sus respectivos barrios: quiero decir, á los autores de carne y hueso en quienes cunde la fama por la labor, y son notabilidades literarias que se exhiben por sí para sí solos; á esos ofende mucho el que otro mortal

les plagie algo, guárdeme Dios; pero á los literatos de bronce, autores inmortales, inscritos en la lámina eterna de los genios, no les importa un bledo. Porque bien averiguado, dicen con razon los primeros: *tras de que hay mucho cómetelo chucho;* y los segundos no dicen nada porque lo dijeron todo para todos.

*La del alba seria* cuando mi señor tio y yo cabalgados en sendas mulas avistamos de cerca el Escorial.

Sin resistencia de mi parte me llevaba el buen señor hácia su tierra; é iba delante de nosotros un mozo de espuela, que opino no debió llamarse tal desde que me prestó la espuela y le embargué su mula; pero él iba al parecer contento, y cantando expresó estos versos:

A mí me dijo la muerte
Juro que me mataria,
Porque la muerte y el diablo
Llevamos muy mala vida.

A mí la muerte me dijo,
Si me matara dirian
Las gentes: «¡viva la muerte!»
Y los curas moririan.....

—¿Entiende usted, señor tio, lo que va cantando el mozo? ¿Pues si no hubiera muerte cómo habian de morirse los curas?

Y mi tio respondió:

—Ese mozo tiene mal aprendida la copla; lo que reza el cantar es que se moririan las curas.

—¿Querrá decir en eso que las curas son las amas de los curas?

—No me seas impertinente; quiere decir que se moririan los médicos.

—¡Pero señor! Muerta la muerte, ¿quién habia de matar á los médicos?

—Sobrino, la salud, que entonces heredaria á la muerte; y mira, mira, aparta un poco, para que no me pegues más con los estribos en los piés; porque has de saber que, segun yo

entiendo, á pesar de la salud y aunque se muriera la muerte quedarian siempre vivos los dolores.

—¡Ah tio! pues si esas tenemos, vivirán siempre los médicos; pues yo á mi turno, averiguado me tengo que el dolor está en la vida y no en la muerte.

—Sobrino, puesto que así parece, vivan los médicos.

—Que vivan, tio, que vivan esos peones camineros que nos suavizan la senda.... y yendo más allá tio del alma, ¿sabe usted lo que digo?

—¿Qué dices, sobrino?

—Digo, que viva la muerte.

—¡Ella se nos coló por el pecado! *Oh felix culpa quæ talem redemptorem habere meruit.*

Así departiendo entreteniamos el trecho de camino que faltaba; y llegado que hubimos á la poblacion tomamos posada.

Creo que la eleccion de este hospedaje fué á gusto de las mulas, tanto por ser ellas las que muy á su querencia nos guiaron, cuan-

to por estar la vivienda menos bien dispuesta para hombres que para bestias.

Como el tiburon es todo boca y vientre, era la casa-posada todo portal y caballerizas; excepto unos mechinales hediondos para *señoras* en que la maldita cama parecia ser de fraile cartujo, que la toma por penitencia y se levanta vestido.

Elegimos nosotros uno de dichos aposentos, y apenas entrados comenzó mi tio á sacudirse desde los piés á la cabeza.

Creíme que se defendia de las moscas, pero no era, porque me dijo hiciese yo otro tanto para entrar limpios en la casa de Dios y ver despacio la octava maravilla.

Fuímos; y al principio ví mucha piedra; y luego mucha piedra; y despues y más adelante y siempre, piedra sobre piedra; mucha piedra.

Me bailaban delante de los ojos Don Felipe II, los peones de albañil y el arquitecto Herrera.

El Rey, aunque estaba cristianamente triste, vestia contra su costumbre á lo Faraon: los peones eran gigantes más de un millon; y Herrera era un enano inverso que tenia los piés muy grandes, muy grandes y la cabeza chiquita..... Todo puro disparate de la imaginacion por efecto de los nervios, cuando se piensa más por no pensar que se debe pensar menos.

Estábalos yo viendo de cuerpo entero, cuando me preguntó mi tio:

—¿Qué te parece?

—Señor, le respondí, me parece que Herrera no se puede caer.

—Bárbaro, me replicó mi tio, muy creido que yo miraba hácia un santo colosal; ese no es Herrera, ese es San Lorenzo.

—Tio, le repuse, tampoco puede caerse San Lorenzo; y en esto entramos en la iglesia.

Me pareció grande, y lo es; me pareció augusta, y lo es; me pareció arrancada del fonfo filosófico del gentilismo y amasada con ad-

mirable constancia por la sucesion de una idea profana, para realizar un sentimiento puramente humano; para la perpetuacion de la fama..... y tal vez así sea.

Me pareció ilustrada, histórica, soberbia; pero sin un asilo místico donde reconciliar el espíritu cristiano; sin vaguedad, sin penumbras, sin ángulos agudos..... como es aguda la aspiracion del alma cuando desprendiéndose de su enemigo el mundo por la meditacion, va ascendiendo por grados hasta perderse en el vértice de lo infinito.

El rito celebraba aniversario por la muerte de un Rey; y sin embargo, apenas eran veinte los fieles congregados que asistian de intento á la oracion.

Un humilde túmulo en mitad de aquellas naves titánicas; un humilde túmulo puesto al pié de aquellos macizos pilares que desafian, no ya como el Partenon la cólera de los persas, sino la paciencia del tiempo, era todo el recuerdo del aún más humilde polvo que se

guarda en un panteon estrecho donde caben y cabrán cien Césares!....

¡Oh Faraones! ¡Oh Felipe II! ¡Oh vanidad de tanta pesadumbre; para encerrar el cuerpo que se pudre!

El cuerpo, que pasados sobre él algunos siglos, se dignan ir á ver algunos curiosos á quienes dice el que lo enseña por dinero: «tenga usted cuidado en no soplar.....» y pasados despues algunos años ya se puede soplar dentro del sarcófago porque aquel cuerpo que fué de un César, ni polvo es.....

Cuando entramos estaba celebrándose la misa de *descanso*.

Afortunadamente los cantos primitivos del cristianismo, los ecos de la piedad religiosa, las melodías melancólicas, coetáneas de la fe pura, partian íntegras desde el fondo del coro á llenar los ámbitos del santuario, al solo acorde de un instrumento fúnebre semejante á la voz de los profetas.

Las antífonas articuladas por voces graves

no tendian á mundanarse apelando á las frases deliciosamente armónicas de Beethoven, de Meyerbeer y de Rossini.

Allí la pobre humanidad gemia; rodaba el susto por las bóvedas, y el trueno suspiraba.

No se oia, no, el eco estridente del eunuco; esa voz mutilada, gárrula y estéril, que disuena como suena el viento que pasa silbando por los huecos de una calavera.

Y entró mi alma, y se bañó mi corazon en la esperanza de una vida ulterior sin muerte venidera.

Vivia porque sentia; vivia sin recuerdos; era yo sin mi pasado, como seré sin este mi presente.

Resbalé á la vida del espíritu sin sentir el tránsito; y no desperté á la vida de la materia y de la razon, hasta que mi tio me roció la frente con agua bendita.

Salimos del templo, y apenas me ví en el patio bajo la bóveda del cielo, detuve á mi tio cual si mi tio fuese un sábio alemanesco: y en

verdad que lo mismo hubiera detenido á San Gregorio en persona.

Detúvele; y quedóse el buen señor esperando cosa de bulto.

—Tio, le dije, la religion se llama y es la idea nueva porque no perecerá; y sus prácticas son juicio y sensacion de lo eterno á medida que vienen de más léjos.

He sentido, he visto, he palpado la miseria del hombre y la misericordia de su criador..... pero dígame usted tio, ¿por esas catedrales que están repartidas en las córtes, quién se metió con quién? ¿Fué el teatro con la iglesia ó esta con el teatro? ¿Fué el cantor con el cantante ó fué vice-versa? ¿David se alió con Metastasio ó Metastasio con David? ¿El salmo se confundió con el aria, la prima donna con el niño de coro, el chantre con el bufo, el *Dies iræ* con el *Mai-piu* ó estos con aquellos?

Mi tio al pronto esparramó las cejas cual si la cosa tuviera relumbron; y despues me respondió, que los beneficiados no estudiaban eso

que corria por cuenta de los señores obispos.

Echamos á andar, y cuando quiso que viéramos el monasterio, estuvo asequible á mi ruego, y hasta cedió contento al pedirle por favor que no me llevase á ver frailes capellanizados ó capellanes enfrailados, que viven juntos para frailear, y se dispersaban á su gusto para capellanizar.

—Hágase tu voluntad, me dijo; y opino que nos vayamos á comer sin pasar tampoco por la biblioteca.

—Razon tiene usted y bien ha hablado, le repliqué; que tampoco á mí me agrada pasar, como usted dice, por bibliotecas para sólo poder contar que las he visto por el forro.

—Todas las bibliotecas, añadió mi tio, son libros y más libros puestos de canto ó acostados, mirando á la pared y dándonos la espalda; y esta está más que las otras forrada de libros viejos.

—¿Pero á usted que la ha reconocido despacio (le pregunté), qué le parece?

—Oye, José, me dijo mi tio D. Cleofas, cuando el tio Pati-alvillo viajó á Santander le preguntamos á la vuelta qué le parecia la mar; y nos respondió: «mucha agua; pero yo creí que era más grande». Pues yo te contesto que la biblioteca del Escorial donde hasta el maldito de Mahoma metió sus garabatos, me parece ¡mucho libro! pero le caben más.

Regresamos á nuestro mechinal y nos sirvieron bazófia, con vino peleon y pan de ayer; todo sobre manteles de la víspera.

Comió mi tio Cleofas como cinco sobrinos; y con el último bocado quedóse dormido más de dos horas; mientras que á mí, gracias á la Creacion, no me bastaban manos para espantarme las moscas, ni me sobraban moscas para distraer los recuerdos.

Pero ya eran recuerdos; estudio sobre el dolor pasado: era ya exámen que, sazonando la experiencia desvirtúa el corazon hasta que cae en ruinas; y surge la edad provecta, y queda viva la última lágrima; que allá en la vejez

junto á la muerte llamamos remordimiento.

A fin de siesta, mi tio se pegó un cachete, del que se aplastó las narices y unas moscas: pidió las mulas y salimos camino de la Granja á doblar el Puerto.

Era mi mula un macho; mas como yo no lo habia comprado lo tuve por mula, aunque de paso corto.

Quedábase zaguero, y mi tio que deseaba pasar con luz del sol el Guadarrama, aguijando su bestia me decia: «dale, dale á ese macho dos golpes de cabezon».

Con esto le aprendí el registro al mulo, é íbamos que volábamos trasponiendo pinos; hasta que llegó la noche y me parecia que los pinos andaban tanto como nosotros.

Así entramos en la Granja dia de San Luis, y nos acogimos á la hospedería del Cristo.

La calle para llegar es un calvario, los animales se quedan á la parte de arriba, porque no pueden bajarla; la casa está en el fondo; y el hostelero con los brazos abiertos re-

cibe los huéspedes á la puerta, para que al ímpetu con que descienden no se estrellen contra la pared de enfrente.

Esto no lo practica el patron por caridad, que no la usan posaderos, sino que lo hace para que los viajantes coman con apetito y despues tragárselos vivos, rellenos, y pelados.

Bien que mal, allí se duerme; y dormimos hasta la hora en que corrian las fuentes.

Subimos á los jardines, donde el brazo del hombre, el arte pagano y su hijo adulterino el gusto enciclopédico hicieron esfuerzos.

Cierto que el gusto llamado de Luis XIV pesa sobre la arquitectura griega; y más cierto aún que desnaturaliza la estatuaria, pues convierte las Diosas y las Ninfas en damas de salon: pero los defectos del lujo por el refinamiento de la sensualidad allí hacinados ó sueltos á granel en medio de una naturaleza agria, ruda, salvaje, asombran y seducen.

Meditaba yo sobre todo esto cuando rompió

su curso la fuente de la Fama, y como para bien verla nos encontrábamos léjos, aceleramos el paso; mas por pronto que llegamos ya se habian quedado en seco, el peñasco y los despeñados, la Fama y su trompeta; ni más ni menos que si aquello no fuese fuente y fuese un mito.

—Corramos á otra, me dijo mi tio; y fuimos y llegamos jadeando á la de más allá, que chorreó cinco minutos.

Así hechos nosotros vivas fuentes de sudor, pudimos ver hasta diez, todas muy grandes, construidas de mármol y decoradas de estátuas de metal: todas como panteones míticos; muy primorosamente labradas, con anchurosas tazas y hojarascas; incrustaciones y los demás despilfarros; con lindísimos jarrones... y para de cuando en cuando, como ya queda dicho, todas con su chorro de agua en la punta.

Hubo de notar mi buen tio que yo me quedaba pensativo: y sacudiéndome quedito, me dijo con cierta vanidad: «¿qué te parece?»

—Señor, le respondí, las obras son monumentos, pero con perdon de usted, las fuentes me parecen lavativas monumentales.

—Eres un ignorante, me replicó montado en cólera; las fuentes de la Granja son mejores que las de Versalles, porque son más cristalinas.

—Sí señor, le respondí; lo propio digo de aquellas; porque la fuente es agua... y él muy picado saliéndome al paso, dijo:

—¿Y esto que has visto es vino?

Pero yo que amo la belleza constante, pura, definida: el árbol y la columna; la flor, la mariposa y la mujer; los cerros y los templos; la noche y el dia; la tempestad y la calma; el trueno, la música y el murmullo de las aguas; repliqué á mi buen tio con viveza:—La fuente es agua perpétuamente brindada á nuestros ojos por el artífice del universo, agua brindada no sólo para la sed accidental, sino para el recreo perpétuo de todos los sentidos.

Y es opinion mia que todas las civilizacio-

nes tienen el criterio de lo bello y que todas yerran por el egoismo de los individuos: por ejemplo, los árabes exclaman proverbialmente que hay en la tierra cuatro cosas que no pueden mejorarse; y son, las mujeres, los caballos, la escritura y el agua.

Ellos sin embargo encierran la mujer como cosa robada, que se priva á la vista de los demás hombres, vedan los caballos á parte de sus semejantes y no propagan la escritura.

Nosotros en cambio encarcelamos el agua cuando su linfa brota para recrear á todos á todas horas, y para fecundar los campos donde la puso Dios.

¿Sabe usted, señor, lo que yo entiendo que es un sublime complejo del arte con la naturaleza? ¿Sabe usted lo que es un monumento que ostentando inconcebible esfuerzo y plácida hermosura rinde al propio tiempo tributo á la sociedad?.... el acueducto de Segovia.

Mi tio que habia estado mirándome de arriba á abajo y de abajo á arriba cual si midiese con

la vista á su monaguillo, me interrumpió diciendo :—Muchacho, tú te metes en muchos dibujos y ya se nos hace tarde; aténgome á la fuente de las Ranas y andemos á buscar las mulas, que allá en Sepúlveda averiguaré si andas tan suelto en el latin como lo estás en el castellano para decir sandeces.

Y tomamos las mulas, y arreando, arreando, cátanos en Sepúlveda, la que tomó á los moros D. Sancho García; que así está hoy como estaba entonces.

Al entrar en casa, el ama, que era vieja, abrazó á mi tio. Yo no la conocí determinadamente, porque todas las viejas me parecen una misma; pero ella me trató de tú y me guió á mi cuarto para que descansara.

Era la estancia aseada; la cama limpia trascendia á tomillo, y descansé.

Si en general las casas de los curas son por lo retiradas remedo del cuvículo en que moraron los antiguos solitarios, tambien por lo pulcras parecen celda de monja.

En cada objeto, en cada accidente asoma el sacerdote que fué y el sacerdote que es; al paso que traspora en todo y por todo la ***autonomía*** de la barragana que fué, junto con el minucioso esmero de la mujer célibe que se sirve á sí misma.

En estas casas de representacion dual, asoma la monja autorizada, que exenta del cuidado de los hijos se dedica á mimar al sacerdote y se atiende á sí misma, y se ve claro y patente al sacerdote que atiende á la monja y se cuida á sí mismo.

De aquí resulta, que la casa parece convento, con abadesa sin monjas que la estorben; que el convento parece casa de matrona estéril; y que el varon y su casa, ó el sacerdote y su convento arrojan á la vista menos perspicaz la modesta sencillez con los errores de lo pasado, dentro de las necesidades morales de lo presente y de las imposiciones de la vida social.

Semejante á las masas militares, la huma-

nidad entera evoluciona: la manda el tiempo, su bandera es la ciencia, su fin es proseguir en la conquista de la verdad, y su campo una region desconocida.

Si en esta maniobra insujetable el sacerdocio no toma la bandera y guia hácia la fuente del saber humano, la sed del alma indisciplinará la hueste errante en el desierto de la ciencia.

Hay en la casa de mi tio un patio festoneado de albahacas y alelíes; y en mitad de él una parra, que si bien no sazona el fruto, prodiga sus anchas hojas: de dia derrama sombra y en la velada ampara del sereno.

Durante el Estío, son las horas de velada en las ciudades rescoldo del incendio del sol; á diferencia que en las aldeas, valiéndome de una expresion griega, son soplos de favonio.

Es el caso, que despues del toque de oraciones nos hallábamos sentados en aquel patio, entre aquellas matas olorosas, bajo aquella parra, mi tio, el ama y yo.

El buen señor me habia importunado antes

con ciertas preguntas sobre la interpretacion dudosa de algunos trozos del elegante y oscuro Tácito.

Por casualidad le respondí justamente al revés de cómo los entienden los traductores selectos; mas apenas por el gesto de mi tio me advertí de que iba errado, cuidé de añadirle que mi juicio venia ajustado á las últimas averiguaciones hechas por los filósofos jesuitas.

Con esto mostró quedar muy satisfecho; y en vista de que yo mostraba ser un mozo aprovechado en letras humanas, me añadió, que él estaba escribiendo entre estas letras y las divinas, un libro titulado: *Causas, concausas y efectos de un demonio ensimismado;* y que pensaba consultarme, algo del caso teológico-moral, poco del latin, y mucho del romance.

Saltó el ama y dijo, que á ella se lo habia leido el maestro de escuela, que lo estaba copiando en buena letra de órden de su señor; y que si todos los demonios estuviesen ensimis-

mados como el de su señor, peor seria para ellos el infierno y más bien andariamos todos acá, especialmente las mujeres, por ser estas las que prefiere el diablo; y más se las ensimisma, porque mejor se les mete dentro del cuerpo.

Así son las mujeres, especialmente las mayores en edad, saber y gobierno; respecto á las menores, se acusan y se ofenden, como si no las calumniáramos nosotros lo bastante.

Advertí á el ama que mirase bien cuanto acababa de decir, pues de sus palabras se deducia claro que eran las mujeres las que se apropiaban al diablo; y ella me replicó en el acto: «se las lleva pateta; y que lo diga mi señor.»

A cuyo envite respondió mi tio con aplomo: «ahí va el libro, José, ahí va el libro; aunque por lo visto esta lo digiere mal y no lo extraño, que como es lega no compulsa los textos de los Padres.

Trazas de ser animado tenia el diálogo, cuando sonó la esquila del portal y entró el cazador jubilado Pati-alvillo.

Son los cazadores de oficio, respetuosos, inteligentes, francos y bizarros: hombres agradabilísimos, en quienes las virtudes, las hipérboles, la rudeza y la urbanidad germinan juntas, formando carácter peculiar.

No hay que confundirlos con los cazadores de profesion de las demás naciones, que toman como los marineros de todas partes cierto aire sombrío.

España por las condiciones de su suelo, de su cielo, de sus vegetales, y de todas sus razas animales, es la que da dos tipos inimitables; el cazador de oficio y el torero.

Cuando el cazador de oficio, ó el torero, alternan familiarmente con los señores que buscan su trato, se nota, y no acertaré tal vez á explicar, se nota la diferencia esencial y ventajosa que media en favor de los primeros.

Ellos son los más francos sin audacia, los

más agudos con oportunidad, activos en servir, generosos en enseñar, superiores en la conversacion y reverentes sin bajeza.

Despues que se presencia una escena de estas, apenas queda en la memoria nada de los condes, de los marqueses, ni de los duques; pero del cazador de oficio ó del torero se desprenden recuerdos históricos; y pudiera decirse que parecen ser de abolengo de ricos homes, sin la tradicion de su orígen, pero con la sangre de sus mayores.

Tras este preámbulo, no se me oculta que seria de desear un diálogo entre mi tio D. Cleofas y el tio Pati-alvillo, y en verdad que lo hubo.

Otro escritor lo estamparia por extenso, pero soy yo como la enredadera, que se va por las ramas, y no se le atan cabos.

Al entrar el cazador besó la mano al sacerdote y quedóse mirando los piés del compañero de escopeta y perro: dióle mi tio un abrazo al que correspondió el amigo agradecido y ambos se sentaron.

—Señor, le dijo el hombre de los montes á mi tio no menos fuerte que él, en tiempos pasados ya para los dos: señor, veo que todavía los piés calzan de orillo.

—Sí, compañero Pati, le respondió mi tio, aún están blandos.

—Pues señor, añadió el tio Pati, á falta de piés y á sobra de años Dios ayuda con los medios que nos da para cada cosa en cada tiempo; y aunque los *machos* están en torada, aún los hay que entran corridos si el *pájaro* recibe con poca fuerza.

—Pues mire, tio Pati, le dijo mi tio con viveza, para recibir blando se pinta sólo mi macho Martin Lutero; y si los aguardos están dispuestos, mañana lo verá usted trabajar.... y llevarémos tambien para que lo vea á este barbillas, añadió señalándome.

Lo de que mi tio tuviera un macho que recibia con poca fuerza, yo ya me lo sabia, mas quedábame la curiosidad de conocer el cómo un pájaro recibiria á un macho y de

qué manera los machos en Sepúlveda andaban en toradas.

Conformes y con sueño nos dimos la despedida, y llegó el amanecer del dia siguiente.

Dispuesta la partida, ya me disgustó el observar que en vez de darme el macho Lutero para que me recibiera, léjos de eso me armaron de un garrote y me colgaban á la espalda una perdiz enjaulada, con mucho encargo de que no la sacudiese al andar.

El tio Pati llevaba otra perdiz y una escopeta, mi tio no cargaba con perdiz alguna á la ida, aunque á la vuelta sin duda se proponia traerlas á pares porque llevaba dos escopetas.

En esta disposicion anduvimos una hora trepando alturas, tanto que yo no podia más.

Mi tio con cuatro pasos media un cerro, y por ende le vino á las mientes el callista del Emperador y lo alabó.

El tio Pati-alvillo, á mi parecer tomaba los vientos cuando yo ya me quedaba zaguero; y

en esto comenzó la perdiz á cantarme á la espalda como si me arreara.

—Alto, dijo el tio Pati, que los machos andan sueltos y Lutero responde á la jácara.

Aunque yo no veia en toda una legua á la redonda ni un macho para un remedio, di gracias á la Providencia de que por allí anduvieran machos sueltos.

Continuó andando el tio Pati; y mi tio Cleofas y yo nos metimos en una choza, que él llamó chozo.

Será porque las casas á medida que son más grandes, se llaman palacios, que las chozas á medida que son más pequeñas se llaman chozos.

Ello es que no cabiamos dentro del tugurio, mi tio, la perdiz y yo, hasta que mi tio sacó la jaula á veinte pasos contados y nos acurrucamos sin aquel estorbo lo menos mal posible: mi tio me marcó la señal de silencio con el índice; y yo curioso de ver de qué manera recibiria un pájaro á unos machos, comencé á mi-

rar escudriñando cómo y por dónde vendria una récua de ellos.

La perdiz cantaba bajito, sin que (inadvertido de mí) me fuera dado conocer que aquello que cabalmente hacia era recibir.

¡Necio! lo tomaba por pura pereza suya; y acordándome en mal hora de la leccion que me dió mi tio en Guadarrama con el mulo reacio, salté y le dije por lo récio: «tio ¿por qué no le da usted á ese macho un par de golpes de cabezon?»

No bien lo habia acabado de pronunciar, cuando como soltado con la mano, voló de junto á nosotros un perdigacho que me pareció mayor que un pavo.

—¡Ahí va! ¡atícele usted! grité á mi tio; y el muy desnaturalizado sacerdote en vez de apuntar al pájaro me apuntó á mí tan decididamente, que si no le pido perdon creo que me suelta el tiro.

De esta manera acabó la cacería del pájaro con el macho ó del macho con el pájaro; y

por desconocer la extraña dialéctica de los cazadores de reclamo, fuí por muchos dias blanco inocente de sátiras inmerecidas.

El cazador Pati-alvillo trajo tres *toros* cazados con una perdiz de poco crédito que llevaba por nombre *poca flauta*.

Bastará sólo indicar, primero, que los tres toros cazados eran tres machos de perdiz muertos: segundo, lo desairado que quedó *Martin Lutero* por *poca flauta*, y tercero, lo enojado que á resulta de lo segundo quedó conmigo mi tio D. Cleofas.

---

# XVII Y ÚLTIMO.

**¡Ay! yo caí de la elevada cumbre**
**En honda sima que á mis piés se abrió:**
**Grande es mi pena, larga mi agonía!...**
**Una mano! ayudadme! compasion!**
**(Espronceda.)**

No habian trascurrido cuatro meses y ya la familiaridad, sinó el desden del ama, me iba demostrando que mi permanencia en Sepúlveda se le hacia progresivamente molesta.

Ya tampoco mi tio llamaba monacillo para la misa, y era yo su ayudante.

Ya el ama me dijo cierto dia, que al levantarme levantase la cama, y que me la hiciese al acostar.

Mi cuarto estaba sin aquel aseo que tanto me sedujo al entrar en él. Mi tio me mandaba lavar las escopetas: y me aconteció sorprender en conversaciones de familia al beneficiado y á su ama; en diálogos desazonados, que se suspendian á mi presencia, quedando mal disimulados ante mí el uno y el otro contendientes.

Alguna vez sin causa conocida mirábame mi tio consternado; y no menos veces sin motivo alguno el ama seguia mis pasos con cuidado y escudriñaba mis acciones con marcado recelo.

En mi tio sin duda influia la sangre; en el ama, á no dudarlo, mediaba el interés privado..... y si esto pasa en el hogar de un sacerdote, ¿qué sucederá á los hijos en la casa de la madrastra?

¡Pobres niños, pobres niños los que perdis-

teis la madre! Llamad, amad, besad, acariciad mucho, mucho al padre, que si os confió al esmero de otra mujer no la hace suya por no haceros de ella.

La mujer no reparte con los agenos más que la caridad.

Esta virtud, como teologal es ardiente, y se llama virtud sobrenatural; pero en el órden de la naturaleza, sólo es en sus efectos fria exudacion del alma humana con que el amor de Dios alivia al prójimo infeliz.

La madre política es la caridad política, y los hijos agenos fuéron engendrados en el amor entrañable de sus padres naturales: padres que si la muerte roba al nido de los hijuelos, lloran los huérfanos y ni la sociedad ni la religion ponen calor de madre en el seno de la madrastra.

La maternidad no se imita: es fuente de inagotable dulzura que nace con el parto; es dejar de amarse para más amar al nacido; es correr hácia la muerte por la vida de los hi-

jos..... su pálida imitacion es la caridad; y ¡ay de los que la necesitan!.... La paternidad suele suplirse, pero la paternidad es menos intensa.

Así somos; y este es el mundo, natural, moral y socialmente considerado; mas aún no todos en el mundo obedecen á las leyes naturales.

¿Quién no quisiera que, cual decimos vulgarmente, fuese la vida una senda de flores? ¡Oh, y con cuánto recreo la recorreria en estas páginas que van caminando á su término sin apelaciones al ingenio, sin acumular recursos dramáticos, ni agolpar grandes peripecias!

Que van como la vida, por el camino de todos; sentida, pensada y manifiesta, segun la subjetividad de cada uno.

Mi escrito es la manifestacion de mi naturaleza sobre la senda de la vida ordinaria, yendo hácia los objetivos que toma mi espíritu.

No sé si es un libro arreglado á los ejemplos ó á los preceptos del arte; pero es una expe-

riencia íntima, arrojada al exterior; y por esta razon dije que escribo memorias, y no aseguro que haya resultado un libro.

Pero aún así me encuentro embarazado para narrar con tino el cómo hube de separarme de mi señor tio, que me entregó la administracion de mis modestos bienes, dándome su bendicion para desde allí en adelante.

Era este mi último vínculo de familia y ya quedaba roto.

El ama lo adelgazó tanto, que indeliberadamente un dia significó que me dominaba la tristeza; y como si ya aguardase la palabra, se aprovechó mi señor tio y me dijo:

— José, fuí tu curador, y mis cuentas están claras. Veinte y cinco años tienes y has aprendido carrera; lo que te falta ahora es emprenderla.

Las carreras en España empiezan por los empleos; estos se alcanzan en la córte; y para que la conocieras, á tiempo te mandé á ella... ea, pues, José, Dios y tu saber te guien en el

mundo, que yo bien conozco que Sepúlveda y la casa de un cura cazador no son para tí.

Me dió lo mio en público, y en secreto me añadió cien duros; no sé si de soborno para que me marchase pronto, ó si fué aquella dádiva señal de gratitud por haberle oido con paciencia la lectura de todo su manuscrito que pesaba tres libras corridas.

Cierto que yo deseaba ausentarme de la casa; mas no por eso queria despedirme para siempre de mi único pariente sobre la tierra.

Corre tal vez por mis venas sangre semita: desde mi soledad amo la tribu; y aislado en medio de mi patria, la patria para mi corazon es la familia, sea cualquiera el suelo en que vegete.

Amo los hijos que no tengo; los padres, los hermanos, los parientes que he perdido: y las trébedes del hogar en que nací están presentes á mi memoria, y me son queridas como dioses Penates que me fuéron robados.

Mas ya puesto en el trance necesario de au-

sentarme, tomé la vuelta de Madrid en menos tiempo que llevé la ida.

A pocos kilómetros de la puerta llamada de Segovia volcó la diligencia en unos barrancos, que pasado el portazgo pasan por el camino; y aunque no recibí daño, hubieron de estampar en los periódicos mi oscuro nombre, añadiendo el gacetillero de su cosecha de calamidades, que casi estaba mi cuerpo partido en dos pedazos.

Al entrar en casa ví que se hallaban mis muebles en aquel desordenado consorcio que los dejé.

Especialmente en mi querida butaca, parecia que durante la ausencia de su dueño se habia sentado en ella la vejez; y que al sentirme llegar se levantaba dejándola cubierta con parte de su polvo y de sus arrugas.

La limpié con amor, y me senté para desde ella medir el tiempo..... esta mirada retrospectiva alcanzó un abismo.

¡Allá, del otro lado, la fronda de la prima-

vera con sus flores ¡Acá! en el borde á que yo estaba, el otoño de la vida y sus despojos..... ¡Allá! mi Luz riente de hermosura; en el fondo, ¡oh dolor! su fétido cadáver..... Y ¡acá mi soledad!

Medir el tiempo era sondar el abismo que mediaba entre Luz inspirada y aquella podredumbre que yacia inerte; era medir sin la ley constante del espacio, la sensacion sin la existencia; el sér y la muerte.

¿Y si yo habia pasado con tanta rapidez al Otoño de la vida, cuánto no habria sentido Luz para morir antes?

La noche me arropó con sus cendales,
Y entumeció mis ojos con beleño;
Y así olvidado de mis ciertos males
Caí en brazos del tranquilo sueño.
Dos eternas corrientes vide iguales
En encontrado curso y mútuo empeño:
Una que viene, otra que va empujada,
Ambas la humanidad que nada y... nada...

Dije al despertar:

*Nuestras vidas son los rios*
*Que van á dar á la mar*
*Que es el morir.*

*El mundo es tránsito; y somos viandantes camino de la muerte.*

Pues entonces, ¿para qué la ambicion? ¿Para qué la esperanza misma más acá del objeto de la vida?

—Para nada, para nada, me respondió Camila que en aquel instante mismo llegaba, solícita de conocer mi estado; y me abrazó como si fuese mi propia madre.

Ella habia nacido para la maternidad, para todas las grandes pasiones terrenales; y no tenia hijos para refugiar su corazon en ellos.

El traje que vestia, su aspecto resignado, su cabello con algunas canas, el tono de su voz, la piedad que la traia en pos de los agravios recibidos; todo me dió señal de que en Camila

se habia obrado tambien la revolucion del desengaño.

Cuando esta mujer de la naturaleza oyó de mí que la noticia esparcida por las hojas periódicas era falsa, bañó su semblante en deleitable sonrisa y exclamó: «acaso para nadie fuéron crueles más que para mí.»

Quise besar su frente agradecido; y me tendió su mano generosa.

—No más amor, me dijo deteniéndome; la mujer que excede en años al amante, primero desengaña y más tarde se ve desengañada.

A las mujeres que así erramos, nos quedan tres asilos, el recuerdo de nuestros triunfos, la caridad de nuestro corazon y la esperanza en Dios.... en Dios, bondad infinita que todo lo ve y todo lo perdona.

A vosotros os queda el mundo, donde no se os acaba la edad para gozarlo; gózalo tú, pero jamás compres los placeres á precio del delito, que la que te liberta de sí misma no podria perdonarte.

—¡Yo no causé la muerte á Luz! ¡no lo creas, Camila, no lo creas! le respondí horrorizado de su duda.

Ella vertió su última lágrima, y para asegurarse tal vez de mi sinceridad, me pidió que la siguiera y pasaramos por delante de aquella casa en que vimos espirar á la Estática.

Fuimos: y donde estuvo durante siglos tan misteriosa y solitaria ruina, se habia levantado por la vara mágica de un rico una casa de vecindad para cien familias pobres.

Volviamos del brazo y distraidos, cuando nos llamó la atencion un peregrino cubierto con sombrero de anchas haldas y revestido con esclavina de hule decorada de conchas; que, con un bordon en una mano y en la otra una sarta de sartas de rosarios, al propio tiempo que se mantenia apoyado contra una esquina pregonaba rosarios traidos desde Jerusalen por su piedad, y bendecidos en Roma por el Padre Santo.

Quiso Camila comprar uno de aquellos ro-

sarios benditos; y nos encaminábamos al efecto, cuando el devoto peregrino que nos miraba llegar, soltó la carcajada y dijo señalándonos: «Este es el mundo.»

— ¡Miserable! le respondió Camila al conocer en el supuesto romero al Doctor Lañuela, ese es tu mundo.

—Es el mundo de todos, le replicó Lañuela con sarcasmo; y siguió pregonando rosarios traidos de Jerusalen y bendecidos por el Padre Santo.

Hasta aquí, amigo Cándido; porque aquí concluye este episodio de mis memorias; en que á mi juicio resulta probada la falsedad del libro primero. Y tú que nunca has enflaquecido la accion de la justicia por los impulsos del afecto, tú lo juzgarás.

Yo al ver ahora el manuscrito tan abreviado de letras cuando me siento tan sobrado de cansancio, admiro la constancia de los hombres que escriben volúmenes; y me atrevo á pensar que hay escritores vivíparos y escritores ovíparos.

Si esto es así, soy escritor ovíparo y me conformo.

En mi librejo la clara es poca, el gérmen va en la yema y desarrollará su embrion al calor de la inteligencia que lo incube.

Mas si despues de mi doloroso esfuerzo hallasen todos los lectores que sólo nace un pollo enteco; valga mi intento, que tanto le cuesta á la avecilla el huevo como su cachorro á la leona.

Sí, valga mi intento; vaya mi libro al mundo y quede yo á solas conmigo mismo; borrada mi familia, perdidos mis lares, apagada, extinguida, muerta mi Luz de luz, y herida para siempre mi secreta conciencia: que acá en el corazon arruinado, allí donde se anidaba la pueril esperanza gravita una lágrima erigida á los recuerdos.

*Envejecer es tornar el rostro hácia la vida pasada, porque no nos queda horizonte en lo futuro....* Es un *ritornelo* con el que pudiera concluir, pero me ocurre que antes de llegar á él,

como se va por páginas alternadas, muchos lectores habrán cerrado las del Doctor Lañuela preguntándose.

—¿Esto es una novela? no.

—¿Es acaso un poema? tampoco.

—¿Pues qué clase de libro es este tan sin género conocido?

Yo lo diré.

Es historia del corazon donde el dolor adultera con la risa; y del consorcio nace un libro híbrido.... ¡Ay! ¡mil veces ay!....

..... Páramo sin sendero
Nuestra existencia,
Seguí la luz del alma
Como á una estrella.
De llanto y sangre
Hallé rios; y sigo
Mi estrella errante.

Esta seguidilla se canta y se baila.

FIN DEL DOCTOR LAÑUELA.

# ÍNDICE.

